

POESIA

CUENTO

PREMIOS  
MIRO



RAYAN



ENDARA

TEATRO

NOVELA

ENSAYO



FRANCO



PERNETT



DE LA GUARDIA

Revista  
**LOTERIA**

Nº 250 DICIEMBRE, 1976

*El número de Diciembre lo dedica la Revista Lotería a los ganadores del certamen literario Ricardo Miró 1976, como un homenaje de nuestra revista a los escritores nacionales distinguidos.*

*Presentamos una selección de cada una de las obras escogidas en las secciones establecidas: poesía, cuento, teatro, novela y ensayo.*



JOHN RAYAN

*Páginas En Blanco*

A P E R T U R A S

*Con mis dedos te hacías  
donde la tierra  
fue un híbrido manantial  
de luciérnagas.  
Donde una vez  
todos los hombres  
comenzaban sus caminos.*

*De pronto se oyó  
debajo de la tierra  
un grito blanco:  
la voz,  
el prodigio desenvuelto  
de oscuras aperturas.*



*Te dije,  
"Se llevaron tus ojos  
y ya es tarde".  
Y tú sonreíste ingenuamente  
con esa palidez  
de sombra intercalada.  
Parecías del otro color de la venganza,  
del acecho,  
la lejanía  
de las cosas que no coinciden.*

*Caían petunias blancas.  
Alguien en el aire espeso  
te nombró dos veces,  
una mano por los campos  
te buscaba para siempre;  
y tú sólo sabías a esa sonrisa  
con la cual uno se faja en la mañana  
a golpe de preguntas,  
de comprender por qué,  
estar atento si afuera  
aún no hay gritos de revuelta.*

*Y caían todavía petunias blancas.*

*Nos dimos cuenta  
de la misma frialdad del camino,  
conocimos el elemento gesticulado,  
hablábamos  
de la misma cosa desde el Pai-tun-tze.  
Como por magia  
las flores amarillas  
nos querían.*

*Tú estabas allí  
puesta como la piedra  
y mis ojos,  
más allá  
buscando historia  
para ese momento,  
leían el espacio.*

*Así descubrimos  
la medusa desnudándose.*

*Con esa mañana  
rodando por todos los milenios,  
toda para siempre fría,  
hasta allí  
hubiéramos podido  
haber hecho tantos juegos  
ancestrales.*

*Porque el hombre  
aún en su aceptada circunstancia  
se disfraza,  
se percata  
de los momentos extraños  
que hace  
el nacer con las cosas:*

*se va por los templos  
volviendo a la vida  
velas apagadas.*

*Todo por la piel  
erecto  
tal inmensa forma  
buscada  
mientras afuera  
el tiempo  
era  
política, sociedad,  
resoluciones,  
otro mejor sistema  
de pasiones,  
reglas para amarse.*

*Te tomaba  
porque eras un pueblo  
y todos mis dedos  
aquella política  
que se necesita  
en un determinado instante  
para verificar  
algo demasiado inmenso.*

*Cuando decidimos salir  
la calle  
de pronto  
era herejía.*

*¡Cuán confundido  
parecía el mercado,  
tu nombre resuelto,  
el sueño tirado  
entre tantos escombros!*

*Porque allí dormía  
el hombre de otros lados:  
el hermano de la yuca infinita,  
el primo de la papa incesante,  
el dios del mimo mirando de soslayo  
la cabeza adormentada  
sobre el color de la naranja.*

*Y si te decía adiós  
y si era el buen amor  
que tenía por tu figura  
desvaneciéndose  
entre el marco de la puerta  
de algún pasillo interno,  
y si era que el tiempo precisaba  
porque quedaba  
mi amor por otra piel,  
la debilidad por las caricias  
en otras cosas  
suave como la piel de los tomates,  
era entonces  
por el dolor común que llevábamos  
en silencio  
cuando juntos.*



ERNESTO ENDARA

*"LA FOTOGRAFIA"*

Ya sé que tú no lo tomarías así, pero a mí sí que me abochornaba profundamente en aquel tiempo en que más o menos tenía tu edad actual... ¿cumples once este diciembre, no? En ese entonces la esposa de tu abuelo no me podía ver y el esposo de tu abuela sólo me soportaba porque estaba muy enamorado de mi madre. De aquellos nuevos matrimonios habían nacido sendas parejitas. Para el tiempo en que nos tomamos la fotografía eran tan pequeños que no habían desarrollado aún esa triste capacidad humana para el odio y el rencor, por eso pienso que tus medio-tíos, o sea mis medio hermanos, no le dieron gran importancia al asunto. Ahora comprendo que antaño se vivía lleno de inhibiciones iéramos tan convencionales! fíjate que ahora no tenemos esos problemas ya que te llevas tan bien con mis otros hijos y tu nueva madrastra, y yo, ya lo ves, siento gran cariño por la nueva hija de tu madre y si tu nuevo padrastro fuera un poquitín menos celoso, creo que me llevaría muy bien con él. ¡Ah, pero en aquellos tiempos hacía tanta falta el calor humano! Por eso hubo muchas idas y venidas, muchos conciliábulos violentos y salpicados de llantos, muchos ruegos y pataleos, antes de que la familia en pleno decidiera ir al fotógrafo. ¿Hay acaso familia que se respete que no tenga en su álbum una foto familiar?



Recuerdo que el primer gran problema que surgió fue ¿quién iba a tener el sublime trabajo de enfocarnos y plasmarnos para la eternidad? Se decidió que el profesional debía ser ciego, discreto y competente.

Al fin encontramos uno, fue recomendado por Carluncho que en ese tiempo comenzaba y ya era una gran promesa con la cámara, claro que no podía hacer el trabajo ya que para nosotros tenía un grave defecto: buena vista. El recomendado de Carluncho vivía en un altillo en la parte de atrás de la cantina "93" que da para el patio Rochet. No solamente vivía allí, sino que también allí mataba sus camarones, es decir, tenía su estudio.

Y fuimos todos, ni que decir que cada uno por su lado. Era importante que la gente no se enterase. Ya sabes cómo somos los panameños, y en ese tiempo era peor ya que estábamos indecisos entre continuar siendo pueblo y seguir la siesta o ascender a ser ciudad y comenzar la brincadera. Escondido detrás de un cartelón que decía: "SABINO SABE PINTAR" los vi pasar a todos. Mi madrastra fue la única que titubeó para encontrar la dirección (con la desventaja de llevar a su último crío en brazos) ya que por ser gringa no sabía cuál era el zaguán en cuyos escalones anotaban los números de la bolita. Subí rápidamente tras ella. Estábamos todos.

El fotógrafo, que era ciego por accidente y no de nacimiento, ya se había acostumbrado a su forzada penumbra. Su pieza siempre estaba a oscuras debido a que nunca encendía las luces —excepto para tomar las fotos— y a las pesadas cortinas que permanecían eternamente cerradas (quizás lo hacía para que sus amigos o clientes no sintieran ninguna clase de ventaja ante él, o por pagar menos luz aunque en ese tiempo no se había inventado la cláusula de combustible). Lo que más me impresionó de él fue su manera de andar, de gato viejo y sus ojos sin luz que en la tenue claridad que entraba por la puerta, me parecían dos bolitas de bronce que hubiesen estado sumergidas mucho tiempo en el mar. Ceremonioso nos fue acomodando uno por uno indicándonos dónde debíamos poner los pies para no tropezar con los alambres de extensión ni las lámparas. Sentó a los mayores en sendas butaconas, acomodando a las crías a los costados de sus respectivas madres; naturalmente, yo debía ir al centro por lo que me sentí muy importante. Al encender las luces —muy potentes— quedamos momentáneamente deslumbrados. El señor fotógrafo, muy comprensivo, esperó unos minutos hasta que se nos acostumbraron las pupilas a aquella radiante claridad, luego se metió bajo unas sábanas negras que colgaban del artefacto y estuvo ajustando no sé qué cosa durante unos

momentos que a todos nos parecieron eternos. Por fin salió, sofocado y algo trémulo. Con sencillez explicó que a falta de la vista se demoraba buscando al tacto los numeritos que ajustaban la distancia y la abertura del lente —al menos eso me pareció que fue lo que trató de explicar—. Muy atento nos preguntó si estábamos listos. Mi padre, mi madrastra, al igual que yo y mis cuatro mediohermanos contestamos afirmativamente; pero mi padastro sufrió un acceso de tos y a mi madre se le cayó la cinta con que se recogía los cabellos. Hubimos de esperar (y fue mejor que esto sucediera porque unos segundos después se me escapó un terrible estornudo que despeinó totalmente los rubios bucles de mi media hermana por la línea paterna). El fotógrafo aprovechó para advertirnos, con su voz que también era de gato viejo, que debíamos de tratar de mantener los ojos bien abiertos durante la operación.

Al fin estuvimos listos.

El tomar la foto fue una cosa muy sencilla, no dolió en absoluto.

Me pareció absurdo que al salir lo hiciésemos nuevamente cada uno por su lado porque pensaba que la foto nos habría unido de alguna manera tierna y mágica de una vez por todas.

Realmente me decepcionó que no fue así.

Algunos días después me encomendaron la delicada misión de buscar aquella memorable fotografía. Volvió a renacer en mí la esperanza de que aquella hermosa placa nos uniera. El ciego me recibió en medio de su tranquila penumbra, me entregó un sobre y yo le pagué. Al salir a la calle abrí el sobre y saqué las copias gozando por anticipado de aquella imagen de la familia unida para siempre. ¡Qué golpe! las fotografías eran todas una mancha negra. Subí nuevamente, con los ojos llorosos reocriminé al ciego pensando que era una broma cruel o que me quería robar, pero él se excusó con suavidad —su excusa no me pareció muy técnica— dijo que seguramente las copias no salieron porque faltaba una sonrisa. De todas maneras, como me había devuelto el dinero, me fui silbando...

100

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

## *"MANI CAMPEON"*

Viendo al negro aquel, encorvado bajo el peso de un inmenso saco de maní, empezó a recordar con una irremediable ternura sus alegres tiempos de jinete. Era en el viejo hipódromo de Juan Franco. Allí todos lo conocían por "Loco Rienda" desde el mismo principio, cuando Cubón lo dejó montar por primera vez a la "Golden Teacher". Ahora, lento y con el cuerpo pesado como una tonelada de manzanas podridas, una dulce nostalgia se le vino encima cuando evocó la agradable sensación de ser levantado por las fuertes manos del "groom" que lo ayudaba a montar su cabalgadura. ¡Qué agilidad la de su cuerpo! Sus botas relucientes, sus blancos pantalones ajustados, la vistosa camisa de seda (la de fondo crema con bolas azules era la favorita, claro, si Pato, Pirata, Japón y Cayito eran los que más montas le daban). Su cara, afilada en ese entonces de tanto cortar al viento, la mirada atenta sobre la mano de pulso firme del juez de partida que oprimiría el botón de la largada. (No había gateras. Había que ser vivo como Bobby Reed o el Tanque Aguirre).

¡Si pudiera salir corriendo ahora de este rincón horrible! ¿Cómo escapar de estas doce cuerdas malditas? Y ese tipo allá enfrente, está tan preso como yo. Mañana o pasado lo veo por la calle y nos saludamos amigablemente, como si nada hubiese pasado; pero ahora es mi enemigo. Debemos seguir golpeándonos sin cuartel, como le gusta a la gente. ¿A quién estará él viendo a mis

espaldas? A lo mejor es una mujer hermosa, mientras yo me la paso mirando a ese vendedor de maní que tira los paquetes a diestra y siniestra y que alza la voz sobre el sordo rumor de la muchedumbre.

### El Quinto Asalto

Sintió las manos de su segunda que con la toalla lo empujaba por la espalda. Ya de pie, oyó cómo arrastran el cómodo banquillo que soportaba su cuerpo molido. ¡Lléname los pulmones de aire Cirilo! ¡Gong! Comenzaba el quinto asalto.

Otra vez al centro del cuadrilátero. El público, que había tenido también su minuto de descanso, estaba otra vez de pie, ¿cómo no iban a estarlo si le estábamos dando lo que ellos exigen, furia, sangre, saña? Ya estaban otra vez gritando y golpeando al aire con la tranquila seguridad de que no van a recibir respuesta. Pero yo no, esto no es "shadow boxing", allí está Alfonso con una izquierda de gancho que me llega limpiecita al hígado, dan ganas de reír y de llorar al mismo tiempo...

Cirilo riposta con un golpe corto de izquierda que roza con fuerza la pelambre mojada de Alfonso. Se abrazan, parecen dos amigos que tenían tiempo de no verse, dan una vuelta bailando, cada uno sujeta al otro la respectiva derecha con el codo de la izquierda. El público silba. ¡Qué deseo tan incontrolable de morderle el hombro a su contrario! ¡Están empapados y salobres! Los baldean después de cada asalto como si así pudieran lavar los golpes.

¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Intercambian de todo, hasta hubo intento de cabezazo por ambas partes. Al separarse después de un amarre, recibió Cirilo un guantazo en la nuca que le hizo cerrar los ojos y soltar el protector bucal. Si no es porque el árbitro detiene el encuentro por unos segundos para llamarle la atención a Alfonso, lo hubiesen rematado. Ahora Cirilo piensa en su madre, la gorda Eufemia. "Nunca te dejes pegar sin reponder mijito..." y lo abrazaba mientras lloriqueaba —había sido un niño asustadizo y débil— casi ahogado entre los grandes senos maternos. Lo esperó recostado a las cuerdas y la guardia cubriéndose los bajos. Ladeando el cuerpo esquivó una recta de derecha y subió la suya en un lindo "upper" que llegó alborozado a la quijada de concreto de su oponente. Fue uno de sus mejores golpes, lástima que ya no lleva la potencia que acaba, que aniquila y que significa descanso y ducha! De todas maneras el público se emociona y los jueces toman nota. Miró a su esquina y vio la cara risueña de su segunda y sintió rabia, y deseó fervientemente cambiar de puesto con él.

Por el ojo izquierdo vio cómo se iba agrandando rápidamente una pequeña bola de cuero hasta que sintió el impacto, en el mismo momento su derecha explotaba en el pecho de su contrario y un agudo dolor le comenzó a crecer entre las vendas. Sonó la campana.

No bajó los brazos, se le cayeron. Los guantes pesaban una tonelada y el dolor en la mano derecha repiqueteaba. Cuando avanzó a su esquina rechazó con rencor el recuerdo de los nueve ganadores acumulados en dos largos años de su fracasada vida de jinete. Lo que sí recordó con fastidio fue cómo su mujer había quitado de la salita las nueve fotografías tomadas por Narbona, de las que había estado tan inútilmente orgulloso, y burlándose las había archibado en el baúl de la abuela.

### El Viejo Zorro

Derrumbado en el banquillo, la cabeza recostada a la dura esquina, las piernas estiradas, apartó con el guante el molesto frasco de sales y escupió el protector en el balde. Una niebla celeste borraba al público, cerró el ojo derecho que aún estaba sano y entre la ranura que le quedaba de su ojo izquierdo creyó ver la increíble figura de un caballo viejo y negro cabalgado por un sonriente maní descascarado. En esa terrible carrera faltaban tres millas o tres asaltos, es lo mismo. ¿Quién se puede imaginar una carrera de tres millas? ¿a quién se le puede ocurrir que ese pobre caballo pueda llegar a algún lado? Se sentía tan pesado que hubiese aplastado al mismo Jachal de haberlo montado. ¿Dónde estaba ahora la gorda Eufemia que no le dejaría pelear los tres asaltos restantes? Eso era todo para él. Fin. ¡Todo se acabó! Que fueran a pelear ahora los maricones que le sobaban las piernas, que le exprimían esponjas en la cabeza; sobre todo aquel que sentado cómodo en primera fila, vestido de elegante e impecable guayabana, fumaba un puro sonreído; a ese quisiera ver yo aquí, fajándose con Alfonso, mientras yo le rechiflo desde las graderías.

— No peleo más —se oyó decir con voz entrecortada.

Su entrenador lo miró sin comprender. El estiró los brazos para que lo liberaran de aquellos espantosos guantes. Su entrenador, desamparado, volteó a ver a las filas del "ring side". El viejo zorro comprendió inmediatamente y subió pálido hasta la esquina.

— ¿Qué pasa...qué, qué pasa? —tartamudeó.

No contestó, cerró los ojos.

Cirilo no entendía el cuchicheo detrás de él. Ya nada tenía importancia. No sé por qué pierden el tiempo hablando tonterías.

Es sumamente extraño que el minuto de descanso haya durado tanto. Qué importa, aquí me contarán los diez. Quería dormir y colgar los guantes para siempre.

Sintió la mano suave con ese insoportable olor de colonia fina que le acariciaba paternalmente en la nuca. Cerró los ojos más fuertemente, pero no pudo dejar de oír la voz que le susurraba:

— Vamos Kid... eres un... un hombre... lo único que te pido es que te levantes, antes de que suene la cam-campana y hagas un poco de calistenia... Yo, yo te lo juro... que apenas suene la cam-campana yo mismo voy a tirar la toalla y no te dejaré pelear más...

Cirilo, embriagado de golpes, hipnotizado por la voz que le acariciaba convincente en el oído, quiso decir que no, pero su cabeza sin soporte bajó en señal de asentimiento. Estaba todavía furioso de su propia debilidad cuando volvió a sentir el odioso empujón que lo puso de pie antes de que sonara la campana. El público rugió pensando en lo bien puestos que los tenía Cirilo. Agarró la cuerda superior con ambos guantes y se dejó caer hasta quedar en cuclillas. Los músculos se tensaron y en un supremo esfuerzo logró erguirse nuevamente.

¡Sonó la campana!

### ¿Victoria?

El corazón le retumbaba dentro del pecho. Esperaba ver caer la toalla a sus pies en cualquier momento. Entonces se dio cuenta de que en la otra esquina las segundas aún estaban sobre el ring. Al principio no comprendió, hasta que vio los ojos sin brillo de Alfonso. Como robando partida el cansancio huyó de su cuerpo porque había entendido que su contrario, triste y desarbolado, no seguiría la pelea.

El árbitro avanzó hacia él, le alzó un brazo. Sintió la cara de su viejo entrenador pegada a su mejilla — ¡qué barba! — El zorro, elegante y satisfecho, había subido y sonreía muy cerca de él de una manera cómplice y paternal. Ya no odiaba, ahora se nutría con la ovación (que le pareció como tambores de un desfile). Buscó entre la multitud hasta que encontró a un negro jubiloso que alzaba los brazos a lo lejos, ese también era un luchador, estaba erguido como si hubiese triunfado a su vez, frente a él, un saco vacío reposaba vencido en el suelo.

## "CERRADO POR DUELO"

### La Reunión

Tres mozos caminan de puntillas y presurosos por los largos pasillos del hotel, llevan enormes bandejas con grandes cantidades de café y bocadillos para los diecisiete hombres y una mujer que preocupados y acalorados discuten a puerta cerrada en uno de los salones de conferencias.

Son las tres de la mañana, amanecer de un día Sábado. Algunos de estos hombres han sido arrancados de las tibias sábanas de sus queridas —que son muy fieles los viernes en la noche— otros fueron localizados en el Club mientras le daban al bochinche y al Whisky; los más sencillos dormían con sus esposas o releían los informes semanales de sus negocios.

La mujer que se encontraba entre ellos era una monja, Sor Maricruz que, con sus hábitos y su cara pálida y ojerosa, hacía reprimir las palabrotas que aquellos señores tenían la costumbre de usar en reuniones semejantes.

Esta reunión se debía a que el destino (¿el destino?) había retorcido la vida de Mister Alex, y estos señores y señora se encontraban ahora unidos por la tristeza y el interés. El tal mister Alex había muerto. No tuvo tiempo de dejar herederos. Cada uno de ellos tenía acciones de la flamante fábrica (más productiva que flamante) de tubería negra que se perdía en los confines de la costa Atlántica.



No fue generosidad lo que había movido a Míster Alex a vender (o a regalar como era el caso de sor Maricruz) acciones de su fábrica, sino por evadir impuestos al convertir su imperio en Sociedad Anónima. Esto lo había hecho sentirse más astuto que sus abuelos y su padre. Todos los allí reunidos sabían esto por lo que eso de "tristeza" es una mera fórmula. La verdad es que ninguno trató siquiera de disimular las sonrisas burlonas y de satisfacción cuando rezaron, por instancia de la piadosa monjita que, a su vez, tampoco pudo rechazar un diáfano regocijo interior cuando murmuraba beatíficamente "...el pan nuestro de cada día..."

¿Cómo murió míster Alex?

Bueno, eso no era lo que importaba. Ahora mismo ("right now" dijo uno) había que tomar una importante decisión: ¿quién habría de hacerse cargo de aquella remota fábrica? Todos poseían negocios fáciles y rutilantes (incluyendo a Sor Maricruz o, mejor dicho, la hermandad que ella representaba). Todos eran muy amigos, más bien hijos de las palabras comodidad y placer. Encargarse de la fábrica significaba decirle adiós a la ciudad, "au revoir" al esplendor de sus noches y a la fresca languidez de sus mañanas, para enfrentarse a aquel ejército de desarrapados, de obreros infectos, de mujeres groseras y feas, de niños uncinarios, de tierras áridas donde todo escasea, de vientos fantasmales y revoltoso mar.

Alguno de ellos habría de marchar. Eso era lo que se discutía en aquella larga madrugada. Sin duda, alguien debía partir aquel mismo día y asegurarse de que la fábrica empezara la semana produciendo. Seguramente aquel ingrato traslado lo aceptaría el más débil, no de coraje o de personalidad, sino el más tentado por la codicia ¿acaso el encargarse de la fábrica no significaba también un completo control sobre las entradas y un mucho mayor dividendo para el sacrificado? Sí, sin duda, alguno de ellos tenía que partir aquel mismo día, y esto debía quedar decidido ahora, por eso todos los cerebros estaban dando lo mejor que tenían en la Reunión.

## La Fábrica

Inmensa y solitaria, sobre una planicie polvorienta, en una tierra inhóspita donde sólo medran chivos y serpientes, parece una ciudad olvidada en el desierto. A poca distancia de ella se alzan, como dos inmensos bocados para la golosa fábrica, dos cerros con un extraordinario porcentaje de hierro en sus entrañas, y para completar el diario banquete, en cualquier sitio del médano donde se excave, aparece inmediatamente la piedra caliza.

— ¡Excellent! ¡Ser mejor sitio del mundo para fábrica!

Así exclamó uno de los abuelos de míster Alex cuando examinaba los terrenos. En ese tiempo era un recién graduado ingeniero metalúrgico que vino del Norte dispuesto a excavar una fortuna en el Sur. Bien casado en la capital, el suegro puso en sus rubias manos la pequeña fortuna con la que se inició aquel imperio de hierro. Todo estaba allí reunido para el éxito: las canteras de piedra caliza, las montañas de hierro, el formidable ingenio del Norte, la mansedumbre de un gobierno venal y las manos pobres de una aldea de pescadores que habrían de convertirse en obreros sudorosos.

Se perforaron los oscuros pozos de las minas, se edificaron los gigantescos morteros de la hulla y del coke y, por último, se levantó la fantasía industrial de los altos hornos. Las casitas de los obreros se construyeron alrededor de la fábrica formando una U; el otro lado, que asomaba al acantilado, quedó libre para la regia mansión donde vivirían los dueños que eran blancos. Se rodeó todo de altas alambradas y se le hizo un imponente portalón de entrada.

La fábrica comenzó a producir y el sueño de oro se materializó en las manos de hierro de aquel gringo capaz y aventurero.

## Los Obreros

De aguzados y valientes pescadores se transformaron en aprendices de obreros, torpes y tímidos. Sufrían los vejámenes en silencio porque les dieron pan y techo.

Ya para la segunda generación habían olvidado la libertad del mar. Los anzuelos se habían convertido en pasatiempos y las redes en hamacas. Es que los altos hornos evaporan los recuerdos y los sueños. El hierro líquido embriaga y subyuga a quien lo mira. El material acabado termina por hipnotizar a sus creadores que observan con sencillo orgullo a la salida de los molinos moldeadores, la interminable cola de tubos de hierro.

Los obreros de la fábrica nunca visitan los dos pueblitos que crecieron en las cercanías con las sobras de la construcción y que nadie sabe cómo sobreviven. Nadie les ha prohibido visitarles, pero el viejo Evaristo, que fue el último en hacerlo, hablaba con gran pesar de la miseria de sus pobres vecinos. Ya Evaristo había muerto, pero sus deprimentes historias eliminaban cualquier deseo de conocer vidas más duras que las propias; aunque algunas veces aquel recuerdo sirviera como secreto consuelo egoísta.

Los obreros tenían una simple y alegre noción de lo que es la opulencia contemplando la deslumbrante mansión de los dueños.

Se maravillaron, sin envidiar, cuando vieron, desde lejos, la construcción de una preciosa piscina en mármol rosado entre los jardines artificiales de la casa. Sentían una admiración casi mística por las mujeres que el amo se hacía traer de la capital, fabulosas en sus brillantes zapatos lilas y seductoras en sus sedosas cabelleras y refulgentes trajes. Aquellas noches dormían tarde los obreros, escuchando sin malicia las risas y la música de sinfonola que se colaban a la noche desde la casa grande.

Los obreros se fueron multiplicando al mismo ritmo que la fábrica crecía, por eso nunca hubo necesidad de contratar gente extraña fuera de la cerca de ciclón. Gente sencilla, aspiraban a una gentil jubilación otorgada por la fábrica cuando los músculos se hubiesen secado y quedara solamente esa tranquila capacidad de enseñar a los hijos la rutina mecánica de sus trabajos. Todo era honesto y limpio. Aspirar a más sería pecado.

Los obreros no trabajan los domingos. Ese día jóvenes y viejos van a la playa que florece como un encanto muy cerca de la fábrica, en una ensenada que corta suavemente la línea feroz y monótona de los acantilados. Está protegida por dos murallas de rocas, tiene arenas muy blancas y allí, el terrible viento de los médanos se convierte en una fresca brisa marinera.

En la playa los jóvenes nadan y sonríen una vez a la semana; los viejos se sientan en la arena, fuman cigarrillos baratos y se quedan embobados mirando al horizonte tratando de recordar los botecillos y las velas, las redes y los peces. Pero el mar es contemplación y las olas les borran el pasado con su blanca espuma; ya ninguno recuerda cómo dejó de ser pescador y se convirtió en obrero.

### Lupita, Míster Alex y El Látigo

Lupita es la administradora del balneario, la ayuda su esposo Daniel. Lupita es una mujer de maravilla. Intenso pelo negro, nalgas redondas y duras, tiene un lunar que parece un hechizo cerca de la nariz respingada. Alguno que otro obrero se pregunta, siempre sin malicia, ¿por qué una mujer tan bella como Lupita se resigna a querer a un hombre tan sosegadamente pobre como Daniel? "Así son las cosas de la vida!" Los obreros admiran con mucho respeto la fina belleza de Lupita y aceptan, algo desencantados, la calma parsimoniosa de Daniel.

Bastó que Míster Alex descendiera una vez a la ensenada a tomar un baño de mar —cosa inusitada ya que sólo nadaba en su piscina de mármol rosa— para que, al ver a Lupita, recordara que

en su familia había sido una especie de tradición mantener relaciones ilícitas con las administradoras del balneario. Sus antecesores, dueños de todos aquellos terrenos, se encargaron de que siempre fuese una mujer joven y bonita. Al Míster no le había preocupado seguir aquella simpática costumbre hasta que aquel domingo bajara a la playa.

La Lupita, que era muy emprendedora pero ingenua, se desvivió por hacerle placentera la mañana al enorme míster... y lo consiguió. Lo acomodó en una hamaca colgada de dos palmeras. Daniel le rellenaba con frecuencia el vaso de ginebra con agua tónica; mientras Lupita le caminaba y le lanzaba sonrisas complacientes al compás de sus ondulantes caderas.

Tres domingos después volvió al balneario llevando una cadena chata de oro puro para Lupita y un magnífico reloj de bolsillo para el buen Daniel "en pago de sus finas atenciones..."

Al siguiente domingo Míster Alex llevó el látigo para que sus nuevos amigos pudieran apreciar aquella estupenda obra de arte y admiraran los prodigios que podía ejecutar en sus manos. Lupita, como una niña curiosa y consentida, quiso tenerlo entre sus manos, se lo dieron enrollado, lo acarició de la empuñadura hasta la punta como si fuera el lomo de un gato mimoso. Sintió unos estremecimientos que no alcanzó a comprender.

Míster Alex se lució aquel día copiando bellas figuras en el aire con el látigo color topacio. El látigo cantaba, silbaba, rugía; imitaba el delicado canto del bin-bin y el sordo tronar de los volcanes. Con él, míster Alex cortó la roja flor de un papo y la trajo, prisionera en la punta, hasta los emocionados dedos de Lupita. El látigo era toda una serpiente amaestrada.

El látigo estaba hecho con la piel de cien crótalos cuyos casca- beles habían sido ingeniosamente cosidos a lo largo del látigo. En las manos de Míster Alex, aquellas cien pieles cobraban vibrante vida.

A pesar de la extraordinaria demostración que estaba brindando el míster, ningún obrero se acercó. Lupita no llegó a notarlo, tan fascinada sentíase por la formidable pareja que hacían Míster Alex y su látigo de topacio.

### **El Secreto de la Deshonra**

Fue una rara coincidencia que el día que míster A. invitara a la pareja a conocer la fábrica, Daniel tuviese que ir de apuro a la ciudad porque las autoridades lo reclamaban por un "grave error" en su fecha de nacimiento. El Míster, muy generosamente, le cedió

su coche para que lo condujera hasta el pueblo donde debía tomar el bus.

Míster Alex en persona fue hasta los inmensos portalones a recibir a la bella Lupita. Su comité de recepción lo componían Glauco, el superintendente; Timoteo, pintoresco ex-luchador, sin sesos, pero con músculos hasta en los oídos cuyos únicos vicios eran comer fruta de pan con chicheme y jugar siete clases de solitarios; el otro guardaespaldas era un negro gigantesco llamado Bradford, expulsado de los panteras negras y que lucía una enigmática cicatriz en el rostro.

Míster Alex y su grupo se dirigieron hacia el edificio principal en cuyas escalinatas gran cantidad de obreros luchaban por subir una enorme caja. Se quedaron mirando la difícil maniobra. Era imposible el uso de poleas y cabrestantes dada la conformación del edificio, por lo que los obreros tenían que arreglárselas con rústicas palancas y el vigor de sus brazos.

El Míster, que cada vez se sentía más y más atraído por las larguísimas pestañas de Lupita y por sus inefables caderas, pensó que una demostración de destreza, poder y gracia aumentaría las posibilidades de llevarse a la cama a una Lupita subyugada y mansa. No lo pensó dos veces, dirigiéndose a Bradford exclamó:

— ¡Trae el látigo, pronto!

Los obreros que lo escucharon sintieron que un escalofrío de vergüenza les recorría las espaldas y las piernas. La voz se corrió rápidamente y algunos obreros que estaban en el interior del edificio corrieron a ayudar a sus compañeros; aunque esto era por demás inútil ya que la máquina estaba siendo sostenida por todos los costados disponibles. Muchos, al darse cuenta de su vano empeño, se estrecharon por los hombros unos contra otros y así rodearon al resto de sus compañeros que jadeando trabajaban. Otros, desde los ventanales, se asomaban curiosos y angustiados.

Cuando Lupita vio el látigo en las manos del míster, no pudo disimular un gesto de desagrado que hizo que Míster Alex explicara:

— No se preocupe Lupilla, no es para pegarles.

Tomándola por un brazo se acercaron al núcleo donde bregaban los obreros. Glauco dictaba órdenes en voz alta y los dos guardaespaldas se mantenían detrás del amo, a la expectativa, aguardando como siempre la voz del patrón.

Lupita se sentía incómoda por la mano que la apretaba suavemente, como hablándole quedito al brazo. Miraba asustada y sin comprender los vaivenes de la enorme caja.

En un momento en que la maquinaria se balanceó peligrosamente hacia un flanco, el Míster enarcó las cejas y con un movimiento mecánico desenrolló el látigo hacia atrás. Durante breves segundos quedóse quieto viendo balancear la caja. Los obreros que estaban abrazados se soltaron y comenzaron a mover los brazos (parecían gaviotas heridas) como si los gestos pudiesen levantar en vilo la enorme caja. Los que empujaban, resoplaban; algunos, a los pies de sus compañeros, arriesgando las manos y los brazos, metían cuña tras cuña entre la máquina y los escalones para evitar su caída. Todos sudaban, unos por el esfuerzo, otros de puro nervio y la mayoría porque se sentían desamparados.

¡WHISSP! ¡PLASHH! Chilló el primer latigazo sobre la cabeza de los obreros.

Lupita sintió ganas de vomitar, apretó los puños y deseó ardentemente que su marido estuviese allí y se la llevara corriendo hasta la playa. Cerró los ojos y moviendo la cabeza quiso borrar de golpe la imagen de aquella fábrica, de aquellos hombres sudorosos y ofendidos y de aquel gigante rubio con un látigo en la mano.

Los obreros, apretando los dientes, sufrían aquella humillación colectiva. Ellos, a quienes Lupita conocía en el día de las sonrisas, cuando casi libres se zambullían en las olas del mar, eran avergonzados en su presencia y la hacían testigo y poseedora del secreto de la deshonra: el látigo.

### El Latigazo

Cuando se venció la inclinación, la máquina siguió subiendo lentamente. En el denso silencio se podían oír las órdenes claras y precisas de Glauco y la silbante amenaza del látigo. El Míster parecía estar en un trance, se había quitado la camisa y sudaba copiosamente, Lupe, detrás de él, miraba las gotas resbalando por la espalda, más atrás, los esbirros sonreían sin pensar en nada.

El látigo vibraba y dibujaba amenazas en el aire, en su punta con forma de lengua de serpiente llevaba un veneno llamado poder. Los obreros se estremecían con cada chasquido que llevaba el denigrante compás del miedo.

El látigo, escamoso y brillante, era flexible como la cola de un gato.

La máquina subía lentamente....

Lupita se excitaba sin desearlo. Aquella violencia sin golpes. Aquellas espaldas tan anchas, esos brazos tan velludos y musculosos, estas ganas tan repentinas. Quiso pensar en su marido ausente. Cerró los ojos suavemente tratando de concentrarse en Daniel, pero

sólo aparecieron las gotitas de sudor en la espalda del Míster. Una nueva visión le llegó como a traición: "Míster Alex hacía el amor con una mujer, estaban forcejeando en una cama, el míster se alzaba y caía con fuerza, la mujer se debatía vigorosamente debajo del enorme cuerpo y apretaba al hombre con sus piernas exigiendo más. Súbito se voltearon y la mujer quedó cabalgando, la cara feliz y demacrada. Lupe cerró los ojos con más fuerza y se los apretó con las manos hasta que la imagen se diluyó en estrellitas azules y rojas y sintió que la sangre le explotaba por los poros, porque en esa pérfida imagen, era ella misma quien gozosa cabalgaba al Míster.

El látigo de topacio centelleaba, se recogía y atacaba haciendo gemir al viento.

La máquina subía lentamente...

El látigo dejaba bien sentado quién era el amo.

Ya Lupita no hacía ningún esfuerzo por pensar en su marido. Todo lo que sucedía ante sus ojos era como una horrenda fiesta que la atraía a su propia destrucción.

Los obreros se turnan en los puestos.

Alaín acaba de reemplazar a uno en la esquina.

Míster Alex jamás ha fallado un latigazo, pero Lupita, sin saber por qué, le puso una mano en la cintura y un calambre le nubló los ojos. La punta del látigo restalló en el hombro de Alaín y se quedó congelada.

## El Equilibrio

En toda la fábrica no hay familia más unida que la del viejo Marín, un jubilado. Viudo, con tres hijos, Alaín es el menor; aunque no sacó la fuerza y la disciplina de sus hermanos, lo compensa con ingenio, agilidad y ambición. El viejo Marín está muy orgulloso de sus hijos, en su interior piensa que Alaín puede llegar muy lejos.

Alaín es delgado y ágil.

Por las noches Alaín tiene un sueño que lo persigue constantemente: Corre por una extensísima pradera gritando extrañas palabras en un extraño idioma. Cogiendo impulso salta y sus pies no vuelven a tocar la tierra. Vuela por encima de la cerca y goza del aire de la noche y del fulgor de las estrellas.

Alaín es delgado y ágil.

Sus sueños inquietantes desaparecen en la mañana con las primeras campanadas de la fábrica. Durante el día su única ambición

es llegar a una descansada jubilación, pero en las noches... tiene un sueño.

A los veintidós años es un soldador de primera. Conoce su valor y por eso no baja la cabeza en presencia de Míster Alex. Su juventud y su orgullo le prohíben temerle al látigo.

Alaín es delgado y ágil...

Faltaban tan solo cuatro escalones en el momento en que la máquina volvió a tambalearse y el látigo dejaba de blasfemar en el hombro de Alaín. Los obreros de las cuñas, acostados en las escalinatas, entre las piernas de sus compañeros, golpeaban su centro. Los músculos se estiraban en máxima tensión.

¡WHSSSP! Dijo el látigo por última vez en la espalda de Alaín porque éste, veloz iera tan ágil! se volteó y se enrolló la punta en el brazo. La enorme caja se bamboleó borracha de equilibrio, de indecisión y se inclinó hacia atrás hasta que cayó al romperse la armoniosa potencia que la sostenía. Entonces se oyó un grito abrumador; no fue estridente, ni espantosamente agudo; fue un grito gutural, tímido, como si un dolor lento lo inventara. Dos hombres habían sido sorprendidos por la caída de la máquina con los brazos bajo ella, y todavía no se daban cuenta cabal de que tenían sus miembros completamente aplastados.

Cuando los hilillos de sangre comenzaron a correr escalinata abajo como culebrillas líquidas, Míster Alex, muy abiertos los ojos, miraba la punta de su látigo inmóvil y manso en el brazo de Alaín. Estaba asombrado, no por haber fallado —no había sido su intención pegar al hombre— sino porque Alaín, en loca osadía había tocado el símbolo de su poder con sus mugrosas manos. Cuando alzó la vista se encontró la mirada fulgurante de Alaín. Míster Alex rugió:

— ¡Suelta desgraciado!

Pero Alaín, como en sus sueños, ya no tenía los pies en la tierra, y no solamente no soltó, sino que tiró de él con todas sus fuerzas.

— ¡Son of a bitch!

Sabía el Míster que una mentada de madre duele más si es en inglés. Dio un empujón a Lupita que la hizo rodar y sujetó el látigo con ambas manos. No tuvo tiempo de dar el temple que hiciera caer al muchacho porque ya se le habían unido a éste sus dos hermanos; esas fuerzas eran pocas para el poderoso gringo que los hizo patinar. De repente se les fueron uniendo cuatro, cinco,



seis obreros más a los hermanos. El látigo se templó y el gringo sintió que lo vencían.

— ¡A mí Timoteo! ... ¡Come to me Bradford! ¡Come! aulló míster Alex y los esbirros volaron a su lado.

Eran tres hombres prodigiosamente fuertes, pero hubo más obreros que se unieron; unos por fraternidad, otros por imitación o inercia, hubo quienes lo hicieron por hastío, pero se unieron...

No todos lo hicieron. La mayoría observaba el trágico juego desde lejos; sus rostros eran tristes y el desánimo les encorbaba el esqueleto y les tumbaba los brazos. Lupita, recuperada, miraba la escena desde lejos con los ojos brillantes por la emoción... parecía un trofeo.

El látigo, estirado a su máximo, no se movía ni un centímetro... ¡Era el equilibrio del hombre! el inaudito balance entre el poder y la justicia. ¡Era el equilibrio del Universo entero!

### **Todo es cuestión de ponernos de acuerdo**

La penetrante mirada de Glauco abarca todas las caras, todo el pasado, todo el futuro.

Glauco es un hombre recio, 48 años bien vividos. Venido de la capital con un jugoso contrato, sabía de todo. Encontró magníficos métodos de aumentar la producción y, aunque no disminuyó el trabajo a los obreros, ni aumentó los salarios, éstos lo apreciaban porque había aprendido el nombre de cada uno de ellos.

La decisión revoloteó en su cerebro jugando al ping-pong de la sobrevivencia. No podía quedarse quieto. Tenía que romper aquel insoportable equilibrio. Glauco volvió a mirar el pasado y el futuro.

Cuando Glauco se decidió a halar el látigo, lo hizo del lado de los Marín, de los obreros y así se rompió el equilibrio.

Al sentirse arrastrados, los esbirros soltaron el látigo, pero el Míster quedó agarrado a él como si le fuese imposible desprenderse. Fue atraído al núcleo de los rebeldes con pasmosa velocidad y en ese momento mágico, el resto de los obreros que habían permanecido pasivos, se abalanzaron contra él.

Fue algo indescrptible. Todos los obreros querían tener algo del cuerpo del Míster en las uñas o en los dientes. El hombre alcanzó todavía a gritar:

— ¡God! ... ¡Me matan! ... ¡Help!

Timoteo, el esbirro, fiel como un perro de caza, se lanzó sobre el grupo buscando la voz del amo, pero también lo destrozaron. Bradford huyó y nunca más se volvió a saber de él.

Así murió Míster Alex.

Dos días después un elegante auto se detiene ante el portalón que está cerrado pero sin candado, el chófer se baja del auto para abrir. Sentado en la parte posterior, un pasajero lo mira hacer, es uno de los diecisiete hombres de la reunión; lleva en su maletín nuevas ideas, aumentos de salarios y una respetable cantidad de promesas.

En la playa los obreros ríen a carcajadas. Lupita y Daniel sirven refrescos. El viejo Marín es el centro en un coro de jubilados que lo escuchan en silencio terminar su discurso diciendo: "Todo es cuestión de ponernos de acuerdo para que nazca el Sindicato..."

Al hombre del carro elegante se le asoma una sonrisa irónica cuando se fija en el fetero que cuelga del portalón y que reza: "CERRADO POR DUELO"



JOSE FRANCO

## REDOBLES AL AMANECER

### PERSONAJES

IRENE

EL RIO

EL AMOR

EL DESTINO

LA MUERTE

EL PODER

LA LIBERTAD

y una VOZ

*La escena la constituirá un río y frente a él una joven mujer vestida con traje desgarrado.*

*La juzgan loca.*

*La mujer está a la orilla del río. Amanece.*

MUSICA DE ORGANO: TOCATA y FUGA EN RE MENOR:  
BACH.

*Excepto Jornada Segunda, que será cantada en torrente de llanto, el cantar triste autóctono panameño.*

## JORNADA PRIMERA

*Irene espera angustiada que el cadáver de su esposo baje en las aguas turbulentas.*

*Una voz grave, profundamente poética, llenará el recinto.*

*Imprecará así:*

### LA VOZ:

*Los enfermos mentales*

*viven demonios,  
ensangrentadas  
lápidas,  
sombrias catedrales  
de pánico,  
purgatorios y lágrimas;  
sepulcros y suplicios,  
mansiones  
a dolores condenadas.*

*Le aúllan  
tormentos,  
caserones en ruinas  
fantasmas,  
frailes de espanto,  
laberintos,  
escarchas,  
muletas moribundas,  
mendigos,  
encrucijadas,  
harapos y prisiones,  
telarañas,  
cementorios oscuros,  
puñaladas  
y una fiera incesante  
en las entrañas.*

*Los enfermos mentales  
vagan  
como almas en pena,  
condenadas  
en ataúdes fríos,  
en la edad  
de los muertos  
sin mañana.*

*Envejecen  
soñando refugios,  
salidas a los siglos,  
la luz de una ventana.*

*También  
una tarde  
viajan  
mansos,  
piadosos;  
iluminados  
trascienden  
las montañas  
de las videncias  
vagarosas,  
en el fuego  
de las revelaciones,  
en el arcano  
de la ausencia  
diáfana...*

*Sueñan jardines,  
senderos  
crepusculares,  
infancias  
dulces,  
luceros  
y palacios,  
músicas  
encantadas.*

*Los enfermos mentales  
exhuman  
una angustia  
grisácea.*

*Allí está Irene,  
¡oídle!  
¡miradla!*

*Ella es ventisca,  
memoria  
desgarrada,  
el devenir  
eterno de los ríos  
en viajes  
sin palabras.*

*Espera  
pastoreando  
arrecifes,  
desconsuelos,  
las aguas  
cruelles  
de la tempestad,  
las bravas  
corrientes  
que traerán  
la paz  
a su alma.*

*Irene  
espera encontrar  
el cadáver  
de su amado,  
sacarlo  
entre peñascos,  
como un agrio  
derrumbe  
de la madrugada.*

*(Se apagan las luces).*

## JORNADA SEGUNDA

*Cantado. Torrente de llanto. La misma  
escena. El Río es un personaje hierático  
en medio de la corriente.*

## *IRENE*

*Respóndeme falso río  
que ignoras de dónde vengo,  
si la presencia que tengo  
¿espejo será o vacío?  
Dime, porque desconfío  
si soy yo quien te pregunta.  
Cuando la vida se junta  
con la muerte ya no pienso  
si la vida está al comienzo  
o la muerte está en la punta*

*¡Vivir y morir! , si alabo  
el vivir cuando morimos  
o el morir cuando vivimos  
sin encontrarnos al cabo.  
Lo cierto que no desclavo  
la esencia de la verdad,  
a veces la realidad  
la pienso prendida en mí,  
también amarrada así  
muy honda a la eternidad.*

*No es libre quien sepultado  
por el dolor agoniza,  
es amarga la sonrisa  
del hombre desventurado.  
Sucumbe el predestinado  
ante el dulce roquedal,  
sigue el lodo al manantial  
y el olvido a la existencia,  
sólo queda en la conciencia  
el instante del rosal.*

*Con la muerte se desploma  
la falsedad desvaída,  
la esfera entenebrecida,  
el asombro del aroma.  
Vanidad es la carcoma  
del hallazgo acongojado,  
la mentira del vallado  
tembladeral de la angustia,  
engaña la noche mustia,  
al que reina y al reinado.*



*Tanto poder deslumbrante,  
luces ebrias de esplendores,  
la fama entre resplandores,  
la soledumbre arrogante.  
El humillado fragante  
del vaporoso destino,  
para ser un peregrino  
al final de tanta historia  
y el de quedarse sin gloria,  
sin encontrar el camino.*

*Hay quienes siendo mortales  
se pierden en espejismos  
y de pronto ellos mismos  
se automiran inmortales.  
Las farsas inmemoriales  
repiten sabias las cosas,  
son verdades lastimosas  
que enseñan al terminar,  
que iremos siempre a parar  
sepultados en la fosa.*

*Porque yo tengo conciencia  
de lo que soy yo te espero,  
¡oh, mi amado compañero,  
cómo me duele tu ausencia!  
Me desgarran la sentencia  
de ya no volverte a ver,  
nunca se vive el ayer,  
porque el pasado es lamento,  
sólo se vive el momento  
y nunca el atardecer.*

#### **EL RIO**

*Preocupaciones, Irene,  
¿por qué las tienes tan hondas?  
¿por qué abandonas las frondas  
por el sol que no se tiene?*

#### **IRENE**

*Déjame Río, que me viene  
un llanto de mis entrañas,  
por amor miro guadañas,  
mil víboras por laureles  
y jaurías de lebreles  
perseguidos por arañas.*

### *EL RIO*

*Siempre escucho y nunca miro  
el corazón de la muerte.*

*Yo me juego con mi suerte,  
con mi pecho por testigo.*

*Nunca sabré si consigo  
amor o melancolía,  
sostengo la melodía  
en su pureza lozana,  
ni la noche es el mañana,  
ni el mañana es la poesía.*

### *IRENE*

*En abismos sepulcrales  
calcinado entre lujurias,  
abates en las injurias  
cenagosos funerales.*

*Penumbras inmemoriales  
navegan serenidades,  
brumas de las adversidades  
sofocan tu corazón,  
infiernos de la ilusión  
cargados de eternidades.*



RAFAEL PERNETT MORALES

*ESTAS MANOS SON  
PARA CAMINAR*

McCallister se acercó ceremonioso, doblando el espinazo hasta tocar el suelo con la frente. Don Saturnino, enojado hasta en los dedos de los pies, levantó las cejas pesadas y lo miró displicente. Hasta las palmeras que invadían el patio parecían hacer un marco vegetal a su descanso: parecía una tortuga regada en ese pedazo de playa, podría pensar McCallister, uniformado de mayordomo de novelas policíacas, cuando erguía el tronco filiforme hasta quedar en una estúpida actitud militar. Don Saturnino era gordo, obeso, más bien, y transpiraba dólares, repatingado en la silla de tomar el sol, frente a un gintonic con ginebra inglesa, bajo una sombrilla enorme, inmensa, sobre un pedazo de tierra que estaba junto al mar y que era suyo junto con el pedazo de mar. MacCallister era flaco como una lanza y no se podía dar (no se daba) el lujo de sudar aunque se estuviera asando debajo de la camisa blanca immaculada almidonada, dentro de los pantalones ajustados y el saco negro con chaleco de dieciocho botones dorados. Don Saturnino, céreo, miraba los ojos blancos del negro desde detrás de unos lentes negros que escondían sus ojos amarillentos de whisky y bacanales. Acercó una mano fofa, regordeta, pálida, como de muñeca de caucho, a la mesita en la que reposaba el gintonic, recogió unos manises y se los llevó despreocupadamente a la boca. Entonces fue que MacCallister supo que podía hablar: "el doctor Gómez quiere

verlo, Señor", y permaneció estático un momento, mientras Don Saturnino medía las palabras, las calibraba, escogía la respuesta más neutral, menos comprometida, más insípida, transparente, inodora. Tragó lentamente, chasqueó afectadamente la lengua y dijo, ahuecando la voz para darle ese peculiar acento internacional:

— Está bien. Díle que pase.

MacCallister dobló el espinazo hasta tocar el suelo con la frente, se incorporó como movido por un resorte y dio media vuelta en su actitud estúpidamente militar. Don Saturnino bebió sin ruido un sorbo minúsculo de la bebida amarga y refrescante, mientras el criado se dirigía al chalet con paso marcial y atlético, como un gimnasta que se acaba de caer de las barras, debió pensar Don Saturnino, todavía paladeando la auténtica ginebra y la auténtica agua tónica, traída expresamente de colonias orientales para mantener la exquisitez de su paladar. Bajó un brazo regordete, blanco, y acarició a su lado al gato siamés, importado hacía un mes de Siam, que dormía acurrucado junto a su silla, en espera de una señal para incorporarse y sentarse en esa clásica postura de gato siamés de porcelana, lo que hizo en cuanto entró al jardín el sirviente, que ahora abría la puerta enmarcada en wolframio para ofrecer el paso a un mulato acholado que se movía como amarrado, como un muñeco mecánico, casi como con un engranaje a base de ruedas dentadas. Indiscutiblemente se encontraba fuera de su ambiente, consideró fofamente Don Saturnino. Vestido de blanco perla, su piel resaltaba híbrida, brillante, amoratada, el lacio cabello peinado hacia atrás, el hipo eterno e impertinente. El doctor Gómez llegó hasta donde estaba Don Saturnino, dejando atrás a MacCallister, que se inclinaba obsequiosamente, como un resorte.

— Siéntese, doctor.

El doctor Gómez sonrió al momento de ocupar el asiento, que parecía estarlo esperando desde toda la vida, son sillas anatómicas, pensó mientras Don Saturnino le indicaba al especie de mayordomo que trajera algo de beber para el doctor, que seguramente estaría sediento.

— ¿No es cierto, doctor?

El doctor Gómez cruzó las piernas maquinalmente y se arrojó al instante de haberlo hecho. Don Saturnino parecía observarlo desde todos los ángulos posibles, pensó el médico, carraspeando a medias, hipando, más bien tragando saliva. El otro depositó sobre una de sus rodillas la mano edematosa, pálida, y levantó la ceja, como un guardabarreras: MacCallister apareció con la bandeja y dejó sobre la mesita un enorme, increíblemente enorme, vaso de

agua con mucho hielo. El doctor Gómez comprendió al paso la indirecta y empezó a sudar sin proponérselo, hípico, cortado, distónico.

— Mucho calor, ¿eh, doctor?

Don Saturnino vestía de tropical: camisa de enormes flores rojas y exóticas sobre fondo amarillo, pantalones bermudas de color azul marino deep, chancletas playeras de cuero de foca virgen, lentes oscuros y un extraño gorrito de náilon verde-acua. Sobre la mesa, un paquete de cigarrillos turcos con su racioncilla de opio, uno de cigarrillos cubanos con la cajetilla roja y otro de cigarrillos (auténticamente americanos) gringos con una subdosis de marihuana y el letrerito hipócrita SMOKE MAY BE DANGEROUS FOR YOUR HEALTH. El doctor Gómez se sintió observado como un hamster y pensó que no sabía cómo iba a hacer para quitarse esa vista fofa de encima, y optó por escudriñar la suela de los zapatos blanco perla, que le parecieron, así, por las buenas, sucios, bastos y groseros. La voz, gangosamente internacional, como la de una telefonista, lo sacó de sus cavilaciones socioeconómicas.

— Y bien, mi querido doctor, ¿qué brisa lo trae por aquí?

El doctor Gómez comprendió: era el tono. Sí: se pueden decir carameladas con tono agrio y suenan mal: se puede insultar a cualquiera con tono de libélulas demacradas de traspasar romántico y suena a música celestial, incluso hasta dan las gracias. Era el tono, no las palabras, que de por sí son neutras, blancas, vírgenes, era la forma de hablar, la entonación, el acento, la distorsión semántica, que, concretamente, en Don Saturnino, era la voz habituada a mandar a la mierda a los mismísimos jefes de la ITT o de la Coca-Cola. El doctor Gómez se sintió avergonzado de su poco mundo (sólo conocía éste), como si de repente todo, hasta el ministerio, le quedara ancho, como si fuera culpable de tener la piel con tonalidades barrocas. Don Saturnino derramaba sobre él su mirada vidriosamente lechosa, despectiva, vertical, panorámica.

— Pues veré — el doctor Gómez intentó rascarse la cabeza con aire de fingida familiaridad, de fingida indiferencia, como quitándole trascendencia al asunto, como haciendo el payaso, como chismorreando trivialidades superficiales—, se trata de su fábrica de alfombras...

Don Saturnino sorbió su gintonic casi con deleite, enviando a través de sus lentes oscuros una mirada de interés relativo:

— ¿De verdad, doctor?

— Sí, es que...— Don Saturnino ni pensaba siquiera en comparecer al doctor Gómez por su cortedad, como había creído el médico cuando empezó a sudar a golpes, hipando, empapando la camisa blanca, cuando se encontró con la mirada tasajeante y fija del gordo, obeso, más bien, que ahora paladeaba concentrando el sabor a mejunjes indostanos y alambiques del Commonwealth. El doctor Gómez sintió que era preferible hablar preciso castizo y conciso, todo, claro, mal y pronto, acabar, levantarse, atravesar el jardín, la casa enmarcada en tungsteno, el porche, subir al bólide y decirle a Chucunaque que lo llevara otra vez a su despacho en el ministerio. Este calor extraño de este pedazo de playa lo estaba más que fatigando—... resulta que las pieles que usa para fabricar las alfombras provienen de animales enfermos.

Siguió paladeando el gintonic de una manera que al doctor Gómez le pareció internacionalmente pedante. Miró entonces al cielo y encogió los labios abultados, carnosos, como preocupado. No lo estaba, se convenció el doctor Gómez: esto, a Don Saturnino, ni la tos, pero por si acaso, para completar el cuadro, lo vio dejar escapar un soplidito neutro, sin matices, sin gaitas.

— Vaya, pues, esto sí que es un problema, ¿no cree?

El doctor Gómez asintió con la cabeza, tímidamente, parpadeando un poco al sentir sobre sus ojos indios el destello de los anillos que adornaban los dedos podálicos, regordetes, fofos, pálidos. Levantó la vista resuelto y se encaró con los lentes oscuros. Era extraño sentirse reflejado en los cristales impersonales: parecía estar hablando consigo mismo, ¿o no?

— Sobre todo para la salud pública.

Don Saturnino arqueó las cejas pesadas, pletóricas, sin mover otro músculo más. Parecía pensar. Siempre parecía pensar, hubiera explicado MacCallister si hubiera estado presente: hasta en los momentos más extraños parecía pensar: hasta entonces. Don Saturnino devolvió las cejas pesadas a su sitio, comprensivo: bajó la vista una fracción de instante.

— Lo entiendo.

Era por eso, tuvo que confesar el doctor Gómez, que había venido a rogarle, sonrió sin saber si era condescendiendo o pretendiendo estimular la simpatía oculta de Don Saturnino o si era que algo en todo esto le hacía gracia, a rogarle que por favor, si no era mucha la molestia, que suspendiera la fabricación hasta tanto no se lograra erradicar la epidemia. Don Saturnino debió parpadear, pensó el doctor Gómez, un poco más seguro ya de sí. Le fastidiaba esa

ambigüedad de reacciones, para qué negarlo, pero a veces podía ayudarlo a sobrellevar algún apuro, con eso de desorientar al interlocutor. Don Saturnino acercó sus labios enormes al vaso con gintonic, sorbió un poco y repitió la acción de paladear el trago. El doctor Gómez pensó que tal ver era una forma de combatir la angustia: sorbía gintonic como a otros les da por solomizar cangrejos, por arañar cristales, por morder esquinas o por coleccionar cáscaras de pipa. Manías, pensó el médico, manías de rico. Qué se le iba a hacer. Iba a volver a sonreír cuando la voz monótona, isoelectrica, silabeante, llenó casi por completo el pedazo de playa:

—¿Y está usted seguro de que se trata en serio de una epidemia, doctor?

— Lo estamos.

— ¿Lo estamos? ¿Quiénes? Si me hace el favor...

— El Ministerio de Sanidad.

Otra vez pareció pensar, aunque lo cierto es que todo estaba pensado hacía ya tiempo, dedujo el doctor Gómez, descruzando una pierna y cruzando la otra.

— ¿Sabe que esa es una acusación muy grave?

— ¿Cuál?

— La de atentar contra la Salud Pública.

El doctor Gómez captó la onda: a buen entendedor, con ninguna palabra basta. Se estaba metiendo en camisa de once varas, solo, por su cuenta y riesgo, cogiendo al tigre por los cojones, metiendo la lengua bajo la rueda de un tractor. Don Saturnino supo que el doctor Gómez había captado la onda. Todo era ahora cuestión de tiempo. Entonces trajo de su repertorio de caras un rostro internacionalmente agradable.

— ¿Y cómo se enteraron ustedes, digo, el Ministerio de Sanidad, de esta, digamos, como dice usted, epidemia?

— Se han dado muchos más casos de los que esperábamos.

— Y, naturalmente, pensó, digo, pensaron, que mi pieles, con las que fabrico mis alfombras, provienen de animales enfermos.

— Lo hemos comprobado.

— Es decir— ahora empleaba un tono, una distorsión semántica, extremadamente suave, como amenazando—, que esto que dice usted aquí lo puede someter a consideración de un tribunal.

El doctor Gómez comprendió la ruta que seguía la conversación. Pareció pensar, imitando a Don Saturnino en su mirar al cielo



lánguidamente: las palmeras estaban ahí, quietas, no había nubes, el sol estaba ahí, quieto, el cielo estaba ahí, azul, quieto, todo estaba en su sitio, pensó, menos él: pareció de pronto llegar a una conclusión:

—Sí.

Entonces el blanco lo miró divertido, adelantando la boca y levantando una ceja espesa: el negro acudió presto, inclinándose hasta tocar el suelo con la frente: el mulato acholado se vio reflejado en los dos espejos negros, las cartas están echadas, pensó, que sea lo que Dios quiera. El gato siamés volvió a acurrucarse junto al pie fofo, MacCallister recogió el vaso de agua y Don Saturnino sonrió neutro, como un Mono Liso, y cató el gintonic. Luego miró paladeando al negro vestido de mayordomo.

— ¿Cuánto tiempo nos ha honrado el dóctor con su visita, Mac?

— Diecisiete minutos, quince segundos, Señor.—MacCallister guardó eficientemente el cronómetro que había sacado del bolsillo de 18 botones. Don Saturnino pareció jugar con su reloj pulsera. Volvió a sonreír, mirando al médico pausadamente.

— Encantado, dóctor. Vuelva cuando quiera.

El doctor Gómez apretó los dientes contrariado. Don Saturnino recogió unos cuantos manises y los dejó caer uno a uno sobre su garganta. MacCallister miró al mulato acholado vestido de blanco desplazado: “por aquí, dóctor”. El doctor Gómez se levantó de un salto, giró en redondo y enfiló rumbo al chalet: “por aquí, dóctor”, MacCallister señaló la puerta que conducía al depósito de agua. El doctor Gómez pasó entonces de la humillación a la indignación, o al revés: por lo menos no lo supo en ese momento. Siguió al mayordomo más allá de la Casa, después de unos matojos cobardes, y luego tuvo que cruzar una cerca de alambre de puás, rompiéndose el pantalón blanco perla en el intento. Después de un breve forcejeo con la cerca, estuvo al otro lado.

— Por favor— llamó a MacCallister cuando éste se disponía a regresar a la Casa. El negro volvió sobre sus pasos, mirándolo con infinito desprecio. El doctor Gómez tragó saliva hipando, tratando de recobrar la compostura.

— ¿Sí?

— ¿Qué operación es ésa del cronómetro y el reloj?

MacCallister lo miró extrañado, al menos eso parecía. Pareció pensar, medir el alcance de su respuesta, todo se pega, pensó el doctor Gómez.

— Era para atrasar el reloj.

— ¿Y con qué fin?

— Para borrar del tiempo su visita, doctor.

— Es decir— el doctor Gómez no sabía ya qué pensar—, que yo jamás he estado en esta casa.

— Exacto, doctor.

El doctor Gómez parpadeó incrédulo. ¿Dónde se había visto cosa semejante? MacCallister giró nuevamente con aire castrense. Cuando dio dos pasos atléticos, el doctor Gómez volvió a llamarlo, sacudiéndose las briznas de adormidera que se le habían pegado en los pantalons. El especie de mayordomo regresó contrariado.

— ¿Qué le pasa, doctor? ¿No piensa irse?

El doctor Gómez consideró que con ésta ya había agotado el stock de sudoraciones. Se llevó una mano a la nuca, hipando inmisericorde, y torció un poco la nuca. MacCallister estaba visiblemente impaciente. El doctor Gómez se encaró con él, nervioso, casi suplicante.

— ¿Qué significa todo esto?

MacCallister sonrió, como perdonándole la vida: “significa, doctor, que el Amo (el doctor Gómez no supo a Ciencia cierta si dijo Amo o si dijo Boss) no pretende darle ninguna importancia a su visita. Es como si nunca se hubiera efectuado, ¿comprende? Significa que no va a tomar ninguna medida contra usted por su impertinencia de hoy. Significa que con todo y el hipo le ha caído usted bien. Y ahora lárguese y no complique más las cosas”.

El doctor Gómez llegó a la calle corriendo, escapando del bulldog que insistía en quedarse con sus pantalones blancos, jironeados y encharcados desde su paso por los alrededores del depósito de agua de la Casa. Su automóvil estaba ahí, enfrente, no frente a la puerta del Chalet. Comprobó que el motor estaba encendido cuando llegó a él hecho un estropajo: el aire acondicionado estaba también en High. Pero Chucunaque, el chofer, no aparecía por ningún lado. El Señor Ministro de Sanidad, doctor Miguel Gómez MD, se sentó al volante, cómo le dolían los pies, y respiró profundamente. Miró por el espejo retrovisor, nada, enfiló por la calle que bien podría ser carretera, rumbo a su residencia, no podía llegar al Ministerio con esa facha, pensando en que tal vez todo esto era una pesadilla de esas que le daban cuando se hartaba de leon-pan-mein o un sueño de esos extraños que duran horas y horas y parecen incluso llevar una continuidad. A lo mejor era eso. Ojalá lo fuera.

El excelentísimo señor ministro de Sanidad, doctor Miguel Gómez MD, profesor honoris causa de la Universidad autónoma de Frenkel, miembro permanente del Comité de Expertos de la Asociación Americana de Anquilostomiasis, Socio Fundador de la Liga pro defensa de la Pelagra, Presidente vitalicio de la Mancomunidad de Ulcerosos Ilustres, Consejero a Título Previo de la Comisión Internacional para la Erradicación de las Enfermedades Mentales, Miembro interino con carácter permanente del Comité de Expertos en Ornitosis y Psitacosis, Director Nacional de Cibernética termorreguladora y descendiente directo de Federico II de Hohensaufen (siempre agosto, siempre victorioso, Emperador de los Romanos y Rey de Jerusalén, tres veces excomulgado, pederasta, mujeriego y místico), nació en una ratonera.

Bueno, no exactamente en una ratonera, puesto que en ese tipo de lugar sólo pueden proliferar seres anormales como Garbancito de la Mancha o Pulgarcito (tal vez Gulliver o Alicia; la del país de las maravillas), sino que el lugar que escogió la señora Nacha para dar a luz era frecuentado por esos seres extraños, vivarachos y destructivos. Por esa época, Terencio Gómez, recién despedido de los muelles por resistirse a hablar inglés, había quedado ciego un día que se lavó la cara con jabón germicida. Y tenían que ir viviendo como buenamente pudieran, pese a su interdicta ascendencia, durmiendo en los callejones arropados por el aroma de los tinacos hediondos a despecho, a veces en las afueras de la ciudad que muere sola, donde el sol caía de firme haciendo brotar las moscas y donde la noche caía también de firme, como una liberación parcial, arrastrando bajo sus negros refajos el ruido ya familiar de roedores y enamorados; a veces dormían junto al desagüe general de aguas negras, arrullados por el correr de los residuos urbanos en el interior de los inmensos uréteres de cemento. Y de día, otra vez el suplicio, otra vez la señora Nacha arrastrando la barriga grandota e incómoda por las calles, guiando a su marido con las cuencas vacías, porque Terencio Gómez tuvo la vista infectada y ahora no tenía ni ojos.

Eran uno días patéticos, unos días terriblemente días, como diría Moravia. Y cuando llovía no buscaban refugio, rogando que el agua del cielo les viniera como una liberación, cogerse una pulmonía y acabar de una vez, finish. Y así seguían, día tras días, en procesión, primero la barriga, después la señora Nacha y al final, a la rastra, Terencio Gómez, hechos unos harapos, convertidos ellos mismos en jirones, desarrapados, surrapastrosos, patirrajados, para estimular la Caridad ajena, como manda la Santa Madre Iglesia:

pero creían caminar sobre fango de infieles en esta ciudad que dolía, oyendo gruñir sus estómagos de ociosidad, oxidados por la falta de uso, atrofiados. A veces (más o menos una vez al mes), la señora Nacha se encontraba algo por ahí para ganarse una platita y dejaba a Terencio Gómez sentado en una esquina con una lata vacía a sus pies, volviendo luego y encontrándolo contento por haber recogido algo y comprobar después que la lata estaba llena de platillos de coca-cola, aplastados para que dieran la sensación de monedas.

Y así, mes tras mes, la barriga grandota e incómoda fue creciendo hasta que no pudo más y se reventó. Y así, en estas circunstancias, fue que nació Mickey Gómez. Cuentan las malas lenguas que su nombre proviene de ahí, de haber tenido como primer compañero a un *murs musculus*, que todavía Terencio Gómez tuvo el humor de ponerle Mickey, como el ratón ese de las cómicas. La señora Nacha, cuando se encontró en el trance inminente, dolor va y dolor viene, buscó el lugar más seguro que podía divisar por los contornos. Y entró, arrastrando impaciente a Terencio Gómez, que se tropezaba torpemente, maldiciendo, cayéndose a causa de los despojos inverosímiles que habían dejado sus antiguos ocupantes (temporales, transitorios o permanentes) en aquella chocita abandonada hasta por la ira de Dios. Y allí, con la ex-vista dirigida al infinito, Terencio Gómez oyó chirriar a sus pies unos dientes voraces y oyó chillar a sus espaldas ese cuerpo que se partía en dos, sentado con las manos en el regazo, inútil, asqueado. Y después de un rato que le pareció que ni empezaba ni terminaba jamás, oyó llorar al niño, sintió el corazón en la boca, el consabido sabor salado, y lloró, pero como no tenía ojos no le salieron lágrimas, cuantimás un moqueo estúpido. "Se llamará Miguel, como el ratón ese de las cómicas", dicen las malas lenguas que dijo mientras buscaba, con los dedos acostumbrados a la luz, el bulto casi informe, sucio, que desde hoy debería proteger del ataque de las alimañas, de todas las alimañas habidas y por haber.

Podemos asegurar, con el margen de error que se puede permitir un observador indirecto, que los primeros días de Mickey Gómez fueron relativamente felices: tenía dos tetas enormes como globos para él solito, tenía los labios babosos de ese señor que no lo miraba, y además tenía entretenimiento completo con las carreras de ratas y los amoríos de los murciélagos. Hasta que un día el cielo se pintó de gris, tosió (o algo parecido) y se despepitó sobre su frente mulata, acholada y olímpica, dejándolo lleno de un líquido frío y triste (sin olor, ni sabor ni color), que se diferenciaba con mucho del chorrito ése que se le deslizaba hasta la rabadilla y

que despertaba gritos de angustia por parte de esa señora que le decía cositas raras y pendejaditas cuando quería que se durmiera. Para ese entonces, cuando descubrió que también el agua caía del cielo, ya tenía el hipo ese perenne y para entonces ya hacía bobaditas para disimularlo. Eso al menos es el testimonio de la señora Nacha. Fue por aquellos días, cree recordar, que Terencio Gómez comprendió la imperiosa necesidad de una vivienda estable al abrigo de la furia de los elementos y cayó en un estado de profunda depresión que hacía más agobiante su carga, siendo así que estaba embarazada por segunda vez: Terencio Gómez retiró de su vida el apetito (lo cual, en su situación financiera, era una bendición), pero tampoco quería dormir ni quería que su mujer se fuera y lo dejara solo con el niño, ni quería que se quedara ahí viendo al chiquillo morirse de hambre, ni quería moverse ni tampoco quería quedarse ahí. Y saltaba eléctrico cuando Mickey gritaba porque lo había mordido algo asqueroso que todavía no acertaba a llamar por su nombre: entonces decía, con voz patética y trepidante, que como padre debía velar por su hijo (patria potestad), pero al querer levantarse para espantar a lo que fuera tropezaba (a lo mejor con una botella de flit abandonada desde tiempo inmemorial) y se asustaba, volviéndose a sentar, temblando, llamando a Nacha con voz aterrada y desesperante. Y la señora Nacha, que tenía los dos cojones bien puestos, decidió un buen día que el asunto este no se podía quedar así. Porque no le daba la gana. Punto. Y al domingo siguiente se ganó la lotería.

Había tenido que luchar casi con Terencio Gómez para poder salir de la chabola, pero al fin lo logró y lo primero que hizo fue comprarse unos billetes de lotería. En principio pudiera pensarse que le resultaría harto difícil comprar nada, puesto que su situación económica era en exceso deficitaria, precaria, más bien: Terencio Gómez y su mujer estaban en la más pura lipidia. Pero como el hambre es el motor de las grandes obras y el cerebro de Eutanasia Quintero funcionaba como recién engrasado, pronto descubrió, mientras buscaba, elegía y escogía, una rata gordita para el almuerzo, que el camino que partía desde detrás de la choza daba a un claro entre los yerbazales, donde cada noche llegó a sorprender cuatro o cinco parejas haciendo el amor (por decirlo de la manera más fina): amenazándolos con un bate de beisbol que había encontrado junto a la carretera, los fue saqueando noche tras noche hasta crear una leyenda que todavía hoy persiste. Así las cosas, no tardó mucho en reunir unos exiguos ahorros, que no podía gastar porque Terencio Gómez se ponía histérico nada más oír que sus pasos se alejaban en dirección a la ciudad. Porque Terencio Gómez temía que su mujer lo abandonara ahí, rodeado

de ratones desalmados y mosquitos incansables, rozado a veces por moles frías y babosas y silabeantes, serenateado por croares asquerosos, llovido de lágrimas sosas y, sobre todo, incapaz de poner las cosas en su sitio. Las cosas habían llegado hasta el extremo de que aunque Nacha le jurara y le porfiara por las noches, a oscuras, a solas con su intimidad, cuando ninguno de los tres veía nada y sólo respiraban ardientes sus epidermis fundidas, que no lo iba a dejar, papacito, porque lo quería mucho, Terencio Gómez no se fiaba un ápice de sus palabras. Y cuando ella de verdad lo dejó, años después, comprendió que lo había situado bien (económicamente hablando) como una compensación, como una indemnización, como quien paga una deuda. Pero todavía faltaba mucho para que se dieran las circunstancias que acabarían con su matrimonio de facto y Terencio Gómez, reducido por la fuerza decidida de su mujer, la oyó irse desde su cajeta de galletas vacía, donde pasaba las horas muertas sentado, y la oyó volver con unas michas de pan y un cartón de leche y unos cigarrillos. La señora Nacha se guardó bien de decirle nada acerca del billete de lotería para que no se enfadara y se hundiera dos o tres metros más en su ya profunda melancolía. Hasta el domingo, cuando vio los números premiados y supo que se había acabado la mala racha y que la suerte empezaba a sonreírle.

Terencio Gómez aceptó el hecho consumado a regañadientes y se fue a vivir casi arrastrado al cuartito, con más y más desconfianza hacia su mujer, sobre todo por la forma en que imaginaba había logrado sacarlos de aquel conato de pantano, y maldecía a aquel sinvergüenza que dijo que el fin justifica los medios. La señora Nacha alquiló un cuartito en una casa de la época colonial: un bello edificio colonial, hecho de madera traída del Darién en tiempos de la colonia y que salía en casi todas las postales porque era el único caserón colonial que sobrevivió a las lluvias que habían caído desde los tiempos de la colonia. Y pese a que las tablas estaban parchadas con trozos carcomidos de madera de diversas épocas, a que sólo había un baño para los ciento y pico de familias inquilinas, y a que casi no se podía dormir entre los gritos de las vecinas y los ruidos de los escalones cuando la gente subía, la señora Nacha no se quiso mudar. Ni pensarlo. No. No iba a quemar todos los cartuchos como esos tipos que salen de la prisión después de no ver una mujer en años. No. Ni pensarlo.

En ese caserón nació Lucrecia, débil, pálida, amarillenta como una biblia medieval. Y en ese caserón nacieron, además de Quecha, Leida (cabello encrespado como olas del Caribe encendido), Cachimbo (frente apoteósica y dientes separados), Mariana (paticurva

y flaquita, verdecita: la llamaba “marciana”), Pachulo (bonitito y amaneradito) y Tomé. Para cuando nació Quecha, débil, paliducha, amarillenta como un papiro egipcio, Mickey ya decía papá y mamá, mordía carne pero todavía se hacía pipí sin poderse contener. Y tampoco, por mucho que hiciera, se le quitaba el hipo ese perenne y bendito. Una de las vecinas, que era carterista, decía que Mickey iba a ser aficionado a las carreras de caballos, y todas las demás vecinas, ociosas todas, feas todas, reían todas con esa sutil alusión a su hípica cuando iban a ver cómo la vecina fabricaba carteras para ganarse un dinerito extra: un camarón. Y reían alto, tan alto y tan groseramente, que Mickey no tuvo más remedio que odiarlas, pero a ratos, alternando su odio con sentimientos isoeléctricos, entre las que le parecían más o menos brujas cada día. Porque aquellas mujeres estaban siempre riéndose de él, si no era por una cosa era por otra: que si el saltito escuálido para disimular el hipo, que si el chichón debajo de la barbilla, que si la frente que parecía un aeropuerto de moscas, que si la raya ocre en el pañal, que si usaba pañal todavía y tan grande que era, porque Mickey Gómez usó pañal hasta los seis años, y se refugiaba en/junto a la falda materna, debajo de la barriga enorme que parecía eterna, que se desinflaba a medias, sólo a medias, para volverse a inflar, mientras la señora Nacha freía unas tajadas de plátano y el bistekcito con cebolla y el arroz blanco y ponía en el plato las lechuguitas semilavadas con el agua más pura del mundo. Cada desinflen de la barriga enorme de su mamá coincidía con la aparición de algún hermanito, por lo que Mickey empezó a tratar de comprender aquel misterio ancestral: otra vez está preñada la señora Nacha, decían las vecinas cuando bajaban a bochinchar junto al lavadero, parece una fábrica de hacer chiquillos. Y Mickey quería asociar lo oído con los bollos preñaos, que tenían carne de puerco y de gallina adentro, pero no, su mamá no tenía ni puercos ni gallinas (en el sentido zoológico de la palabra), sólo hermanitos, con secuencia sonoramente musical: Quecha, Leida, Cachimbo, Mariana, Pachulo y Tomé. La señora Nacha dejó de inflarse y desinflarse cuando Mickey contaba con diez años, pero ya entonces vivían en un edificio llamado Multifamiliar, que era lo mismo que el caserón colonial sólo que de cemento, aplastado y con menos chinches.

\* \* \*

La dejaron usar el Chrysler por primera vez a los catorce años, cuando todavía no se atrevía a usar la blusa transparente sin sujetador porque el sostén le servía para disimular lo que aún le faltaba. Fue un día en que su hermano andaba por ahí fumando marihuana y papi quería comer huantón frito, pero no quería levantarse del sillón frente al televisor en colores, y el chofer tenía el día libre. Entonces ella sacudió su melena castaña y prometió no estrellar el Superluxury si la dejaban ir a comprar el huantón. La señora Vigil la miró desde su mutismo innato, sólo roto para responder afirmativamente a las ideas de su marido. Entonces él dijo de acuerdo y ella salió corriendo al garaje, montó en el aparato, que tenía más botones que un avión, y gastando seis dólares de gasolina en el arranque, se hizo dueña de la calle.

En ese entonces, cuando todavía no se atrevía a usar blusa transparente sin sujetador, Maribel estaba enamoradísima, caída, derretida, con Bebi Rodríguez, que se parecía a Marlon Brando. Pasaba por su casa, y por estarlo buscando con la vista casi choca contra el Mercedes del papá de Bebi, que estaba estacionado en la calle: por casualidad miró al frente, casi por instinto, y cuando se vio poco menos que encima giró el volante y quedó encaramada en la otra acera, dejando dos dólares de rueda manchados en el suelo y volvió a caer en la calle, frenando para coger un respiro. Entonces fue cuando vio a Bebi en el porche, riéndose el muy condenado. Aceleró colorada (por el susto, que nadie piense mal), a través del retrovisor lo vio en la acera, lo que le dio más rabia todavía, pero había un

## S T O P

que todavía no se atrevía a violar porque no tenía la suficiente seguridad al volante como para torear cualquier otro carro que se le presentara de pronto. Bebi se montó en el Mercedes y ella dejó el Chrysler quieto hasta que el pelao estuvo junto a ella y se ofreció a llevarla, no fuera a ser que se matara en el camino. Tímidamente, coloradamente, cambió de asiento. Bebi dejó el Mercedes parqueado detrás y entró al Chrysler, con esa expresión a lo Brando que la volvía requeteloca, sonriendo como cuando el Campeón del Mundo de los pesados ve subir al ring al trigésimo en el ránquin de los moscas, conduciendo con más estilo del necesario. Y ella embelesada, con el corazón a mil por hora, casi sin respiración, con la vejiga llena de pronto, moviendo las piernas y contestando estupideces, no sabiendo dónde meterse, sintiéndose ridícula con su melena castaña y sus casisenos, con su mirada atemorizada, como de gacela, y sus caderas imponentes aplastadas sobre el asiento lateral derecho frontal del Chrysler. Bebi Rodríguez se desenvolvía



como pez en el agua, con ese mechón divino que le caía sobre una ceja y ella tenía sed y se le secaban los labios, como cada vez que se ponía nerviosa. Y no tenía por qué estarlo: conocía a Bebi desde pequeños, cuando jugaban Compañerito Pío Pío (la garrapata la tiene tu tío) y la mamá de Bebi (a veces también la señora Vigil) les traía chicha de tamarindo para refrescarse y les daba diarrea. Además, en las noches soñaba con él y las fotos de Marlon Brando que tenía eran para ver a Bebi día y noche. Así que no debía estar temblando ni retorciéndose las manos ni mordiendo los labios ni contestando chiquilladas. Bebi Rodríguez sólo era un año mayor que ella (bueno, catorce meses), pero verlo ahí era impresionante: era todo un hombre, con el mechón así, caído sobre una ceja, y la cara a lo Marlon Brando, y el reloj-pulsera como el que usan los astronautas, y el porte, el porte lo valía todo, parecía un artista de cine (Marlon Brando, concretamente) cuando levantaba una ceja, así, contrayendo la otra, se veía divino. Y la decisión al pedir la docena de huantón frito porque ella se había quedado sin voz, amófona (mejor dicho, afónica) y él indicó al chino, que tenía un gorro y un delantal blancos, que le diera una docena de doce huantones fritos. A ella le hizo gracia la puntualización (una docena de doce, qué náis) y rió por bajo, para esconder que se reía por una estupidez.

Otra vez en el Chrysler se sintió maravillosamente protegida con el perfil egregio, a lo Marlon Brando. Bebi conducía chévere, con una mano, y la otra en la ventana, como Kim Clark, interesante, bello. Y ella con esa sensación tan agradablemente desagradable de tener como una bola en la boca del estómago y sudando. El la miraba de vez en cuando para cerciorarse de que estaba ahí y ella se sentía minúscula, encogida, riéndose como una boba por cualquier gracia que en otra persona (Teto, por ejemplo) la causaría la más atroz de las repugnancias. Pero es que Bebi se parecía a Marlon Brando y Teto no. Además, con el sobrenombre ese de Teto se hacían muchos juegos de palabras que eran groseras a más no poder, como le pasaba a Aatto, que le decían Aatto-pato por cualquier tontería. Pero, en cambio, Bebi sonaba incluso a infantil, a niño de pecho; se volvió a ruborizar, sin saber a ciencia cierta por qué. Y Bebi cogió otra ruta, la de la playa, en vez de ir a llevarle el huantón frito a don Clodo. Bebi detuvo el Chrysler, egregio, a lo Marlo Brando, chévere, bello, divino. Y se quedó mirando al frente quemando físico, deleitando a Maribel con su perfil de una hermosura incalculable. Ella no concebía como la cursi de Noni decía que Bebi era feo. ¡Pero si estaba más bueno que el pan nuestro de cada día!

Estuvieron en silencio un par de días, creyó Maribel, totalmente desconcertada, sin saber qué hacer: todo le parecía una estupidez maestra. Se retorció las manos, hacía sonar los nudillos, cruzaba y descruzaba los pies, todo ello sin levantar la vista. Y Bebi ahí, como una estatua ecuestre, serio, sexy, seguro. En las películas ése era el momento en que el star-boy abraza a la star-girl arrullados por música de violines y la besa. Pero Bebi no parecía estar en ninguna película, pese a parecerse de una manera casi patológica a Marlon Brando. Faltaban los violines, pensó, y trémula la voz, como un gorrión con asma, se aventuró a preguntarle, tartamudeando, que en qué estaba pensando. Bebi salió de su abstracción, carraspeó y le dijo que si jugaba Héctor López a lo mejor los Yankees ganaban la Serie Mundial. Maribel parpadeó: la había cogido fuera de base. ¿Es que él había estado pensando todo el tiempo en beisbol mientras ella creía que? No, hombre, esto no valía la pena. Pero lo miró y él la miraba: bajó la vista, sonriendo por debajo, escondiendo su timidez. Y se le pasó por la mente el pensamiento más extraño de su vida: pensó que el Chrysler era tan ancho que bien podría parecer una cama. Pero no lo pensó como algo particular, si no que fue un pensamiento extraño, que se coló entre los demás que la abrumaban en ese momento. Y lo exteriorizó como hubiera exteriorizado que el sol rielaba sobre las perladas superficies plateadas del océano inmenso, para que Bebi supiera que no sólo pensaba pendejadas sino que a veces tenía pensamientos que se elaboraban en el subconsciente, como las personas adultas. Bebi le preguntó entonces si ella lo que quería era irse a la cama con él y lo miró asustada: no, nada de eso, ella no había ni siquiera pensado algo tan brutal, y le soltó un bofetón superlativo en la carita bella, a lo Marlon Brando, y en los ojitos lindos, como los de Marlon Brando, aparecieron una serie de gotitas que fueron cayendo lentamente. Ella abrió los ojos, oscilando entre la admiración y el horror. Bebi la miró a través de sus lágrimas y le dijo, todo lo compuesto que pudo: te voy a violar, ¿entiendes?, pero hoy no, tal vez un día de éstos”, y volvió a quedarse quieto mirando al frente, con una mano en el cachete rojo lleno de dedos, como rumiando. Ella estuvo al borde de preguntar que por qué no la iba a violar ahora, pero lo pensó mejor: quién sabe si Bebi hubiera entonces querido cumplir su promesa. No, suficiente había hecho ya, mejor no empeorar las cosas.

Después de un rato de silencio forzado, Maribel le pidió que por favor la llevara a casa y él se negó, que se esperara a que se le pasara el dolor, que él no iba a andar manejando y llorando. Maribel se dijo que cada vez que abría la boca era para decir una

estupidez, así que mejor se callaba y que Bebi decidiera lo que había que hacer: violarla, esperar o marcharse. Era una situación bien ridícula. Ridiculísima. Mejor no contárselo a Noni, que se hubiera reído todo lo que le hubiera dado la gana.

Pasó un guardia bailando el tolete; se inclinó a mirar quién iba dentro del Chrysler: reconoció a Maribel (sin duda, también a Bebi) y continuó su camino tranquilamente, sin volver a mirar más para atrás, dejándolos solos con su propio problema.

\* \* \*

— ¿Jelóu?

— ¿Y qué fue, Alis?

— ¡Jai, mai dier! ¡Guát a sorpráis! ¿Guáts goinón, dárlin?

— Ahí, pues, jota pe ce.

— ¿Guát? Esquiúsmi bot ai dónt anderstán.

— Que jota pero contenta.

— Ou, mai cháil, dáts bad, veri bad, mai diér.

— No te creas, que lo que está en algo es estar contenta, aunque esté una bien focopiada.

— ¿Du yu ríli tink so?

— Sí, hombre, aunque a veces tengas que andar trepada en un árbol de lo puro friquiada, ¿sabes cómo es?

— Ai dónt bilivit atál. Aim chur yór quídin.

— No, qué va, mani: ya sabes lo que dice el refrán: que sarna con gusto no pica,

— Y si pica no mortifica.

— Exactamente.

— Ajó, Noni, estás hecha una refranera de marca mayor.

— Jé, ya era táim.

— ¿De qué?

— De que hablaras castellano.

— Ah, claro: lo que pasa es que andaba rondando Charlie, ya tú sabes, y yo quería que se creyera que estaba hablando con alguna amiga gringa: con Bobie, para no ir más lejos.

— ¿Y eso?

— Es que dice que todas las panameñas somos unas bochin-chosas.

— Dale las gracias de mi parte, por lo menos en lo que a mí me concierne.

— No, si no es por ti. Es'que como una a veces se la pasa bla bla bla más de la cuenta,

— y después viene y sube la cuenta.

— entre otras cosas. ¿Y ese milagro?

— No tenía nada que hacer.

— Se te agradece la sinceridad.

— Es que mi lema es "la sinceridad ante todo": el di láif.

— Haces bien, lo reconozco, pero sólo eres tú, porque es que hay por ahí una garulilla que sólo se la pasan inflando globos.

— que no tienen razón de ser, ¿no?

— Hombe, es que si fuera verdad no serían globos, ¿estamos?

— Pero es que si fuera verdad no habría que andar hablando bajo cuerda.

— No te creas, que la mayor parte de las veces la verdad duele.

— Tiene que doler: ¿no ves que las mentiras, al fin y al cabo, las puedes dejar que te resbalen?

— Pero date cuenta que la gente hace más caso cuando la que le dicen puede hacerle algún daño a alguien.

— Bueno, pero eso no es para alarmarse.

— ¿Tú crees?

— Estoy segura.

— ¿Tú crees que si andan por ahí hablando de ti no te tiene que importar?

— Depende de lo que se diga, ey.

— No, no, déjate de tonterías: sólo el hecho de que te tengan en boca ajena ya es un jándicap, fíjate.

— Depende.

- ¿Depende de qué?
- De lo que se diga, ¿de qué va a ser?
- Atiende.
- Supónte que te arman un revulú por algo que es tremenda cábula.
- A mí, personalmente,
- Sinceridad por delante.
- Sinceridad ante todo: a mí lo que diga la gente me importa un garbanzo, o como vulgarmente se dice, un güevo.
- Si yo no me refiero a la gente, mai diér. Yo me refiero a las personas a las que más fácil se puede embromar.
- Charlie, por ejemplo.
- Por ejemplo. Tú imagínate que, por ejemplo, aparezca yo metida en un bochinche que le afecte a él directamente: cuernos o así: entonces, a lo mejor, se cree un poco de vainas y como mínimo pon que se estropea nuestro matrimonio.
- Hombre, es que también depende de qué boca es que sale el cuento.
- Nada de eso, porque los bochinches se riegan como cuando uno echa una bomba lacrimógena, ¿entiendes?
- ¿Una qué? Explícate.
- Bueno, serpea el asunto: la bomba lacrimógena la tiran en la calle, ¿no?
- No siempre.
- Oquey, pero suponte que la tiren en la Plaza Cinco de Mayo,
- Oquey, la tiran en la Cinco de Mayo.
- Bien, entonces el humo empieza a desparramarse a partir de la lata,
- Bien, se desparrama.
- En algunos lugares, calles, parques, etcétera, el humo se va tranquilamente, sin obstáculos,
- Oquey, con luz verde.
- pero donde están las casas, no puede pasar,
- Ya, ahí se queda.

— Entonces, bien, ahí se queda. Pero el resto del humo, el que se fue por las calles, empieza a meterse por los callejones o las puertas que están abiertas, y cuando vienes a ver, hay gente llorando en Punta Paitilla sin que nadie sepa de dónde fue que vino el asunto.

— En pocas palabras: que de mano en mano se perdió un elefante.

— Ecolecuá. Y Charlie lo que quiere es evitar eso.

— Porque el que trae lleva,

— y el que no va no viene.

— Yo no te llamo para bochinchar, que conste.

— Ey, nadie dijo nada de eso.

— A buen entendedor, con pocas palabras bástá.

— Oye, oye. Menes suspicacias, plís.

— Tútran.

— ? ? ? ? ?

-- Tú tranquila.

— Ah.

— ¿Estabas haciendo algo?

— Nada en especial: estaba vigilando a la sirvienta, que como te aleles te deja la casa a medio limpiar.

— Sí: dímelo a mí, que tuve una, una vez que cuando barría me echaba la basura debajo de la alfombra de la sala.

— Como en las películas de los hermanos Marx.

— Sí, se creerán que una es tonta.

— Por eso nosotros compramos una aspiradora.

— ¿Y qué hace la tuya para dejarte la casa sucia?

— No, la verdad es que no me la deja sucia: es que me la deja a medio limpiar.

— Guestión de matices.

— Exacto. El asunto es que a veces encuentras hasta huellas digitales en las persianas.

— Ah, y encima tienes que pagarle el salario mínimo, asegurarlas como trabajador por cuenta ajena y pagarles el décimotercer mes, además de vacaciones y un día a la semana libre para que se vaya con el cholito a un pindín.

— Nosotros le pagamos más de lo que estipula la ley y, como si fuera poco, la dejamos que trajera una hermana y una tipa toda rara que dice que es su prima, pero la verdad es que yo no me termino de tragar esa parte del cuento.

— Peor pa ellas porque trabajan las tres, ¿no?

— Sí, eso por lo menos es una ventaja.

— Súper. Así que trabajan tres y cobran por una.

— Claro, pero tienes que andar detrás de ellas, y lo peor es que encima te ponen mala cara.

— Elemental, mi querida Alicia: algún día, ya veas, te van a reclamar porque no les pagas lo suficiente.

— Si yo no las contraté, qué diablo les voy a pagar.

— Yo sólo te digo eso: recuérdalo: hoy es

— Ai tínk tudei is güensdei.

— ¿El consorte?

— Oh, yes, mai síster, bot as ai guás télin yu,

— Está fregado el asunto.

— Chur: of cors yu can sei so.

— Ey, tienes que hacerte valer, tú.

— Dónt guerri: ai tínk di seim as yu.

— Oye mira manita, mejor te llamo luegoito, ¿oquey?

— No, no hace falta. Se acaba de ir.

— Menos mal: estas bilinguadas me cocinan el hígado.

— Y a mí, pero qué remedio: la necesidad es la madre de las grandes cosas.

— Sobre todo de los grandes vicios.

— O de las grandes virtudes.

— No sé qué te diría, pero en tu caso más bien parecen vicios que virtudes.

— Depende del cristal con que lo mires.

— Es que vivimos en un universo einsteniano.

— Ajó, qué enterada.

— Bueno, bueno, te decía que

— Así, sigue:

— que te van a reclamar un día de éstos más sueldo

— Ey, si ellas se meten en mi casa dizque a ayudar a la sirvienta, ¿qué culpa tengo yo? Y dándoles casa y comida...

— Uy, qué ingenua eres. Ya verás cómo te salen con que las estás explotando: cría cuervos...

— No creo. Ya hablé de eso con ellas.

— Te va a pasar como un un tipo que nos vino a pintar la casa y le dijo a Fefo que con una caja de ron bastaba, pero que como Fefo era dizque medio ministro, pues que fueran dos cajas de Carta Vieja Reserva Especial de a litro. Bueno, pues, pa no alargar el cuento: se trajo un amigo, se chuparon las dos cajas y después salieron con que no pintaban un carajo, si no se les pagaba, al menos, el salario mínimo.

— ¡Qué cara más dura!

— Pa que veas: de roca pura: Gibraltar. Y Fefo les dijo que los iba a mandar a Coiba por vivazos, pero ellos dijeron que oquey, que los mandara, ¿me sigues?

— Ya. Seguro que en la Isla tienen amigos a tutiplén.

— No sólo eso, ya verás.

— Sí, sigue.

— Y entonces se puso Fefo a pensar y pensó que a lo mejor llegaba un hampa de esos amigo de ellos y le caía a puñaladas, como a Julio César.

— Sí.

— y les pagó su plata.

— ¿A los dos?

— Sí, a los dos, pero los fichó, no te creas. Y después, como a los cuatro meses o por ahí, los pillaron en una travesura y ¡fuáp! como ya Fefo los tenía aguaitaos, su viaje a la Isla no se lo salvó ni el médico chino.

— Ni con acupuntura, ¿no?

— Eso mismo, mija, ja ja ja ja.

— Bien hecho. ¿Y cómo hizo Fefo con la pintura?

— Cogió una cuadrilla del ministerio y nos pintaron la casa gratis, pero es para que veas, pues.

— Ya.

— Así que ojo al parche, mija, que en este país el que menos corre cansa un venao.



— Bueno es saberlo. No vaya a ser que luego me hagan la misma triquiñuela.

— No, de que te la hacen, te la hacen. Así que ponte dura y no te coagules, para que no te pillen fuera de base.

— Ahora, que yo se les dije claro y pelao: aquí, en este lugar, casa y comida, porque yo no las contraté, ¿no te parece que ya es suficiente?

— Amanecerá y veremos.

— Ojalá no haya que ver nada, mani.

— Ojalá.

— Otra cosa, tú:

— Díme.

— ¿Y qué es de tu tribu?

— Ahí: el otro día tuve a la Chichi con paperas.

— ¡No me digas!

— Sí, pero no fue nada, por suerte.

— Gracias a Dios.

— Pero menos mal que como a Tito ya le había dado hace como dos años, no hubo que lamentar más desgracias personales.

— No lo sabía, mijita: hasta ahora me desayuno.

— Fue mundial: imagínate que cuando se vio con la cara hecha una pelota se la pasó todo el día llorando.

— No es para menos.

— Y me decía, dice, Mamá ¿y no se me va a arreglar ya más nunca?

— ¡Qué bella! ¡Pobrecita!

— De pobrecita, nada: Fefo tuvo que traerle dos o tres docenas de muñecas para que se le calmara la llantina.

— Uy, eso me suena a chantaje.

— ¿Chantaje? Extorsión es lo que es.

— Esa chiquilla tuya se las sabe todas.

— Los niños son terribles.

— No sabes tú lo que te envidio. Qué más quisiera una que poder tener un hijo, uno solo, aunque fuera.

— Este asunto tiene su lado malo y también su lado bueno, no te creas: no todo es diversión.

- Pero ponte en mi sitio, mani: imagínate que llegas a tu casa y siempre la cara toda sería de Fefo y la sirvienta todo el día cotorriando, pero sientes que nada eso es tuyo, que se pasa el tiempo y que lo único que de verdad puedes decir que es tuyo no viene.

Ey, no te me pongas ahora sentimental, Alis.

No es para menos, mijita. No sabes lo que es saber que nunca (o por lo menos en unos diez años) no vas a poder organizar ninguna fiestecita de cumpleaños con su piñata y todo ni vas a regañar a nadie ni te van a desordenar la casa para darle trabajo a la sirvienta, y que, para colmo de males, tienes todo lo necesario para que tengas una vida decente.

- Es que Dios le da pan al que no tiene dientes.

- Júralo, mani: seguro que hay por ahí el pocotón de gente que no quiere tener hijos y se cargan de familia como quien suma: uno y otro y otro y otro y después otro más.

- de postre.

- Sí, de postre. Y por si fuera poco, encima queda preñá la hija mayor, la abuela, la tía y hasta la perra.

- Sí: éramos pocos y parió la abuela. Pero lo tuyo tiene, por lo menos, solución. Lo de toda esa gente no.

- ¿Tú crees? ¿Y cuál es?

- Adoptar un pelaíto.

- ¿Aquí? ¿En Panamá? ¿Tú estás loca? ¿Tú quieres que el día de mañana ande la gente hablando que porque si ésto que si lo otro?

- No seas pesimista.

- Ah, y tú dices que la ingenua soy yo. ¿Tú crees que habrá una sola persona que crea que el hijo no es mío? Lo primero que van a decir es que yo estaba quemando a Charlie y el pelao es de estraperlo escondido y después se encargarán de buscarle padre por su cuenta. No, mija, adoptar un hijo en este país es una valentía enorme y más vale no arriesgarse.

- Te comprendo, aunque no comparto tu opinión, aunque la respeto. Y más vale un porsiacaso que un siyolohubierasabido.

- Tú estás en algo, ¿ves? Y una no tiene otro remedio que esperar que la cigüeña caiga por aquí.

- Y que diga Dios te salve Alicia el Señor te ha elegido.

- ? ? ? ? ?

— Porque para que venga la cigüeña tiene que haber un milagro, ¿no?

— Ey, ¿qués lo que quieres decir?

— Ajá, tú sí que eres. ¿Es que tú todavía crees en cigüeñas y demás pajaritos preñados?

— Of cors ai dónt.

— Entonces tiene que ser un auténtico milagro que venga una cigüeña: con lo fácil que sería una de las garzas de la presidencia.

— Ya te estás saliendo por la bragueta, como siempre.

— Es el carácter de una.

— Ya, ya.

— Ey, no te pongas brava, mani.

— ¿Por qué me iba a poner brava?

— Por lo de la cigüeña.

— Ah, por eso no, mani, no le des color. No tiene importancia.

— Bueno,               este,

— ¿Sí?

— No, nada.

—

— Ah, oye, Alis.

— ¿Qué?

— Em, nada, que te iba a preguntar si mañana puedes caer por mi chántin. Quiero que veas un figurín que me mandaron de París en estos días.

— No sé. Yo te llamo, ¿oquey?

— ¿Como a qué hora?

— Como a las diez y media, ¿oquey?

— Mejor a las once.

— Oquey.

— Chao.

— ¡Click!

— ¡Click!

\* \* \*

- Mike...
- ¿Unjú?
- ¿Por qué es que antes no era como hoy?
- ¿Por qué es que hoy fue distinto que antes?
- No lo sé.
- Ni yo.

Terencio Gómez se murió un jueves por la noche, y él mismo ni se enteró. Con la misma pasividad (pasmosa y pusilánime pasividad) en la que había vivido, se fue al otro mundo, sin dejar a su paso por este universo más que un vaho de color azul junto al aura de Mickey Gómez MD los días que tenía problemas. Nadie supo de su muerte, ni él mismo, hasta que Marcela llegó a su cuarto, para poner en orden las camas, mientras que esperaba que Mike volviera del turno de noche, y lo encontró inmóvil, como una estatua, frío, como un busto de yeso manipulado en forma de gente sobre la loza de un sepulcro: envuelto en su sábana amarillenta, se veía más o menos como se debió haber visto Tutankamón el día que lo inhumaron. Por un momento no se percató: es difícil saber si un hombre sin ojos está dormido o muerto, pero ante la insistencia de los perros que aullaban en las cercanías con ese llanto lastimero y quejumbroso, ante la ausencia de gritos histéricos por los alrededores, y Terencio Gómez sin moverse ni quejarse ni murmurar las frases inconexas esas suyas, se acercó, temblando, y le puso la mano en la frente.

Miguel lo supo tan pronto entró en el cuarto todo vestidito de punta en blanco, como el fondo del balde de un ordeñador, y vio a Chela regada por el suelo, con los pantis ondeando al aire y los muslos cántabros desparramados, cerúleos, K. O., fuera de combate: entonces levantó la vista lentamente, sin prisas, sabiendo ya con qué se iba a encontrar, acercándose al cadáver, sentándose en la cama y rompiendo a llorar como Mario de Magdala, como Boabdil el chico, como el caballo que acompañó al Presidente Kennedy al cementerio de Arlington. Después de un rato, recogió empapada a Marcela, como en una escena de cine mudo, y la depositó suavemente en la otra cama: ella despertó al contacto con la almohada y se incorporó como por un resorte, como la primera vez que, bueno, se levantó, presta a consolar al macho, tan aparatosamente dolorido, entre las convulsiones típicas de todo llanto y las contracciones inescrupulosas y anárquicas de su diafragma celómico. En una cajeta estaban esas medicinas que regalan los laboratorios para que los médicos se acuerden de ellos, y de esa cajeta sacó un

tranquilizante, que le quitó la llantina en un santiamén, pero que no pudo, ni aun con una ligera sobredosis, arrancarle ese hipo dehiscente y arrebatador.

— El me lo dijo, Chela: como me vuelvas a llevar a la capital me muero de cabanga. El me lo dijo, Chela, él mismo me lo dijo.

No hubo forma de convencerlo: no quería o no podía convenirse, de acuerdo, pero no hubo manera de hacerlo, que es lo que cuenta. Los remordimientos lo atacaban por todos los flancos (eso al menos fue lo que creyó), entremezclándose con sentimientos encontrados, de forma que su cerebro era un maremágnum de situaciones oníricas, una amalgama absurda de vivencias extrañas. Nadie se muere cuando quiere, decía Terencio Gómez, todos nos morimos cuando buenamente podemos: a veces, ni siquiera cuando debemos. No me llesves de nuevo a la capital, Mickey, nadie se muere: lo mueren: no lo matan siquiera: lo mueren.

Marcela había palidecido de pronto, se veía rara, extraña, ahí, pálida, con sus ojeras cantábricas que ya más nunca se le habían quitado del todo, ahí, pálida, dándole un té de yerbaelimón, ahí, con sus ojos verdes euskeras, agrisándose, pálida, recostando su cabeza contra la almohada, ahí, sin hablar para no meter la pata, pálida, sin darle el pésame, que es la mejor manera de darlo, mientras que fue llegando la gente a joderle la paciencia y a poner a prueba su entereza, reforzada ya por otra ligera sobredosis de tranquilizantes y el mundo girando, dicen, en el espacio infinito, cada vez más rápido, frenando de pronto, subiendo a tu boca, las caras no se conocen, no te dicen nada, ahí, pálida, te llevó al servicio, permiso, para que, permiso, echaras tu dolor agrio, ahí, te devolvió a la sala, apoyándote en ella, por primera vez, la gente apelotonada, atreviéndose (casi) a mirar derecho a los ojos de Terencio Gómez, esos ojos que no existían y que, sin embargo, nadie osaba mirar de frente, pálida, callada, estremeciéndose de rabia a cuenta del horror que les producía ese líquido babeante, quieto al fin, en el fondo de sus cuencas ulceradas, ahí, los ojos verdes descollando sobre su palidez mate, cobarde, tranquila (“y tu rostro tan sereno, con su blanca palidez”), todos esos rostros pueden ser de unos, de otros, deben ser de otros, son de otros, el tuyo se refleja en los ojos verdes ebrios de txirimiri, pálida, como un espejo de esperanza, y todo el mundo comentando lo decente y lo bueno que era, y todo el mundo rogando a Dios por su alma, pero ninguno de ellos fue capaz, en vida, de acercársele por (tragó saliva, reteniendo sus emociones) asco, eso era, repugnancia, ese moqueo estúpido que le salía en lugar de lágrimas, la caspa en las encías, las hormigas en los dientes, los gorgojos en los huesos, asco, y ahora todo el mun-

do beatificándolo, ¡Gran Dios! , ahí, su mano vítrea sujetando la tuya, seca, pálida, dándote aplomo, pero la telenovela no la quitó nadie en señal de duelo y el cuadrafónico de la vecina seguía sonando en el piso de abajo, para qué, así estabas menos solo, autorizó la autopsia, autorizó a Bebi para que comprara el cajón y el hueco, autorizó el amortajamiento, impidió que le pusieran canicas en las órbitas, como ojos de vidrio, pensando que todo se volvía autorizaciones y delegación de responsabilidades, el día que pudiera se metía a ministro, servía para eso: para darle trabajo a los demás, ahí, leyendo tus pensamientos, sabiendo que ella es tu túnel, que tus manos, al recorrerla, caminan derecho a donde nunca se te ocurrió soñar, tus caricias aplanan la carretera que puede conducirte a donde tú quieres ir, ¿carretera? , hueco, sólo un agujero, pálida, hasta el señor Ruíz Goytía-Ulibarriaga, con su boca virada por el balazo aquel de la famosa batalla del Ebro, mandó una corona de rosas blancas, para que comprendiera que era de espinas y él se hizo el que captó la onda (o la captó de veras, por lo menos no lo supo en ese momento), ahí, velando su sueño inducido, junto a él toda la noche, junto a él en el carro, de pie junto a él en la misa de capilla ardiente, pálida, con una dignidad de noble arruinada, nunca dejándote solo, cumpliendo tus deseos antes de que los formularas siquiera, tus compañeros del hospital, las enfermeras, los enfermos, todo el mundo mandando condolencias, le pareció reconocer a Tomé entre tanta cara curiosa, pero no debió ser (por lo menos no respondió a su saludo), el cura soltando el rollo en quéchua, en chocó, en latín, en ucraniano, no le entendía nadie, todo el mundo pendiente de la valentía de Miguel, de su firmeza suficiente para echar el primer puñado de tierra sobre el féretro, demasiado lujoso para ir a parar a dos metros (seis pies) bajo tierra, nadie creyendo que enterrar a Terencio Gómez valiera la pena, todos pensando en que su entereza era lógica por quitarse de encima al viejo tan raro, todos pendientes de Marcela, ahí, pálida, que había tenido el estómago de aguantar día a día esa visión esperpéntica y ahora, ahí, con la suficiente serenidad para echar el segundo puñado de tierra y volver a tu lado, digna, como una diosa sin culto, pálida, llorando por dentro, por ti, no por Terencio Gómez, claro, poco podía importarle, por tu dolor, pero no exteriorizándolo con lágrimas ni con tarjetas de reborde negro ni con lazos negros ni lutos negros ni intenciones negras ("nights in white satin never meaning to end"), cerúlea, con su blanca palidez, como una virgen de porcelana ("and her face, at first just ghostly, turned a whiter shade of pale"), ahí, pero tú sabes que si pudiera arrancarte un pedacito de dolor y tragármelo lo haría ("qué bonito sería amor...amar"), pálida, junto a ti en el carro, despacio, Miguel

no quería hacer novenas ni nada grandioso por el estilo, la señora Nacha no dio señales de vida, ahí, explicando, no lo sabría, juntos, por la playa, caminaron despacio, agarrados por la mano, en silencio, sin importarles los chupinazos de flebotomos cúlex aedes hemagogos anófeles, pálida, como Simón Cirineo, collevando la cruz de Defunción, soportando su empuje desesperado, rabioso, impotente, nadie se muere cuando quiere ni cuando debe, a veces se muere, sencillamente, porque puede, no había que buscarle tres patas a un banco que no se cae, no me lleves otra vez a la capital que me muero, cabanga, la cabanga no son gorgojos en los huesos ("Parasitación metaxénica intramedular" dictaminó el forense), la cabanga sólo es nostalgia, morriña, y eso no mata a nadie, Terencio Gómez, te equivocaste una vez en tu vida (o por lo menos en la vida de Mickey Gómez) y fue con tu propia muerte, ahí, susurrándole estupideces, dulces incoherencias al oído para calmarle, en plan cariñoso, para que Mike supiera que la tenía al lado, ahí, pálida, se mudó a los dos días, días después de autorizar (otra vez autorizando) a Chindo para que le consiguiera un buen apartamento, se reintegró a su trabajo, entre miradas lastimeras el primer día y las prisas y las urgencias el segundo, ahí, casi estoica, Chela le tenía a punto su comida, siempre caliente, su bistekcito con cebolla y papas fritas y la lechuguita semilavada con el agua que dice la propaganda que es la más pura del mundo, pálida, siempre le hizo caso a Terencio Gómez, no sabía por qué, y Terencio Gómez le había dicho que los médicos no saben de anatomía y creen que al corazón se llega por las venas, que le preguntara a las norsas (dijo "enfermeras"), que por mujeres sabían más que ellos de eso, y ellas le dirían que al corazón se llega por el estómago ("anastomosis gastrocardíaca", dirían, o "by-pass cardioduodenal", quién sabe), ahí, pálida, firme a la causa, recobrando el brillo de liquen en sus ojos verdes, en el momento oportuno, desalojando el rostro de las ojeras cantábricas, regresando paulatinamente desde su palidez de magnolia infame, retrotrayendo la tranquilidad a sus labios hervidos de txacolí y ungidos de txirimiri, ahí, joven, lozana, con el calor del trópico agostado en su garganta, con el cabello más negro si cabe, empezó tu escalada, cuando el señor Ruíz Goytía-Ulibarriaga te llamó un día dizque para hacer las paces, no sabía ni por qué, cuando empezó a conocer gente de la que no se pone en nada porque está en todo, al fin como intentando sonreírte, pero de una manera grotesca, por el balazo de la famosa batalla del Ebro, que le viraba la cara para un lado, ahí, deliciosamente atenta, Marcela convenció a la señora Arancha de la solvencia de Mike, ella insinuó la posibilidad de una boda, Antes de que se arrejunten, dijo, y el señor Ruíz Goytía-Ulibarriaga, gruñendo en euskera, ne-

gándose en redondo, comprendiendo ahora que el mulato acholado este era harto (¿alto?) habilidoso, que le había metido la pieza, que lo había tenido vacilado todo el tiempo, cayendo al suelo de un ataque cardíaco fulminante, ahí, firme, como un muro de contención, soportó los arrebatos primeros de Chela, acariciándole el cabello otra vez seminegro, diciéndole al oído dulces pendejadas, ahí, mulato, acholado, llegó a la casa No. 69, estacionando el chevrolet y bajando casi corriendo, ahí, como un valladar inexpugnable, aguantó la primera embestida, los cabezazos contra su pecho, dándole tranquilizantes a todos, incluyendo a Chindo, y ahora todo el mundo llamando por teléfono, todo el mundo lamentando la pérdida irreparable, el Club de las Vidajenas, como llamaba Chindo al lote de su hermana (Tata decía que era pura envidia, porque en ese entonces tenían marginada a Nati por perequera), empezó a llegar por elementas aisladas, Noni (¡qué bicho más feo! ¿de dónde lo sacaron? ¿del dompe?), Alicia (¡qué cara de cascarrabias más clavada, fren!), Débora (¡qué tetas, compadre!), todas preguntando Cómo era posible, menos Maribel, que preguntó Cómo iba a ser, todas cayendo abatidas, una por una, a medida que iban llegando, sobre el mismo sillón (el sillón de las lamentaciones), la gente viniendo a dar el pésame y de paso coincidiendo con alguien a quien pedirle un favor o aprovechando la ocasión para plantear un negocio, ahí, con el hipo y todo, rodeando con el brazo los hombros convulsos de Marcela, que se enconchaba así, y se encogía así, y se encarnaba así, como si se perdiera en él, ahí, enfrente de todo el mundo, los novios de las pelás del Club de las Vidajenas vinieron a buscarlas con el pretexto de darle su condolencia a la señora Aránzazu pero la verdad es que venían a llevárselas para irse a rochar por ahí; Maribel se quedó, no porque le faltaran hombres (con ese fuás, seguro que no), sino porque era bien amigaza de Chela y quería estar con ella en esta hora de dolor, pero si se quedó fue por eso, porque no tenía macho y si estaba compungida era por eso y no por la desgracia familiar de los Ruíz ni mucho menos; Nati fue la última en saberlo porque estaba en la peluquería de un gris-tiza que era una verdadera delicia, era raro que no viniera Deflandre, pensó la señora Arancha, después de lo que su difunto esposo había hecho por él cuando llegó sin papeles y hecho un surrupio arrastrado, ahí, de frente y sin tembladera, Miguel conoció a toda la gente del reino de Billilla, y re-conoció a muchos otros que no le prestaron mucha atención en su día y que ahora lo empezaban a tomar en cuenta porque lo vieron abrazando todo acaramelado a Chelita, a Chela, a Marcela, a doña Marcela, que estallaba en berridos a cada momento, la Madre Superiora del colegio de monjas donde era ex-alumna de honor llegó rezando en



suevio o lo que fuera y repartiendo besos a diestra y siniestra, con esa cara de sanbernardo a la que obligan las circunstancias, un delegado de la Universidad Católica (el Rector, desgraciadamente, no se encontraba en Panamá porque había ido a Castelgandolfo en visita personal al Papa) hablando en nombre de todos los profesores de Marcela, tan ejemplar alumna, ahora padeciendo una pérdida a todas luces irreversible, dando el pésame mientras la sirvienta repartía café y sodas con galletitas, Chindo empezando a comprender el distanciamiento de Miguel, autorizándolo para un poco de cosas, no con el fin de cobrarse los encargos que le dio cuando lo de Terencio Gómez, sino porque era necesario y de paso se ejercitaba para cuando quisiera meterse a ministro, ahí, como un soldado moro, recibiendo condolencias que bien podrían ser felicitaciones por la herencia, había que repartirlo todo entre los dos, las miradas suspicaces iban directas hacia Mike como las miradas lúdicas hacia Maribel y las miradas complacientes a Chela y las miradas compasivas a la señora Aránzazu, así que Miguel Gómez tuvo que salir al paso, antes de que el alud de rumores empezara a rodar, tuvo que intervenir, siempre tenía que andar interviniendo, como un cirujano, diciendo A mi mujer la mantengo yo, ahí, firme, serio, y la señora Arancha rompió en un largo sollozo agradecido, mientras Chela lo miraba, ahí, pálida, sintiendo que el corazón o lo que fuera se le salía por la boca de lo puro desbocado, y tuvo que tragar fuerte para devolverlo a su sitio, ahí, como un baluarte medieval, Miguel había dado el paso definitivo, ya no podría retractarse, al fin reafirmaba la promesa que no había vuelto a formular desde antes de irse a España, para qué, su promesa era táctica, después, pero ahora ya era explícita, ahí, mulato, Chindo le dijo Cuñado, más emocionado que sorprendido, a Maribel se le aguaron los ojos, detalle que no se le escapó a Chela (a Chela generalmente no se le escapaban detalles), quien creyó que era de la emoción (o entonces, a lo mejor, sí era de la emoción, quién sabe), recordaba los discos que le mandó, sobre todo ese de "sigamos pecando", porque ella sabía que él no se iba a estar quietecito en casa cruzado de brazos y ella tampoco era de piedra, pero eso ya había pasado, toda la Capital lo supo esa noche, la incertidumbre llegaba a su fin, se acababan las entregas apasionadas para obligarlo a seguir las ideas de Esther Villar, todo el país lo supo a la mañana siguiente, la alegría neutralizaba el dolor, todo venía así, tan de repente, el mundo lo supo a los dos días y Dios fue el último en enterarse, porque las cosas están en boca de los bochinchosos incluso antes de que El las disponga, el luto era riguroso, no había lugar para ninguna autopsia, nadie descuartizaba al señor Ruiz Goytía-Ulibarriaga, vestir de negro por fuera, las ventanas

cerradas, nueve días de rezos por la paz de su alma, aunque poca falta hacía porque el señor Ruiz Goytía-Ulibarriaga, justamente el mes pasado, había comprado su indulgencia cuando regaló un santo de madera, feo y barato, a una iglesia del interior, nueve noches a base de café y sangüichitos para las mujeres y güiski y chistes obscenos para los hombres, ahí, sin dormir en casi dos semanas, trasegando anfetaminas como en sus tiempos de estudiante, Mike se convertía, minuto a minuto, en Fuerza Viva de la Nación, del hospital a tu casa y de tu casa al hospital, nunca dejándote sola, para que no te desmoronaras, junto a ti, de día, de noche, en todas partes, la señora Arancha, en ese despiste brutal que representó el shock de la muerte del señor Ruiz Goytía-Ulibarriaga, ni se percataba de que dormían juntos cuando no se estaban despiertos y hacían otras cosas, juntos, en todas partes, menos en el inodoro (santuario de la soledad, donde el hombre se encuentra a sí mismo), su brazo llegó casi a formar parte de tu hombro, ahí, donde se le necesitaba, en tu hombro, en tu cintura, donde fuera, Marcela rumiaba algún puesto ficticio de esos en el gobierno, ella no iba a ser la señora Marcela a secas, ella iba a ser Doña Marcela, cuidadito, de agregado cultural en cualquier lugar, ahora las cosas se podían arreglar, incluso se podía crear un puesto para él, algo que nadie pudiera entender, algo a lo que no se pudiera objetar, algo como, como, como Cibernética Termorreguladora, para controlar la temperatura ambiente del país, con tanta preocupación ecológica, ahí, acholado, con el rostro carolingio amoratado mate, en cuanto terminara la Universidad y fuera toda una máster en Sánscrito infinitesimal, era cuando había que casarse, antes no, que después no estudiaba, Miguel se negó en el auto-cine, era mucho tiempo, estaba harto de esperar, no quería vivir amancebado (lo estaba, de facto) por esa inseguridad estúpida, quería el contrato (de jure), y aceptó, en la iglesia, entre el redoble de las miles de campanas que sonaron en todo el país, ahí, ella de blanco, pálida, él de negro, amoratado, el hipo no le impidió decir Sí quiero y el órgano no eclipsó sus palabras, sólo dos: Sí quiero, y miles de regalos les decoraron la casa, cientos de regalos repetidos (para otros matrimonios, siempre los iban a estar invitando), recepción en el CRO-club (Chindo decía que era el Club de Ricos Ociosos), ahí, flamante, de piel, todo el mundo felicitándolos, Bebi emborrachándose como un vikingo y Noni compadeciéndolo desde lejos y Maribel torciendo la boca y nadie sabiendo si es porque se casaba su inch o porque Bebi iba a ponerse en plan energúmeno como siempre y se iba a poner a hablar de la noche que llevó su cantarito a la fuente ("Muchacha, dí quién te ha roto tu mucurita de barro") o porque no le gustaba el novio o porque le gustaba dema-

siado, ahí, con su rostro de emperador ese llega a cualquier lado, ahí, con su rostro de emperador ese llega a cualquier lado, al hotel, y ese hipo excitante, al hotel, aire acondicionado, música ambiental, suspiros inequívocos, victoria, aleluya, cada uno con la suya, ahí, pálida, con sueño, hermosa, de felina belleza, desperezándose con el calor del trópico agostado en el cuello, Marcela pensó que si no llega a morirse Terencio Gómez no llega a pensar a Mike, debía tener algún complejo de Electra masculinizado o así, con sus ojos negros no era posible, ahí, dormido, voltiado hacia allá, parecía un angelito, un ángel depravado, un diablillo, pero un diablillo simpático, de los que no han pisado el infierno en su vida, nadie se mueve no me lle nadie se mueve no me lle nadie se mueve no me lleves otra vez a la capital que me muero de cabanga, Mickey, enamorarse a los trece años es mal asunto, si te gusta de verdad una mujer imagínatela en el servicio, vienes a hablarme de Marcela ¿no?, lo que está agujereado está incompleto, no es perfecto, tienes que hacerlos que te tomen en cuen nadie se mueve no me lle nadie se mueve no me lle nadie se mueve no me lle.

ROBERTO DE LA GUARDIA

## *LOS NEGROS DEL ISTMO DE PANAMA*

Hace mucho tiempo está haciendo falta una descripción del problema general de la negritud en el Istmo de Panamá. Estas páginas pretenden servir de recopilación inicial para lograr la descripción del problema en forma preliminar. El Istmo de Panamá tiene una población complicada, siendo uno de los elementos de su complicación, los negros.

En realidad, de la afluencia de negros originales quedan pocas huellas. Sus descendientes "casi puros" pero no puros de ninguna manera se localizan hacia el oriente del Istmo, Chepo hasta Darién, la costa de Portobelo hacia el norte y el gran Archipiélago de las Perlas, al sur.

En el resto del Istmo, sus descendientes se han "decolorado" aceleradamente al mezclarse con indios y con blancos. Hay un límite claro en esta presentación. Se trata de los negros del Istmo de Panamá, de manera que de este estudio quedan excluidos los negros de las Antillas, por ser de muy reciente llegada y por estar aún desintegrados.

### **El Trabajo en los Archivos:**

El principal sitio de trabajo para hacer este estudio fue el Archivo Nacional de Panamá. Este es un sitio que cada día se adecúa más para la investigación. Grandes mesas, facilidades de

fotocopia, aire acondicionado, microfilm. Los papeles están adecuadamente arreglados en tomos y se trabaja aceleradamente en el arreglo y catalogación de millares de documentos para añadir a las colecciones ya disponibles para estudio.

### **El Estudio sobre los Negros del Istmo de Panamá:**

En este estudio se exploran cinco grandes temas, que son los siguientes:

1. Migrantes africanos al Istmo.
2. La esclavitud.
3. Escape y cimarronaje.
4. La Libertad.
5. Fin de la esclavitud.

### **La Técnica del Trabajo:**

Este estudio tiene materiales diferentes en las partes de que está compuesto, lo cual ha requerido operaciones diferentes tanto en lo que se refiere a recogida de materiales, cuanto a la tabulación de los datos.

Como se podrá ver en el análisis de cada una de las partes, ésta es una presentación preliminar. Hay demasiadas fuentes sin tocar, numerosos puntos que comenzar a explorar, numerosos asuntos que han sido apenas esbozados. El trabajo no cubre las partes que han sido examinadas por otros estudiosos más que de manera tangencial.

Han sido mencionados los escritos de Armando Fortune. Las áreas cubiertas por este investigador se consideran suficientemente informadas y no se problematiza sobre ellas aquí.

No se ha tocado la temática informada por Alfredo Castillero Calvo en su escrito sobre Negros y mulatos en Tierra Firme. Se espera del grupo que ese investigador dirige profundización en el tema de la desarticulación de la sociedad de castas y en el tema de la lucha de los mulatos libertos por subir de status. No se cubre tampoco, por considerarla suficientemente estudiada, la temática de la antropóloga Reina Torres de Araúz y su grupo de investigadores. Sus estudios de grupos humanos, especialmente el grupo negro colonial están muy adelantados y añaden sólidamente al conocimiento de los negros del Istmo de Panamá.

## 1. Migrantes africanos al Istmo de Panamá.

En esta primera parte, la intención ha sido localizar la mayor cantidad posible de Castas africanas que realmente formaron parte de la población del Istmo.

Esta no es una empresa nueva en América ni en Europa. Se ha intentado un número de veces por diferentes razones, lo cual implica que hay una bibliografía cada vez más extensa, cada vez más precisa sobre el tema.

La recogida de materiales se ha dificultado enormemente, puesto que ha habido que espigar en fuentes extremadamente dispersas. Se ha investigado en este extremo del problema: el Istmo. Se han utilizado fuentes publicadas para el otro extremo: Etiopía o Africa. Eso hace que muchas de las entradas sean inseguras. La máxima seguridad sobre la existencia de una Casta o Nación africana en el Istmo viene dada cuando los documentos lo mencionan expresamente y aun así queda un cierto nivel de confusión.

## 2. La Esclavitud:

Lo que se ha recogido sobre la esclavitud es bastante complejo, pero básicamente se trata de Archivos Nacionales. En esos Archivos hay toneladas de papeles, muchos de ellos meticulosamente arreglados en tomos. Es en éstos de donde se han extraído informaciones, siendo esta la primera fase de trabajo.

La segunda fase ha consistido en tabular la miríada de datos sueltos y organizarlos en un orden inteligible. Es de esa manera como se ha decidido que, de esos papeles vale la pena, preliminarmente, tener idea de los extremos siguientes: 1. Ventas. 2. Hipotecas. 3. Donaciones. 4. Problemas judiciales sobre esclavos. 5. Esclavitud por nacimiento. 6. Esclavitud testada.

No se ha tratado el asunto de las ventas de esclavos a compradores mayoristas en el Istmo. Tampoco su captura ni sus condiciones de viaje porque tales asuntos han sido estudiados profusa y profundamente por investigadores nativos, como Fortune, y por investigadores extranjeros.

## 3. Escape y Cimarronaje:

La técnica del trabajo aquí ha consistido de pesquisas en Archivos en busca de datos que arrojen luz. En otras partes se advierte que escapes o "perdidas" simples han debido ser numerosas. Un escape razonablemente documentado es el de Andrés, un sanandresano que le vendieron a Van Herck. Pero en el testamento del Prócer Villarreal, él declara que tiene un esclavo fugitivo y en

varios otros papeles se presenta la misma situación, la cual parece ser moneda corriente en el Istmo.

Se trata probablemente, de acciones parecidas al caso de Esteban Montejo: ("Biografía de un Cimarrón" por Miguel Barnet Ediciones Ariel-Barcelona 1968).

Este es el escape simple, sin organización, asunto al cual se le ha prestado nula atención en el Istmo, y sobre el cual habrá que volver eventualmente.

Se sugiere aquí, que se examinen los registros judiciales que queden en los Archivos Nacionales para estabilizar una imagen de los escabullidos: Quiénes eran, dónde se refugiaban, quiénes los protegían, etc.

Relacionado, pero distinto, es el asunto del Cimarronaje. En este asunto, Fortune, ha metido la mano con singular maestría, exponiendo las circunstancias históricas de los cimarrones. Sin embargo, habrá que hacer un esfuerzo por localizarlos, al menos unos cuantos más, estudiar bien sus andanzas y sus organizaciones. Pero, especialmente, sumar más informaciones sobre ejemplos.

Los más conocidos son: Bayano, Felipillo, Luis de Mozambique, etc. Se añade alguno que otro de los que han tenido menos prensa. El caso de Bayano es muy particular. Llama la atención por su capacidad de organización y su talento logístico.

#### 4. La Libertad:

La técnica de trabajo en el estudio de la Libertad ha consistido en diferenciar su variada tipología para llegar a un panorama lo más completo posible del fenómeno.

No se han discutido las consecuencias del problema porque para ello se necesitaría de un moralista entrenado que pueda filtrar los datos actuales y llegar a especificaciones.

Las partes examinadas han sido las siguientes:

1. Compras de su propia libertad por esclavos. 2. Compras de su libertad por terceras personas: a. Madres b. Abuelas. c. Esposas. d. Novios. e. Padres. f. Hijo a su madre. 3. La libertad graciosa: a. Sin condiciones. b. Por cariño. c. Por albaceas. d. Buenos servicios. e. Con condición de trabajo. f. Por poca edad. g. Por mucha edad. h. Por enfermedad. i. Post-Mortem.

#### 5. Fin de la Esclavitud:

Para el estudio sobre el fin de la esclavitud se ha podido contar con un documento de una categoría excepcional. El "Libro

de Actas de la Junta de Manumisión de la Provincia... etc.". Es que sobre esa Junta recayó la jurisdicción de liquidar los últimos remanentes del sistema esclavista en el Istmo de Panamá. Los problemas de la Junta fueron en realidad problemas de la esclavitud, visto el asunto más generalmente. Parece que, siendo los esclavos propiedad privada, el Estado no tenía interés en sacudir demasiado fuertemente uno de los pilares de su propia organización.

Parece pues, que se enfrentaban, por un lado, el concepto de la Propiedad Privada contra el concepto humanitario del abolicionismo. Y el Estado trató de balancearse tímidamente entre los dos extremos. Y es así como vemos expuestos toda clase de arreglos entre los esclavistas y los liberadores.

Pero, por fin se liquidó el largo y complejo problema.

#### No. 1. Felipe el Negro 1549

Según Sosa y Arce (1911: 98) en su acápite sobre el "Alzamiento de Felipillo" las cosas tuvieron la forma siguiente:

"En 1549 se huyó del Archipiélago de Las Perlas un negro llamado Felipillo, quién arrastró consigo a otros esclavos de las pesquerías y estableció su Palenque en el Golfo de San Miguel, donde pronto afluyeron nuevos escapados de la Ciudad de Panamá y de las haciendas vecinas.

Felipillo fue atacado por el Capitán Francisco Carreño, quien incendió los bohíos, destruyó las sementeras y entregó a su regreso a Panamá, al Gobernador Clavijo, 30 prisioneros de los cuales uno fue descuartizado en público para que tal acto sirviera de escarmiento".

En su escrito de 1943 (págs. 3-34) el Académico Correspondiente de la Academia Panameña de la Historia, Don Fernando Romero, dice así de Felipillo:

"Hasta que, en 1549, mientras se desarrollan los álgidos sucesos del Perú, estalla airada amenaza. El esclavo Felipillo huye del Archipiélago de las Perlas, establece su Palenque en San Miguel.

A éste acuden cimarrones de Panamá y de las haciendas y todos empiezan a robar e incendiar. El Gobernador envía contra ellos al Capitán Francisco Carreño; Este atácalos, quema sus sementeras y bohíos y hace 30 prisioneros de los cuales uno es descuartizado en la Ciudad de Panamá, para escarmiento de los otros esclavos".

Sobre estos datos, añadía Fortune (1970 a:37) lo siguiente: "Y ello lo encuentran en la persona de Felipillo, negro ladino de



grandes cualidades; audaz y temerario, de inteligencia privilegiada, quién se alzó y huyó de las pesquerías en las Islas Reales, arrastrando consigo otros negros y a quien se le unen muchos de la Costa del Pacífico, e inicia de inmediato la depredación de esa región.

Felipillo establece su Palenque, cercado de grandes estacas y profundas fosas, en el Golfo de San Miguel, a 30 leguas de Panamá.

Allí los Cimarrones, tratan de recomenzar su primitiva vida. Con tallos de las palmas y ramas de los árboles construyen bohíos; de las hojas de las palmas hacían gruesos petates que cubrían con pieles de animales que usaban como escudos; de la piel de los animales que habían cazado para su alimentación se abrigan contra la humedad e intemperie del clima.

De las maderas más duras elaboraban arcos, lanzas y flechas, de la caña, cuchillos y, del hierro de las argollas y cadenas, las puntas de hierro de las lanzas y flechas, ya que como apunta Anderson: "entre los esclavos fugitivos había herreros ..." estirando las tripas de los monos para las cuerdas de los arcos. Con estas armas rudimentarias y algunas otras tomadas de los castellanos en su fuga o durante los combates, Felipillo y su gente comienzan su lucha contra los españoles.

Atacan las haciendas de la región costera, aterrorizan las plantaciones, asaltan las pesquerías, saquean y queman las casas de purga de los ingenios, asesinan adultos, toman compañeras, de entre las cuales se encontraban ocasionalmente mujeres blancas e indias, y causan otros perjuicios.

Al tener conocimiento los otros negros fugitivos y los esclavos aún bajo cautiverio de Panamá y sus alrededores de que en el Golfo de San Miguel los negros, la casi totalidad dedicados a la pesca en el Archipiélago de las Perlas, han establecido una colonia y acaban de declarar la guerra a quienes los tenían esclavizados, al Palenque de Felipillo acuden en gran número para unírsele y luchar por su libertad.

La situación se pone crítica. Los daños que estos rebeldes están causando aumentan constantemente. Felipillo se presenta a los españoles como un enemigo cada vez más peligroso y temido. Era indispensable hacer algo; era preciso destruirlos, acabar con estos negros levantiscos y así detener sus desmanes.

Para tal fin, en el mes de Febrero de 1545... "El Gobernador (Sancho Clavijo) envía contra ellos al Capitán Francisco Carreño. Este atácalos, quema sus sementeras y bohíos y hace 30 prisioneros de los cuales uno es descuartizado en la Ciudad de Panamá para

escarmiento de los otros esclavos..." (Romero, 1943), por haber, se dijo, dado muerte con alevosía y crueldad no vista a un español.

Los demás fueron ya ahorcados, ya quemados, asaeteados o se les cortaron los pies". (Fortune, 1970 a (1971) :38).

La información fundamental sobre el caso es la siguiente:

Carreño, Francisco.

1562. —

"Información de servicios de Francisco Carreño en Panamá, contra los negros cimarrones y corsarios franceses".

A.G.I. Sevilla 1-6-24. Tomo III Doc. 55.

A.N.P.

Panamá.

"En la ciudad de Panamá deste rreyno de Tierra Firme en cinco días del mes de Septiembre año del señor de mill e quinientos y sesenta y dos años antel muy magnífico señor Pedro de Azevedo Alcalde hordinario por su Magestad en esta dicha gobernación y por ante mí Diego Rodríguez escribano público desta dicha ciudad paresció presente el Capitán Francisco Carreño vezino desta dicha cibdad e presentó un escrito de pedimento e un interrogatorio de preguntas firmado de su nombre que su thenor del qual uno en pos del otro es del thenor siguiente:

Muy magnífico señor:

El Capitán Francisco Carreño vecino desta Ciudad digo que a mi derecho conviene hacer ante vuestra Merced probanza ad perpetuam re memoriam o en la que mas de derecho haya lugar del tiempo que he estado e rresidido en estas partes de Yndias y lo que he servido a Su Magestad.

A Vuestra Merced pido mande que los testigos que presentare se examinen por estas preguntas que presento mandando para ello citar al fator de Su Magestad para que si quisiere se halle presente y alegue lo que le paresciere cerca dello y para ello etc.

Francisco Carreño.

### Pregunta n. —2

Yten si saben asi que los años pasados de quarenta y nueve años que podrá hacer trece años poco mas o menos se huyo y alco de la Isla y hacienda de Hernando de Carmona vecino desta Cibdad

un negro ladino llamado Felipe que llevo consigo otros negros e indios y con la gente que llevo e con otros yndios e negros cimarrones que se llegaron hizo un palenque cerrado de madera y dentro sus bohios en el Golfo de San Miguel y recogia los negros huidos que se huian de las yslas de Las Perlas y desta cibdad y hacian muy gran daño a las haciendas de los vecinos desta cibdad de tal manera que si fuera en maior crecimiento para averlo de dizipar e matar fuera nescesario grande junta de jente y gastar mucha cantidad de pesos de oro ansi de la hacienda real como de los propios desta cibdad digan lo que saben.

### Pregunta n. —3

Yten si saben etcetera que el año de mill e quinientos e cinquenta e un años por el mes de febrero siendo governador deste reyno Sancho de Clavijo el dicho Capitan Francisco Carreño yendo a buscar ostrales de perlas al Golfo de San Miguel treinta leguas de esta cibdad topo con una canoa de yndios e negros zimarrones en una ysla que se llama ysla de yguanas y tomando la dicha canoa e un yndio della que llevo por guia con dos hombres de su casa e negros e hombres suyos fue al palenque e poblazon que tenía hecho el dicho negro Felipe y tomo el dicho Palenque y lo quemo con los dichos bohios e comidas que tenían y allí tomo todos los negros negras e yndios e yndias que seria cantidad de treinta personas y los truxo a esta cibdad y los entrego al dicho governador Sancho de Clavijo sin le dar por ello sueldo ni interese ninguno antes lo hiso a su costa y mension y por traer la dicha gente de cimarrones que avia tomado se le perdio un barco nuevo en que traia la dicha gente en la ysla de San Telmo que valia el dicho barco mas de seiscientos pesos de oro sin tener otro interese el dicho capitan Francisco Carreño mas de servir a su magestad y hacer servicio y buena obra a esta rrepublica y vecinos della la qual se hizo muy notoria en dicipar el dicho palenque y negros. Digan lo que desto saben etcetera.

Testigo Bernardo Gallo.

A la segunda pregunta dixo que save este testigo que por el tiempo contenido en la pregunta el dicho negro Felipe del dicho Hernando de Carmona se le huyo e alco de la Ysla de las Perlas al Golfo de San Miguel y llevo consigo a otros negros y negras e yndios e yndias al alcabuco lo qual save porque en la dicha sacon este testigo estava en la dicha ysla de las Perlas en la hazienda del dicho Hernando de Carmona y save e vido como el dicho Felipe

negro se fue e ausento como dicho tiene con ciertos negros e negras yndios e yndias e queste testigo después desto oyo decir que se le avian juntado con el dicho Felipe negro otros negros y negras zimarrones y que el dicho negro Felipe con los otros negros e negras que tenia avia hecho un pueblo en el dicho Golfo de San Miguel y su roca y que estava cercado de un palenque lo qual oyo decir a personas que lo vieron que esto sabe de esta pregunta e no otra cosa.

A la tercera pregunta dixo que save este testigo que por el tiempo contenido en la pregunta siendo governador en este rreino el dicho Sancho de Clavijo a lo que este testigo se acuerda le vido este testigo ir al dicho Capitán Francisco Carreño con jente suya al dicho Golfo de San Miguel a buscar ostrales de perlas para pescar e que una vez le vido este testigo que el dicho Francisco Carreño quando bolbio truxo dos o tres negros zimarrones e unos yndios que estaban con ellos e vido este testigo que el dicho Capitán Francisco Carreño truxo los dichos negros de la Ysla de las Perlas para los entregar a la Justicia de esta dicha cibdad e que este testigo oyo decir que el dicho Capitán Francisco Carreño avia entregado los dichos negros e yndios a la Justicia deste cibdad que havian hecho quartos el uno de los dichos negros por que havia muerto a un cristiano e que este testigo cree e tiene por cierto que no se lo dio cosa alguna al dicho capitan Francisco Carreño por lo susodicho sino que lo hizo a su costa e que sabe este testigo que el dicho capitan Francisco Carreño perdió un barco nuevo en San Telmo que avia venido del Golfo en busca de mantenimiento para el capitan Francisco Carreño e gente que avia llevado e que esto save desta pregunta e no otra cosa.

#### Testigo Juan Batista.

A la segunda pregunta dixo que save este testigo que puede aver el tiempo contenido en la pregunta que el dicho Felipe negro ladino del dicho Hernando de Carmona se alco e que fue zimarron de la hacienda e ysla del dicho su amo y llevo consigo ciertos negros e yndios e yndias al Golfo de San Miguel lo qual save porque este testigo estaba a la sazón que se fue en la dicha ysla de las perlas e que este testigo oyo decir y así fue publico y notorio que el dicho Felipe negro hizo en el dicho Golfo de San Miguel un rrancho cerrado de madera y dentro sus bohios e sus rrocas e que rrecogia los negros e negras que se ausentaban desta cibdad e de las dichas yslas e que este testigo oyo decir que el dicho Felipe negro hacia daño a los vecinos desta cibdad e de las dichas yslas lo qual save porque lo oyo decir a personas que vieron el dicho pueblo e palenque e todo lo demas que dicho tiene e que este testigo cree e tiene por cierto

que si no fuera desbaratado e que si fuera en crecimiento que el dicho pueblo del dicho negro Felipe hiciera grande junta de gente e que para dizipar despues gran costa e gasto e junta de gente para ello e que esto save desta pregunta.

A la tercera pregunta dixo que save este testigo que por el tiempo contenido en la pregunta, el dicho Francisco Carreño fue al Golfo de San Miguel con su barco y gente en busca de una canoa de negros e yndios de pescar perlas que se le avia ydo e ausentado de su ysla y en el viaje fue publico y notorio que el dicho capitan Francisco Carreño topo en la dicha ysla de Yguanias una canoa de negros e yndios zimarrones el cual la tomo con la gente que traya y sabido e tomado lengua dellos el dicho capitan Francisco Carreño fue con su persona y gente al pueblo del dicho Felipe negro y lo tomo con la gente que en el estava e quemo el dicho pueblo e rrocas y palenque e lo dizipo e truxo la gente de negros e negras e yndios e yndias zimarrones que avia en esta dicha cibdad e los entregar a la justicia que a la sazón era e que este testigo cree que hera governador el dicho Sancho de Clabijo e que este testigo vido que hizieron justicia de ciertos negros dellos e que este testigo cree e tiene por cierto que hizo lo susodicho el dicho capitan Francisco Carreño a su costa sin que para ello se le diese por la justicia cosa alguna por que si se le diera este testigo lo supiera e no pudiera ser menos por ser vecino desta dicha cibdad e que save este testigo que se le perdió en la dicha sazón al dicho capitan Francisco Carreño un barco nuevo en la Ysla de San Telmo no save este testigo si fue trayendo la dicha gente o como fue e que save que en desbaratar el dicho pueblo e tomar los dichos negros fue gran servicio para su magestad e vien desta cibdad e rrepublica". (folio 39).

### Discusión

Uno de los datos que tienen interés y que no aparece discutido por Sosa y Arce (1911) o por Romero (1943) o por Fortune (1970) es de dónde exactamente se escapó el negro Felipe. Carreño fija el sitio en la isla y hacienda de Hernando de Carmona. Va a ser muy difícil fijar esta localización. La impresión que se tiene es aún muy general, referida al Archipiélago de Las Perlas.

La isla y hacienda puede significar que Hernando de Carmona era dueño de una isla, sólo de él, donde tenía su hacienda, de donde escapó el negro Felipe. Entonces puede ser cualquiera de las islas habitables del Archipiélago; pero habría que descontar la gran Isla del Rey.

Posible es Pacheca, o Saboga, bien poblada en 1883 y cuartel de pesca de perlas. Contadora debería ser eliminada porque carece de agua potable. Chaperera es posible.

Abel Lombardo Vega ha tenido el acierto de traducir el "Viaje al Istmo: 1881-1883" de Carl Bovallius (Ministerio de Educación 1972). Bovallius pensaba que Chaperera fue el cuartel de John Oxenham. Pájaros o Mongo Mongo, es también posible, estaba habitada en 1883 según Bovallius. Viveros es también posible. Mina carece de agua potable. Casaya, habitada. Bayoneta no tiene agua potable. Pedro González —posible—. San José —posible—. Pero el testigo Bernardo Gallo parece definir la Ysla de las Perlas o sea la Isla del Rey.

Felipe era un negro ladino según se desprende de las observaciones de Carreño. Ladino era españolado de lengua. Esto es interesante, porque toda "colonización" de este tipo de gente podía empujar un frente castellano contra los indios. Es decir, aumenta el área en donde se hablaba castellano en detrimento del área donde se hablaban otras lenguas.

Sobre la localización exacta del Palenque. La operación parece haber consistido en que Francisco Carreño capturó gente del Palenque de Felipe cerca de la Isla Iguana en el Golfo de San Miguel. A continuación atacó y dice que destruyó el Palenque. Es posible que el Palenque de Felipe el Negro estuviera por los alrededores inmediatos de la Isla Iguana, mencionada por Carreño. Se supone que cae por los alrededores de la actual población de Río Congo, cerca de la Punta de San Lorenzo.

En el caso de Felipe el Negro, lo que salta a la vista es la angustia española con respecto a la organización que se fundaba en las cercanías de sus límites efectivos. Esta angustia estaría relacionada con los siguientes puntos:

1. Poco deseo de privarse de los servicios de esos negros.
2. Poco deseo de dejarlos organizarse para estatalmente de manera que sus dispositivos llegaran a ser una verdadera amenaza contra sus instalaciones en el Istmo.
3. De evitar la formación de un área de concentración para negros evadidos dentro de la Tierra de Nadie donde comenzaba la fluida frontera con los indios Cuna.

Carreño, en el informe de sus servicios menciona los puntos siguientes: (pregunta n. —2).

1. Que en el año 49 se huyó y se alzó de la isla y hacienda de Hernando de Carmona un negro ladino llamado Felipe que llevó

consigo otros negros e indios y allá se llegaron indios y negros cimarrones. Hizo un palenque cerrado de madera y dentro sus bohíos.

2. Sobre este asunto n. — 2 decía el testigo Bernardo Gallo: Confirmó lo dicho; el mismo lo sabía porque estaba en la Isla de Las Perlas en la hacienda de Carmona. Sabía y vio cómo se ausentó Felipe. Oyó decir que se le habían juntado al evadido otros cimarrones, y que Felipe había hecho un pueblo en el Golfo de San Miguel, con rozas. La única aparente discrepancia entre Carreño y Gallo es sobre: ¿Dónde estaba la hacienda de Carmona?

3. El testigo Juan Batista comentó: (pregunta n. 2) Que el Felipe era un negro ladino de Hernando de Carmona. Que fue cimarrón de la hacienda e isla de su amo. Y con este testigo, permanece el problema: ¿Era la llamada Isla de las Perlas, la actual Isla del Rey, o alguna Otra? Juan Batista estaba en la Isla de las Perlas. Fue público y notorio que se hizo el cimarrón un rancho de madera y dentro sus bohíos. En este punto Juan Batista de alguna manera equivoca algo. Confunde un cercado de madera con un rancho.

4. La pregunta n. — 3 de Carreño, inquiría por los puntos siguientes:

a. Cuando iba a buscar ostrales de perlas al Golfo de San Miguel topó con una canoa de indios y negros cimarrones en Isla de Iguanas.

b. Cogió a un indio de guía, el cual lo llevó al Palenque de Felipe, el cual capturó, quemó el palenque, cogió 30 prisioneros, los trajo a Panamá.

5. Sobre la pregunta n. — 3, dijo Bernardo Gallo:

a. Gallo vio la partida de Carreño a buscar ostrales.

b. Cuando Carreño volvió, lo hizo con 2 ó 3 negros cimarrones y unos indios. Los trajo de la Isla de las Perlas para entregarlos a la justicia. A uno lo mataron (lo descuartizaron) porque había matado a un cristiano.

Gallo contradice el número de cautivos negros, de 30 a 2 ó 3 cautivos. Además, el punto de partida de Carreño lo pone en la Isla de las Perlas y no en los alrededores de la Yguana.

6. Sobre la pregunta n. — 3 Juan Batista declaró:

a. Que Carreño había ido al Golfo de San Miguel en busca de una canoa de negros e indios de pescar perlas que se le habían escapado de su isla. Se trata de enormes contradicciones con respecto

a lo que declaraba Carreño. Pero parece que Juan Batista andaba despistado en todo.

b. Que Carreño topó en Iguanas con una canoa de negros e indios cimarrones, la cual tomó. Que después quemó el palenque e hizo cautivos, pero no especificó más.

Definitivamente, parece que las cosas ocurrieron más o menos como dicen Carreño y Gallo. No se puede confiar en Batista. Y quedaron dos problemas grandes:

1. ¿Cuánta gente capturaron?

2. ¿De dónde se escaparon los de Felipe?

Pero eso no es todo: en el informe de Carreño, y en las deposiciones de sus testigos, nunca se habla de un asunto que tiene singular valía. ¿Qué fue lo que pasó con el jefe Felipillo?

Nº 2. Vaiano (1555).

En el Istmo de Panamá, la discusión sobre este personaje y su real fama la comenzaron a inicios de este siglo los señores Sosa y Arce (1911:98). La difusión de su libro puso en manos de los istmeños la siguiente versión:

—“Durante el siguiente gobierno, presidido por Don Alvaro de Sosa, (1533-1555) la audacia de los cimarrones— como se les llamaba a los negros alzados— llegó a tales extremos, que por indicación del Marqués de Cañete, Virrey del Perú, quien a la sazón pasaba por Panamá, se resolvió emprender una campaña formal contra ellos.

Al efecto, una fuerza mandada por Gil Sánchez salió para la región de Chepo en busca de Bayano, con tal mal éxito que a los pocos días regresaron a la Ciudad 4 soldados, únicos sobrevivientes del desastre que sufrió la expedición.

Organizada otra tropa, logró el Capitán Carreño, sorprender el Palenque de Bayano, apresar al caudillo y conducirlo a Nombre de Dios, donde por el momento se encontraba el señor Sosa. Quiso éste emplear los medios conciliatorios para atraer a la sumisión el grupo de los rebeldes y firmó un convenio para cuyo cumplimiento volvió Bayano al campo, donde, con burla de lo pactado, continuó con más saña sus depredaciones.

Una expedición mejor provista y equipada, constante de 200 hombres al mando de un experto y valiente capitán, Pedro de Ursúa, abrió nueva campaña contra los cimarrones, los que al cabo de 2 años de lucha tenaz y difícil fueron rodeados y obligados a rendirse mediante una capitulación. Ursúa, sin embargo, hizo matar



a varios de los principales capitanes insurgentes, pero a Bayano lo trajo, como un trofeo, a Panamá.

En recuerdo de los hechos cometidos por los cimarrones en las márgenes del Chepo o Coquira, se dio a este río el nombre del célebre Bayano.—”

El documento principal sobre el caso Bayano:

Aguado, Fray Pedro de

1555 “Recopilación historial de Venezuela”

(1963) Academia Nacional de la Historia. Tomo 2 (1963) Caracas.

### Las casas y los poblados:

“El alojamiento principal de los negros estaba de este que he señalado, la costa adelante quince leguas, algo apartado de la mar...”

“...que llegado que fue Orsúa al paraje del pueblo o estacaje de los negros, se alojó cerca de la marina en lugar conveniente, y procuró dar vista a la población de los esclavos, la cual estaba situada y puesta sobre la cumbre y cuadrilla de una alta y empinada loma fortificada por naturelaza de tal suerte, que casi por todas partes eran muy profundos despeñaderos hechos o criados de tal suerte, que no solo en ninguna manera se podía subir por ellas pero si acaso acertara a caer de lo alto alguna persona, sin llegar al suelo se hiciera innumerables pedazos.

Por los dos frentes de esta loma o cerro tenían los negros hechos muy angostos caminos por tal orden, que con pocas piedras que dejaran caer, impedirían a cualquiera ánimo y número de gentes, la subida.

Y además de esto el remate de estos dos caminos, en el principio de la loma tenían fortalecidas las entradas con recios palenques y puestas tales, que no así fácilmente podían ser descompuestas por los nuestros aunque fuesen subidos por todo el camino.

En la cumbre de esta loma estaban edificadas las casas y bohíos de los negros al través o atravesadas conforme al ancho de la cuchilla, que no era más del que los bohíos ocupaban, que era harto poco; y entre las casas y por algunos lugares bajos y desocupados tenían hechos muy hondos hoyos o silos llenos de todo género de comida de la que ellos acostumbraban coger y criar para su sustento.

En este fuerte alojamiento estaba solamente el Rey Bayamo con la gente de guerra. De allá salía a hacer sus correrías y asaltar

por los caminos pasajeros de españoles aunque estaban muy apartados.

Fuera de aquí tenían la tierra adentro otro alojamiento o fuerte aunque no tan coronado como el que he dicho, donde tenían sus mujeres e hijos y la otra gente inútil...”

### Gobierno

“De la presa que Pedro de la Fuente hizo en los negros que de suso he referido, fue escogido una de aquellos esclavos que pareció mas bien acomplisonado y dócil para lengua y guía o adalid de aquella tierra, donde estaban recogidos los negros y para información y claridad de lo que adelante fuese necesario saber y entender.

Este dio noticia muy larga de la parte y lugar donde estaba situada aquella ladronera y alojamiento de esclavos huidos, que afirmaba ser más de 300, de los cuales había sido tanta y tal la desvergüenza, que ellos entre sí eligieron o alzaron por cabeza principal suyo, un negro de buena disposición y fuerzas, muy ladino o españolado en la lengua, a quién llamaron el Rey Bayamo.

A este servían y respetaban con veneración de príncipe, mezclando los ritos y ceremonias que en Guinea los mas de ellos hacen con sus Reyes y Principales con veneración y acatamiento, que después veían o habían visto usar a los españoles con sus jueces y superiores, y ahí se gobernaban con una cierta manera de magistrado, aunque bárbaro, usando este Rey Bayamo, con todos los que le eran sujetos, de toda la potestad que en sí era y había, haciéndose obedecer y temer y cumplir muy por entero lo que mandaba.

Había, junto a donde estaban fortificados, un pueblo de indios llamado Caricua, cuyos moradores habían sujetado y puesto debajo de su servidumbre con rigurosa violencia, quitándoles las hijas y mujeres, y mezclándose y envolviéndose ellos con ellas, donde engendraban otra diferente muestra de gente, en el color bien desemejable a la del padre ni a la madre los cuales, aunque son llamados Mulatos y por esta muestra lo son, tienen muy poca similitud a los hijos de negros y de blancos, y así por oprobio los que actualmente son mulatos, llaman a los de esta mezcla que he dicho de negros e indias, **Zambahigos**, como a gente que no merece gozar su honroso nombre de mulatos...”

### Ceremonias:

“La orden que en celebrar las cosas de su religión estos negros tenían, era ésta: que para haber de imitar la celebración de la Misa,

el Obispo se vestía una camisa de una negra y sobre ella una túnica de grana, y se arrimaba a cierta manera de altar que en un santuario tenían hecho y allí en presencia de todos los circunstantes que le iban a oír y a ver, ponían un jaraco de vino y un buen bollo de pan que ellos tenían, y cantando cierto cantar en su lengua materna, le respondían los demás que le estaban oyendo, y allí, en presencia de todos se comía el pan y bebía el vino, y con ésto y con comerse el pan y beberse el vino acababa su oficio y quedaban todos satisfechos, lo cual se hacía y oía con mucha atención y devoción.

Lo que en sermones o predicaciones trataba o decía era, persuadir a los oyentes que conservasen con obstinación su libertad, defendiendo con las armas en las manos el pueblo y tierra que tenían y poseían, y que sustentasen a su Rey que se decía Bayano, a quién todos acataban y reverenciaban, con la reverencia y obediencia que al señor y rey natural se debe y de la propia suerte que las otras gentes le suelen hacer, pues los había de mantener y gobernar en justicia y defenderlos de los españoles que los deseaban destruir.

En el bautizar las criaturas tenían esta orden: que juntándose y congregándose muchos negros y negras para compadres y comadres se iban todos juntos con la criatura al santuario, y allí llevaban el vino que podían, donde bebían todos y bailaban y cantaban, lo cual asimismo había el Obispo, y hecho ésto, tomaba un jarro de agua, echábasela encima a la criatura y tornaban todos a bailar y a cantar y a beber y con ésto quedaba hecho todo lo que había que hacer, y se volvían a casa de los padres del recién bautizado, y conforme a estas habían ordenado otras muchas ceremonias vanas y cosas por todo extremo rústicas e indignas de escribirse...”

“Entre estos esclavos así presos estaba uno a quien los demás tenían por su prelado espiritual y lo tenían honrado con el título de obispo, el cual, en cierta y supersticiosa y herética forma los bautizaba y esteamizaba, y predicaba y hacía otra manera de ceremonias que ellos llamaban celebrar o decir misa, en las cuales cosas y en otras que con abominable superstición habían tomado por religión, estaban todos estos negros tan impuestos y arraigados y los tenían por tan fidedinas y verdaderas, que aunque en el artículo de la muerte muchas veces fueran exhortados a que se redujesen y volvieran a la fe católica que era el bautismo que habían recibido y profesado, jamás lo quisieron hacer, antes, a imitación de otros luteranos pretendían dar a entender, que aquellas rústicas y vanas ceremonias de que usaban era verdadera religión, lo cual muy particularmente sustentaba el negro obispo, porque siendo exhortado él

y los demás que recibiesen la muerte como cristianos, confesándose y recibiendo este sacramento santo de la confesión y absolución con el cual y la contrición que enteramente tuviesen, se salvarían mediante los merecimientos de la muerte y pasión del Hijo de Dios, respondió el bárbaro con señales de ánimo endemoniado, que ya deseaba estar muerto, porque con su muerte y la de sus compañeros pretendía tener entera venganza de la gente de aquel pueblo, porque yendo en espíritu a su tierra traerían copia de gente con que de todo punto destruirían y asolarían la ciudad, por lo cual no pensaba apartarse de la religión que él y los suyos tenían, sino que en ella entendían vivir y morir.

Los demás negros dieron la misma respuesta que su obispo, y así los verdugos soltaron ciertos mastines, perros de crecidos cuerpos que a punto tenían para este efecto, los cuales como ya los tenían diestros y enseñados en morder carnes de hombres, al momento que los soltaron, arremetieron a los negros y los comenzaron a morder y hacer pedazos; y como los negros tenían en las manos unas delgadas varillas con que se defendían o amenazaban a los perros sin poder con ellas hacerles ningún daño, érales esta ocasión de encender e indignar más a los mastines, y así, este animal iracundo más que otro ninguno, con grandísima rabia eschaban mano con los dientes y presas de las carnes de estos míseros negros, de los cuales arrancaban grandes pedazos por todas partes, y aunque en éstas agonías y trabajos de muerte eran persuadidos los negros a que se redujesen a la fe, jamás lo quisieron hacer, y así, después de bien desgarrados y mordidos de los perros, fueron quitados de las colleras y llevados a una horca que algo apartada del pueblo tenían hecha y allí los ahorcaron, con que acabaron de pagar la pena que justamente merecían recibir por su alzamiento y traición."

### Discusión

El Palenque de Bayano debe haber caído por los lados de la Punta de San Blas, a 15 leguas de Nombre de Dios, o sea a 42 kilómetros de Nombre de Dios (aproximadamente), admitiendo que una legua española equivale a 2,800 metros lineales.

Esto pone el Palenque de Bayano, al menos el militarizado, el principal, por los alrededores de la actual frontera de los indios de San Blas. Se supone que el Palenque daba frente al Golfo de San Blas, cerca del Río Mandinga, o al menos en la cuenca de ese Río.

En los mapas de carreteras se observa que en el fondo del Golfo de San Blas, cerca de donde desemboca el Río Mandinga, se aprecia un pueblecillo llamado Mandinga, que debe estar por los alrededores de donde estuvo el Palenque de Bayano.

De esta manera, pueblos actuales involucrados en la localización del antiguo Palenque de Bayano deben ser:

1. Mandinga
2. La Saragosa
3. La Subera
4. Santa Isabel.

En el último estudio del Dr. Fernando Romero, llamado "El Rey Bayano y los negros panameños en los mediados del siglo XVI" (1975:20) este investigador discute el enclave africano de la siguiente manera:

—“El “reino” del Vaiano era en realidad un territorio africano rodeado por las posesiones de los conquistadores españoles. Su límite sudoriental se hallaba en el Golfo de San Miguel; y el nororiental, en la zona dice: ...“por do Ballano tiene entrada...”

El límite nororiental era Nombre de Dios, ciudad a la que atacaban las huestes del caudillo negro hasta durante el período en que Ursúa preparaba en ella sus tropas; y las sierras de Capira pueden considerarse el sudoccidental, pues durante ese mismo lapso el famoso Capitán Navarro tuvo que enviar tropa a esta zona para recuperar mercadería que los negros habían robado a Mazuelos mediante un ataque sorpresivo a una caravana”.

Entre las discusiones de Romero, sobresale su análisis del documento de Fray Pedro de Aguado en lo que se refiere al factor cohesionador de la religión en el Reino. Decía Romero lo siguiente:

“El predominio de esta última religión (mahometana), se advierte al comparar ciertas informaciones que da Aguado, con las supervivencias que los Males dejaron en el Brasil. Nótase que en “Reino” del Veiano también había los sacerdotes comunes y los de mayor jerarquía, a los últimos de los cuales el cronista los clasifica como “obispos”.

Este historiador refiere que los africanos celebraban una “misas” que debió ser la “sara” que los brasileños llamaban “la misa de los Malés” en la cual un sacerdote (que no pudo ser otro que el Imán árabe cuyo nombre deformaron a Lamané y Limano) dirigía el rezo, lo que también ocurría en las mezquitas darienitas.”

En Bayano se nota más el aspecto de secesión y de formación estatal que en el caso de Felipe el Negro. Lo más notable en el caso de Bayano es su maestría militar que forzó a los españoles a extremo inauditos, tal cual está relatado en Sosa y Arce.

### Nº 3. El cimarrón Pedro (1573)

Sobre el asunto de la alianza de corsarios y cimarrones, Sosa y Arce (1911: 104) se dedican mayormente al examen de los primeros, de la manera siguiente:

“En la media noche del 9 de julio de 1572, un centenar de hombres mandados por ese capitán (Drake) asaltó la población de Nombre de Dios, de donde fue rechazado al amanecer, después de desesperada lucha. Los ingleses lograron reembarcarse sin grandes pérdidas y luego de algunas correrías por las costas desembarcaron en el Golfo de San Blas; mediante la ayuda de los cimarrones se internaron en la comarca con el propósito de capturar en el camino real el tesoro del Perú que iba de tránsito para España. Después de un ataque infructuoso sobre Cruces, (quemado el 31 de enero de 1573), los ingleses, apostados en las inmediaciones de Nombre de Dios, lograron sorprender y apoderarse (mayo 73) del deseado tesoro, luego de poner en fuga a la fuerza que lo custodiaba”.

Armando Fortune, en su estudio sobre “Los negros cimarrones en Tierra Firme y su lucha por la libertad: III parte” (Lotería, n. 173-abril 1970) dice lo siguiente:

“Estos cimarrones eran, de acuerdo con uno de los corsarios: “...una gente negra, quienes hacía 40 años se habían escapado de sus amos, a causa de sus crueldades y desde entonces habían crecido a ser una nación, bajo dos reyes propios: uno que habitaba al occidente, el otro al oriente del camino que va de Nombre de Dios a Panamá...”

“La última alarma había obligado al Gobernador a enviar tropas de Panamá y un número de soldados era esperado diariamente para ayudar en la defensa de la ciudad. Obtenida esta información de los negros, Drake los llevó a Tierra Firme para que se unieran a sus compañeros”.

(..) “Después de un infructuoso ataque a Nombre de Dios, en donde el mismo Capitán Drake fue herido, los corsarios se retiraron a la Isla de Pinos. Mientras se reponía Drake pensó en un consejo que le diera un esclavo negro en Nombre de Dios, de nombre Diego, quién se había unido a los corsarios en el ataque a aquella Ciudad. Este le había sugerido que se uniera a los Cimarrones en su lucha contra los españoles y que éstos se encontraban no muy lejos de la boca del Río Chagres”.

(..) “Después de merodear por varios meses por las costas hasta el arribo de la estación seca, los ingleses recibieron la noticia, a fines de enero de 1573, de que la flota del tesoro había llegado a

Nombre de Dios. Drake envió a buscar a los jefes cimarrones y tuvo con ellos una reunión. Les informó que pensaba cruzar el Istmo con el propósito de sorprender un tren de tesoro en su viaje de Panamá a Nombre de Dios. Hechos los preparativos indispensables, 18 ingleses bajo la dirección de Drake y John Oxenham y 30 negros seleccionados bajo el mando del jefe cimarrón Pedro, iniciaron el histórico viaje a través del Istmo el 3 de febrero de 1573".

## Discusión

El cimarrón Pedro es menos conocido que otros personajes de este tipo. Y tiene importancia porque es el primero registrado, que abiertamente utiliza a los corsarios para sus propósitos. Parece que el conocimiento de el Cimarrón Pedro es menor por cierto acceso a fuentes de información.

El corsario Drake era bien conocido de los españoles, pero sus informaciones sobre sus operaciones y/o los escritos sobre él y las circunstancias de sus viajes fueron muy difundidos en países no hispanos y menos difundidos en países hispánicos. Es de esta manera como Sosa y Arce (1911:104) ignoran al Cimarrón Pedro, aunque sí se refieren a Drake. Es posible que supieran, ya que los españoles del tiempo sabían de la alianza. Pero los mismos españoles pueden no haber tenido suficiente contacto con los cimarrones a menos que los capturaran. Y todo lo anterior podría explicar que el nombre de Pedro no circula hasta cuando Fortune lo destaca.

### No. 4. Luis de Mozambique: (1576)

Sobre las alianzas de Oxenham, decían Sosa y Arce (1911:105) —"Durante el gobierno del Dr. Gabriel Loarte (1575-1578), los actos piráticos sobre distintas secciones del país mantuvieron en constante zozobra el espíritu de los moradores. En ese tiempo, los primeros corsarios aparecieron en el Pacífico, pues habiendo Juan Oxenham desembarcado una expedición en la enseña de Acla, atravesó el Istmo del Darién, auxiliado por los cimarrones; construyó en las orillas del Río Balsas o Congo una barca capaz de contener sus setenta compañeros y saliendo en ella al Golfo de San Miguel (feb. 1577) pasó a las Islas de las Perlas donde hizo algunas presas valiosas; pero, avisadas las autoridades de Panamá del hecho, organizaron una expedición al mando de Juan Ortega y Valencia, la que alcanzó a los piratas ya en tierra firme y rescató los tesoros que habían robado. Mas tarde continuada la persecución de los ingleses por fuerzas enviadas del Perú a cargo del Capitán Diego de Frías, cayó en poder de los españoles, junto con otros, el mismo Oxenham..."

Pero quién realmente apila información sobre los problemas que aquí importan es Armando Fortune (1970 (III): 32). Fortune se expresa de Luis de Mozambique de la manera siguiente: —“Oxenham comprende las ventajas de una alianza con los cimarrones de la banda oriental del Istmo, ahora bajo la atinada dirección de un poderoso monarca, Luis de Mozambique...”

(...) “Luego de andar como 35 millas a través de las montañas los cimarrones llevaron a los ingleses a un río, el Balsas, que desemboca en el Mar del Sur. Siguieron por el río en canoas hasta un sitio que Oxenham consideró apropiado. Allí se detuvo la partida y, a la orilla del río construyeron chozas para resguardarse.”

(..) “En su viaje de regreso a través del Istmo, los corsarios y cimarrones fueron sorprendidos por las tropas españolas enviadas por el Presidente de la Audiencia de Panamá, Dr. Loarte, bajo el mando del Capitán Juan Ortega y Valencia; el mismo Oxenham cae prisionero, se le envía a Lima y más tarde es, junto con otros compañeros, decapitados por las autoridades de la Inquisición—”

En total, de Luis de Mozambique se sabe relativamente poco, aunque parece ser que alcanzó su nombre alguna popularidad debido a la peligrosidad de sus iniciativas.

El cimarrón Pedro y Luis de Mozambique parecen ser los dos principales líderes conocidos que dominan la tierra de nadie al oriente del Istmo y que son capaces de alianzas ofensivas.

#### No. 5. El Palenque de los Cimarrones del Norte: Santiago del Príncipe: 1580.

En 1580 se redujeron unos “alzados de la banda del norte” y fueron concentrados en un dispositivo llamado Santiago del Príncipe. ¿Cuál era la naturaleza de tal dispositivo? Un dato del cual derivar una idea de su naturaleza vendría dada por el hecho de que tuvieron una guarnición para vigilarlos.

Otro dato, al paso, es que veinte y tanto años después cuando se necesitó controlar a unos cimarrones escapados de Portobelo, los informes mencionan ayuda de los ex-cimarrones del sur pero no mencionan a los del norte, quienes se supone que estaban concentrados y bajo control en Santiago del Príncipe.

De alguna manera, la gente de Santiago del Príncipe establecieron una paz con los españoles, pero no se conformaron en un dispositivo de persecución y arresto de escapados como los del sur.

Los detalles de la pacificación e instalación han sido discutidos en la siguiente carta de la Audiencia:



## Audiencia de Panama

1850.—“Carta de la Audiencia de Panamá da cuenta de haberse fundado la casa de moneda en aquella Ciudad; trata de la expedición de Don Gonzalo Ronquillo a Filipinas, de la guerra con los negros cimarrones, habiéndose fundado el pueblo de Santiago del Príncipe y otros varios asuntos de gobierno”.

Archivo de Indias 62-2-23

Colección Sosa Arce tomo 8. n.— 136

Archivo Nacional de Panamá

Panamá.

“Cuanto a la pacificación de los negros cimarrones de las dos parcialidades dellos que a Vuestra Majestad habernos avisado que son Puerto Bello y Ballano, la de Puerto bello ha proseguido en su reducción y paz también que ya de todo pacto tiene hecha su población en el sitio que les fue señalado legua y media del Nombre de Dios han poblado el pueblo y lo nombran Santiago del Príncipe, tiene sacerdote que los doctrina y Justicia entre ellos al modo que los indios, reconociendo por superior al que antes lo era dellos que con el buen ejemplo que les da nos asegura la prosperidad de su reducción nuestra conformidad y contento como si de muchos años atrás fueran poblados y para que mejor se efectúe ha parecido que todavía esté allí con veinte soldados el Capitán Antonio de Salcedo persona de mucha confianza...”

...“y con este presidio de soldados aquel lugar por estar vecino a la mar del norte y en el paso común de los corsarios está defendido y fortificado para offenderlos y asi no les da oportunidad a los corsarios para hacer daños...”

De manera que los de la Audiencia dejaron instalado el dispositivo y se preocupaban por su progreso, pero por si acaso dejaban ahí al Capitán Antonio de Salcedo con 20.

El 22 de mayo de 1580, el Licenciado Cepeda hizo su carta donde describe el problema. Para el Licenciado Cepeda parece que la reducción que tenía más éxito era la del norte, porque encontraba que la del sur no había cumplido. A los del norte se les concedió perdón general y libertad a sus personas, hijos y mujeres. Los describió en paz y contentos con jefes confirmados, puesto que eligieron como alcaldes a sus propios caudillos.

Pero, caudillos o no, estaban sujetos por el Capitán Salcedo, a órdenes, a su vez, del Gobernador español. Además estaban obligados a mantener un sacerdote. Y por último, tenían que mantener una guarnición de 30 hombres y a su capitán. No sabemos cuántos

eran los reducidos, pero debe haber sido todo esto una carga formidable.

En la última parte de la carta, el Lic. Cepeda explica el fondo de lo que intentaban los españoles con el dispositivo. Que esa población "sirve de freno contra esta perbersa gente". La perversa gente eran los cimarrones. Y el dispositivo era para frenar el cimarronaje.

A continuación se transcribe la carta de Cepeda:

Cepeda, Licenciado

1580.—"Carta del Licenciado Cepeda Presidente de la Audiencia de Panamá. Hace descripción de aquellas tierras y costas de la Mar del Sur y dice envía planos y descripciones del Estrecho de Magallanes:

Panamá 22 de Mayo de 1580"

Archivo General de Indias 69-2-23

Colección Sosa Arce Tomo 7 Expediente 134

A. N. de P.

Panamá.

...“y la parcialidad de los Vallanos que ofrecieron su reducción y no la han cumplido, excusanse que por no haberles mantenido la paz que en tiempos anteriores se les prometió, otros dicen ser la causa medios descuidados y menos industriosos, sobre ello se hace información lo que della resultare ynbiare al Consejo de Vuestra Majestad”.

“Otra parcialidad de los negros es de los que habitaban en Puerto Velo cerca de Nombre de Dios y estos aunque menos en número eran muy perjudiciales salteadores que robaban este camino tan continuado de una mar a otra anse reducido a la obediencia y servicio de Vuestra Majestad y para ponerlo mejor en effecto despues de les haber concedido perdon general de sus delitos y libertad sus personas, hijos y mujeres, y traídos al sitio que tenían poblaron una legua de la ciudad y puerto de Nombre de Dios a donde viven en paz y contentos, hicieron su elección de alcaldes en los caudillos que tenían antes de ser reducidos.

Todos ellos sujetos a un Capitán Salcedo que ha trabajado en atraerlos con mucho cuidado y diligencia, obligaron a que de aquí en adelante haran sus labranzas en las primeras sementeras que viene para el sustento de un sacerdote que les suministre los sacramentos y al capitán con 30 hombres que con ellos han de ressidir...”

“La amistad que se les guarda confunde a estos contumaces rebeldes que han visto como algunos de estos negros de Puerto Vello reducidos sirven contra ellos en la guerra que se les hace con buen celo conociendo el beneficio que han recibido en admitirlos a buena amistad y amparo que se les hace y entiendo que esta población sirve de freno contra esta perbersa gente”.

Fernando Romero (1943:32) al referirse al tema expone un dato no visto especificado en documentos: Romero dice que el jefe negro de Santiago del Príncipe era el mismo Luis de Mozambique. No se halla el dato en la carta de la Audiencia (1580) ni en la carta del Lic. Cepeda (1580). Siguen detalles del estudio de Romero:

“...escapando de la prisión, Luis de Mozambique sigue ejerciendo su antigua autoridad hasta que, durante el gobierno de Cepeda, entra en tratos con el Gobernador y se somete a su ley.

Los cimarrones son declarados libres, y, a propuesta de la Audiencia, se avocinan a legua y media de Nombre de Dios, en un pueblo que oficialmente es llamado Santiago del Príncipe pero que será conocido como siempre como Palenque.

Aunque se establece ahí una pequeña guarnición española, se concede a los ex-prófugos el derecho de elegir de entre ellos a sus autoridades. Es decir, Luis de Mozambique ha triunfado”. (1943:32).

El último autor consultado sobre Santiago del Príncipe fue Fortune. Sobre este asunto decía:

“La situación llegó a tales extremos que el Presidente interino de la Audiencia de Panamá, Don Juan López Cepeda, consciente de la fuerza potencial de los antiguos esclavos y comprendiendo perfectamente lo que en carta le enviara a decir un oficial del ejército, quien igualmente era dueño de una plantación que (..) “una colonia de cimarrones cerca de una Ciudad es vivir bajo constante amenaza de asalto, allí se camina sobre barriles de pólvora”, en representación del Gobierno Español firma con los representantes de los negros rebeldes de la banda oriental un tratado de paz donde se les garantiza su libertad, se les permite seleccionar sus propios dirigentes, establecer sus propias cortes, y cumplir obediencia a sus propias leyes, prometiendo éstos, en cambio, suspender sus incursiones, ataques y pillajes a los pueblos, haciendas y el camino real y el devolver a sus dueños los esclavos que despues de efectuado dicho tratado se huían para unírseles. Efectuado el pacto entre los insurgentes del norte del Istmo y sus antiguos amos, se funda un pueblo como a legua y media de Nombre de Dios que se llamó

Santiago del Príncipe, primer pueblo que tuvo derechos especiales, gracias al esfuerzo de los Cimarrones" (Fortune, 1970a:35).

Antes se creía que Santiago del Príncipe era el mismo Palenque actual, cosa que en realidad, puede ser cierto, ya que varios autores así lo han dicho, pero queda cierto margen de duda. El pueblo estaba a legua y media de Nombre de Dios, dicen unas fuentes, a una legua, dicen otras. Legua y media equivale a 4,200 metros o sea cuatro kilómetros. Una legua es 2,800 metros, o sea casi 3 kilómetros. Medido en un mapa, la distancia de legua y media no corresponde al Palenque actual, sino a uno de estos dos pueblos:

1. Salato

2. Viento Frío

Sin embargo, queda la alternativa de que los lugares poblados en el Istmo de Panamá son movibles, es decir, cambian con alguna frecuencia de localización. Y por otra parte, lo más probable es que ninguna de las dos cifras dadas sea exacta.

#### No. 6. Antón Mandinga: El Palenque de Pacora (1581)

Cuando se refirieron los señores Sosa y Arce (1911:107) al Gobierno de Pedro Ramírez de Quiñones, mencionan a Antón Mandinga de la manera siguiente:

—“El Licenciado Pedro Ramírez de Quiñones, antiguo Gobernador de Panamá, volvió al país en 1580 con el Cargo de Presidente de la Real Audiencia que conservó hasta 1585 en que murió. Fue en su tiempo cuando se fundó por Antonio Hurraca, la Casa de Moneda de Panamá y se le concedió a esta Ciudad el título de Muy Noble y Muy Leal por cédula de Felipe II.

También se firmó (1581) con el Capitán del Bayano, Antón Mandinga, el Tratado de Paz con los cimarrones de esa región, los cuales poblaron en número de más de 300 almas a Pacora, a tres leguas de Panamá, provistos de semillas, útiles de labranza y un hato de vacas que les compró la Audiencia”.

Sobre este tema añadió Fortune (1970 (III) :35) lo siguiente: “Poco después del pacto con los cimarrones de la Costa norte, una serie de insurrecciones de negros alzados estallaba en la región de la Costa del Pacífico, cerca del Cerro Ancón, dirigidas esta vez por un negro islamizado llamado Antón Mandinga a quien sus compañeros proclamaban Rey.

Desconociendo Antón Mandinga el pacto firmado con los cimarrones de la banda oriental, ya que era difícil comunicarse con

las huestes de Luis de Mozambique, con un número crecido de compañeros, desde las selvas y montes circunvecinos, inicia sus ataques a las instituciones españolas en torno a la Ciudad de Panamá.

Las depredaciones de estos negros cimarrones bajo la hábil dirección de Antón Mandinga en un lugar tan cercano a la Ciudad de Panamá asustó de tal forma a los dueños de esclavos, y a los colonos y amenazó de tal manera la estabilidad de todo el sistema, que el Gobernador nuevamente consideró la situación y envió un piquete de soldados, no con el propósito de luchar y tratar de sojuzgarlos, sino con el fin de hacer las paces.

Después de ciertas conferencias, ambos grupos estuvieron de acuerdo en intercambiar emisarios, con el fin de arreglar los puntos preliminares del Tratado.

Una vez llegados a un acuerdo, los cimarrones limpiaron un acre de matorral al lado de una montaña y expusieron a la vista de los soldados, sorprendidos, todo el cuerpo de guerreros negros, alineados en el declive de la misma en formación de batalla, permitiéndoles poco después entrar al pueblo con el repique de tambores".

(..) "Así, se llegó a un acuerdo entre los españoles y sus antiguos siervos de la región del Pacífico, como aquel que se efectuó en el Atlántico. Estos se establecieron en la región del Bayano"—(Fortune, 1970 (III) :37).

Fernando Romero, añade algunas consideraciones más sobre este asunto, de la manera siguiente:

—"Al mismo tiempo que ese caudillo negro ha entablado su lucha por la libertad, otro hombre de su raza también se ha mantenido en rebelión contra los blancos. Es Antón Mandinga, jefe de los cimarrones del Pacífico, con quién también entrea en tratos el Estado español. Como resultado de éstos, más de 300 negros prófugos se establecen en Pacora, a tres leguas de Panamá, provistos de semillas, útiles de labranza y un hato de vacas que le compra la Audiencia (1581).

Después de éstas campañas parece que Tierra Firme se aquieta, en lo que respecta a los esclavos, durante lo que resta del siglo. Hasta 1607, por ejemplo, sólo hay 94 fugitivos y alzados" (Romero, 1943:33).

#### No. 7. Pedro Casanga (1603)

El documento que se presenta ahora está en el Archivo Nacional de Panamá. Fue recogido hace mucho tiempo pero, aparentemente, nunca utilizado.

Para el caso que ahora nos ocupa, el del cimarronaje, tiene mucho interés. Añade a la información que se maneja corrientemente sobre esos asuntos. Añade a lo que se conoce sobre la conducta de los bandos en pugna en el oriente del Istmo.

Este documento fue utilizado para el estudio de las Castas o naciones africanas representadas en el Istmo. Así, se hizo una unidad de los Casanga. Se reforzó la unidad de los Angola con la información de Juan Angola. Se hizo una nueva unidad con Antón Soso. Se hicieron nuevas unidades con los Gágo y con los Cape.

Quedó Diego Trengay, que es posible que represente una casta africana, pero que no ha podido ser confirmada aún. El que sigue es el documento:

De la Torre-Escobar, Diego

1603.—“Testimonio para su magestad y su rreal Consejo de las Yndias cerca de los negros cimarrones: Puerto Velo”

Documento del Archivo de Indias.

Archivo Nacional de Panamá Tomo XI, Doc. 211 Panamá.

“Yo Diego de la Torre-Escobar, scrivano del rrey nuestro señor publico y del cavildo desta Ciudad de San Phelipe de Puerto-velo doy fe y verdadero testimonio a los que la presente vieren que ante mi se a fecho proceso por la justicia desta Ciudad sobre la fuga y huída que hizieron al monte onze esclavos negros de su Magestad de los que tienen en sus fabricas y fortificaciones desta ciudad por principios del año de seicientos y dos y ansimismo sobre la fuga y huída que hizieron por el mes de agosto del dicho año dies y siete piasas desclavos de nación congos de vezinos particulares desta ciudad y porque se atajasen los daños que de semejantes fugas se podrían caussar su Señoria del señor don Alonso de Sotomayor Presidente, Governador y Capitán General deste rreino ordeno al Capitan Agustín de Liermo Aguero que con la jente de su cargo del Presidio de Vallano biniese a la de Panamá y de allí le mando a Viarachepo y dar los rrastreros y cargueros municiones y comida que fueron necesarias y dexandole ordenado lo que havia de hazer bino a esta Ciudad y dio luego orden que se aprestase una fregata y una lancha y que en ella se enbarcasen el Capitan Diego Chumacero de la Bega con veinte soldados de las compañías de Presidio desta Ciudad y treinta morenos libres de los rreducidos del Vallano y los cargueros necessarios y comida para tres meses y le ordeno que fuese a la Punta de San Blas donde ansi mismo mando benir para día señalado al dicho Capitán Agustín de Lierno Aguero con veinte y quatro soldados de los del Vallano y que juntos se enbarcassen y fuesen a la Ensenada de Aclay en la playa de Tenderropa desenbarcasse toda la gente y biniesen corriendo desde allí

toda la tierra sin dexar quebrada playa ni montaña hasta Nombre de Dios que abra por tierra ochenta leguas y que la fragata biniese costeano y dándoles comida deste pressidio y dos negros de los que avian presso de su magestad y por mandato de su señoría se fizieron ciertas averiguaciones con ellos en el modo y forma que havian tenido en hallar el dicho pueblo de los dichos negros cimarrones y por ellas pareció aver dado con ellos en el pueblo que tenían fundado con muchas rrozas de mays y arros en cantidad ansi cojido como por cojer y rrespecto haver sido sentidos no los tomaron a todos y aunque avian hecho resistencia con las armas que tenían en las enboscadas que hizieron y andando todo el monte hasta la parte y lugar donde se tenía noticia y se hallava por los rrastrors averse huido los dichos simarrones deteniendose en ello tiempo de quarenta dias, Prendieron quinze piasas desclavos de Su Magestad y de particulares y entrellos el capitan y caudillos principales de los quales hizieron justicia que fueron Anton Gago capitán de un vezino de Panamá y Diego Cape y Diego Trengay y Pedro Cape y Pedro Cassanga esclavos de Su Magestad y de sus fabricas que fueron los que hallaron ser los caudillos e ynquietadores de los dichos negros y algunos dellos por estar malheridos y no poderlos traer a esta Ciudad hizieron la dicha justicia y entrellos prendieron cinco esclavos de particulares y quatro de Su Magestad y con ellos el dicho Capitan Diego Chumacero de la Vega benir a esta Ciudad por tierra con la demas jente que con el quedo rrastreando y rreco-riendo todo el monte rrios y quebradas hasta la poblaci3n de Nombre de Dios el qual lleo a esta Ciudad con los dichos negros y jente a los treinta días del mes de diziembre del dicho año de seiscientos y dos y luego que lleo a esta Ciudad por mandado de Su Señoría se fueron haciendo las averiguaciones que en el caso conbenian para castigar los culpados y por ellas se hallaron que tres negros de los que avian prendido en la dicha entrada uno nombrado Pedro Casanga de Go. Suarez y otro Juan Angola de Visuete Anton Soso de Maria de Linpias eran caudillos y rrastreros y aber benido a esta ciudad con los demas negros y en dos besses llevandose veinte y ocho piassas desclavos de Su Magestad y de particulares y dos negras horras desde ciudad y un negro del Capitan Mateo de Rribera nombrado Pedro Casanga averlos rrecetado en su casa y rroza en esta ciudad y dandoles hachas y machetes y cuchillos y siguiéndose la dicha causa y nombrandose defensor a los negros de su magestad y dandosele tormento a las dos negras horras y Pedro Casanga de Mateo de Rribera y negado en el a todos se les hizo cargo con cierto termino y algunos dellos dieron sus descargos y estando conclusa la dicha causa en quatro dias deste pressente mes de henero por su Señoria del dicho señor Presidente Governador y

Capitan General dio y pronuncio sentencia por la qual condeno a los dichos Pedro Casanga de Go. Suarez y Juan Angola de Bisuete y Anton Soso de Maria de Linpias en pena de muerte y que de una horca questava en la Plaza desta ciudad fuesen ahorcados y quitados della fuesen hechos quartos y puestos por el camino de Panama y por el contorno destaca Ciudad para escarmiento y enxemplo de los demas negros deste rreyno y a los quatro esclavos de su magestad y dos de particulares que solamente se hallo contra los cinco dellos averse huído se les diesen a cada uno dellos dozientos azotes por las calles publicas desta ciudad y todos seis fuesen desterrados deste rreyno a los del Piru y lo cumpliesen pena de la vida y a las dichas negras horras y Pedro Casanga esclavo de Mateo de Rribera se le diesen a cada uno dellos dozientos azotes y el dicho esclavo desterrado desde rreyno a los del Piru. Y a las dichas dos negras horras que sirviesen en el ospital de la Ciudad de Panama sin salario alguno salbo por la comida tiempo de seis años las quales dichas sentencias y cada una dellas fueron executadas en cada uno dellos y contra otros culpados se ban haziendo averiguaciones en la causa como mas largamente consta y paresse por los dichos autos a que me rrefiero y por mandado de Su Señoria di la pressente en Puerto Velo en ocho de henero de mill y seiscientos y tres años.

E por ende fize aqui mi signo atal....

### Discusión

Se trata en el documento de la huída de 11 negros del Gobierno de Portobelo que se escaparon a principios de 1602. En agosto de 1602, se escaparon 17 piezas más, de esclavos de nación congos.

Total, se perdieron por los alrededores de Portobelo 28 esclavos y aparentemente lo que preocupó al Gobierno no fueron los daños que hacían los 28 escapados, sino el hecho de la fuga. Sobre los escapados se soltaron 20 soldados de Portobelo y 30 morenos libres de Bayano. Interesa en este caso la participación de los libres del Bayano, los que se supone que debían ser residentes de Pacora. Hay cierta confusión sobre esta asunto, porque algunos autores dicen que los negros alzados de Bayano se redujeron en el Pueblo de Pacora. Pero esto no es ostensible en los documentos del Archivo Nacional. Es, sin embargo, posible.

Interesa la participación de estos negros libres de Bayano porque muestra la eficacia de las medidas españolas de pacificación en la costa del Pacífico y sus efectos estabilizadores. Llama la atención que la gente de Alonso de Sotomayor no buscase la ayuda de



los libres de la banda del norte, supuestamente reducidos en Santiago del Príncipe.

En tres meses dieron con la población de los cimarrones y la desbarataron. Esta población debe haber estado entre Palenque y Cuango.

Agustín de Liermo Agüero llevó a Portobelo 2 negros de Su Majestad. Se averiguó con ellos el cómo llegaban a hacer contacto. Los encontraron en un pueblo con muchas rozas de maíz y arroz. No los capturaron a todos porque habían sentido a las tropas y porque resistieron. Los españoles y sus asociados rebuscaron por el monte 40 días. Cogieron 15 piezas de S. M. y de particulares. Se entiende que en el mismo monte ajusticiaron a Antón Gago, que era de un vecino de Panamá, así como a: Diego Cape, Diego Trengay, Pedro Cape y Pedro Cassanga.

Un negro del Capitán Mateo de Ribera nombrado Pedro Casanga los recetaba en su casa y roza en Portobelo, les dio hachas, machetes y cuchillos. Eso de recetaba no sabemos qué es con exactitud, pero se supone que se trata de que los acogía en su rancho y los ocultaba y los abastecía.

A este Pedro Casanga se le dio tormento, así como a las dos negras horras.

La nómina de cimarrones es la siguiente:

1. Pedro Casanga	—	de Go. Suarez	Ahorcado.
2. Pedro Casanga	-	de Mateo Ribera	Desterrado.
3. Juan Angola	—	Visuete	Ahorcado.
4. Antón Soso		Linpias	Ahorcado.
5. Antón Gago	-	Vecino de Panamá	Ajusticiado.
6. Diego Cape	-	de Su Majestad	Ajusticiado.
7. Diego Trengay	—	de Su Majestad	Ajusticiado.
8. Pedro Cape	—	de Su Majestad	Ajusticiado.
9. Horra n. - 1	—		al Hospital.
10. Horra n. — 2	-		al Hospital.

El tipo de escape recuerda los clásicos escapes masivos, reforzados de vez en cuando, que predominaron durante el siglo XVI. Es el tipo de escape con instalación como el de Felipe el Negro.

Sobre la base de Portobelo, llama la atención el papel que jugaba en este caso Pedro Casanga, el de Mateo de Ribera, quien era aparentemente el contacto de los cimarrones dentro de la Ciudad de Portobelo.

No. 8. Pajarito (1768)  
Lewis, Samuel

1971.—“Retazos Históricos: 4 de mayo de 1971”

Estrella de Panamá  
Panamá.

—“De una extensa e interesante carta que en mayo de 1904 escribió al “Heraldo del Istmo” el señor Aurelio Durfruni, en que habla del origen de los cimarrones que todavía aparecen en nuestros carnavales, reproducimos los siguientes párrafos: En el año de 1768 estaban sublevados algunos negros africanos esclavos, y formaron sus guaridas en los lugares que hoy conocemos con los nombres de María-Henríquez, María Prieta, Cerro de San Bartolomé, Cerro Batcas, Los Carabalíes (camino hacia Pacora) y la antigua hacienda Pulida e inmediaciones. Allí tenían un lugar en que estaba la cabecera de su Gobierno, con regulares casas techadas de paja, con un jefe a quién llamaban Pajarito por su destreza en ejecutar sus depredaciones. Todos los negros dichos asaltaban a los transeúntes, robaban a los que pasaban por los caminos y aun asesinaban en muchas ocasiones, y robaban también mujeres para hacerlas sus concubinas. Eran tan repetidos los actos de barbarie y pillaje de los citados negros, que el Gobierno se vio en la necesidad de proceder a capturarlos y extinguirlos, a semejanza de los que se las hubieron con el Capitán Ursúa. Mandaba, pues, el Gobierno piquetes de gente armada, y retornaban a las Ciudades bastante maltrechos.

Pero sucedió una casualidad que vino a coronar los descos del Gobierno. Tenía el Capitán de artillería Don Cristóbal Troyano de León, una esclava criolla, y los negros la robaron y llevaron a sus guaridas. Ella se portaba de manera que les inspiraba grandísima confianza, hasta enterarla de las cosas más secretas. Al cabo de algunos meses de permanecer con los cimarrones, logró escaparse, volver a la casa de su señor, y revelarle cuanto sabía de esos foragidos, ofreciéndole servirle de guía para lograr su captura. El Capitán contó todo al Gobernador, y éste dispuso comisionar al mismo Capitán para que con la tropa correspondiente procediese a la obra. Se formó la expedición y, guiados por la esclava, llegaron a un campamento en que se hallaban los cimarrones celebrando un simulacro de Misa, sirviendo de Crucifijo el Jefe de la pandilla. Una descarga cerrada dispersó a los negros; pero el jefe no pudo huir porque estaba amarrado en una Cruz representando al Mártir del Calvario: El Capitán lo hizo prisionero y lo obligó a que lo llevase silenciosamente al lugar en que estuvieron los compañeros. Obdecidió, y la mayor parte de los negros fueron capturados y otros

murieron de bala al asomarse el Capitán con sus soldados. Se trajeron los prisioneros a Panamá, y no habiendo verdugo oficial, se le ofreció al negro crucifijo la vida por que sirviera de verdugo. En efecto, el negro llenó su cometido a satisfacción, y quedó libre.

Así terminó la segunda alzada de negros en el Istmo, y tocó el primer papel, en 1555, al Capitán Pedro de Ursúa; y en 1768, le tocó ese papel al Capitán Cristóbal Troyano de León. Así como queda relatado nos lo refería Doña Joaquina Troyano de Urriola hija del mencionado Capitán, y así lo afirma la Tradición en unos juegos de Carnaval llamados "Los Cimarrones" conservados hasta la fecha en memoria de la última captura de los negros alzados".

## Discusión

1. Aurelio Durfruni, un escritor de principios del siglo 20, fue quien descubrió el caso de Pajarito. Lo que publicó fue una versión que le contó la señora Joaquina Troyano de Urriola hija del Capitán Cristóbal Troyano de León. La fecha de la acción la fijó en 1768.

Esa misma versión fue republicada en "Retazos Históricos" de Samuel Lewis, el 4 de mayo de 1971.

En realidad, Lewis reprodujo exacto el caso tal cual lo tomó del Heraldo del Istmo, donde lo publicó Durfruni por primera vez.

2. Los datos que Durfruni recogió de Joaquina Troyano de Urriola parecen ciertos. Están en la línea general de lo posible. Las partes que agrega Durfruni se pueden discutir, especialmente en lo que se refiere al número de alzamientos. Sobre ésto decía: "Así terminó la segunda alzada de negros en el Istmo, y tocó el primer papel, en 1555 al Capitán Pedro de Ursúa; y en 1768, le tocó ese papel al Capitán Cristóbal Troyano de León". Aparentemente tal era la imagen que prevalecía a comienzos de siglo sobre el problema general de este capítulo "Escape y Cimarronaje", de manera que ya para este punto específico tiene importancia el escrito de Durfruni.

Más adelantado el siglo, (1976), sabemos que Durfruni se quedó corto, sabemos también que este escrito que se hace ahora no está completo, que es menester seguir la pista hasta aclarar satisfactoriamente el problema.

3. El lugar de las "guaridas" de Pajarito y su gente no se puede discutir ahora. Todos los puntos están al sur de la divisoria de aguas, más aún, están en la planicie costera del Pacífico. Pero, nuevos datos aportados sobre el incidente de Pajarito, esta vez por

nuestros brillantes folkloristas Manuel y Dora Zárate, señalan la influencia hacia la banda contraria del Istmo, la costa de Portobelo, por los años sesenta. Se trata de la celebración de los bailes Congo, que tienen tal localización.

Pero, parece que a principios de siglo, era otra la distribución de esos bailes y su contenido. Sobre distribución, decían los Zárate:

“No podemos señalar con exactitud cuál fue toda el área panameña que ocupó en el pasado la tradición de los Congos. Testigos presenciales nos aseguran que, hasta hace unos 40 años varios grupos de gente prieta constituían comparsas aquí en la Capital, en el antiguo barrio de El Granillo y que hasta en la calle 14 oeste, cerca del mar, organizaban bailes y actividades típicas de congos.

Hoy los grupos que quedan activos son los de la Provincia de Colón, con sus firmes aunque pequeñas agrupaciones de la “Costa Arriba”, cuyo centro es Portobelo y de “Costa Abajo” cuyo núcleo es el pueblo de Chagres.

Sabemos que con menos constancia se celebran Congos en Escobal (los hemos visto) y muchas otras comunidades de la orilla del Lago Gatún y también en La Chorrera y Chepo, en las secciones de estos distritos que colindan con la provincia colonense”. (Zárate, 1962: 116).

De manera que la influencia del alzamiento y captura de Pajarito se ha ejercido sobre un área considerable que tiende a restringirse con el correr de los años.

4. El personaje Pajarito ha tenido alguna trascendencia. Se le haya en los bailes folklóricos de Portobelo como uno de los personajes importantes de la Danza de los Congos.

Manuel Zárate, en su libro “Tambor y Socavón” (Ministerio de Educación, 1962) en la página 122 dice lo siguiente:

“Pajarito: Hijo de la Reina y de Juan de Dios es Príncipe. Viste una túnica corta amarrada en la cintura, con mangas rojas u oscuras. Como príncipe, lleva una corona y como “pajarito” una pluma simbólica, de color vivo. En la escena es el personaje más inquieto entre los inquietos, va sonando constantemente un silbato, se entra y sale por todos lados, dirige la danza, en la cual es el más endiablado y acróbata de los bailadores. Observa y guía al grupo en la llegada y en la partida. Representa al negro arriesgado que exploraba el campo, descubría al adversario, atisbaba sus movimientos y señalaba a los fugitivos el lugar más seguro para

establecer sus palenques. Pero tiene un final infamante, pues se deja sobornar por el perseguidor y revela a éste el sitio en que se ocultan sus hermanos, por lo cual es ajusticiado”.

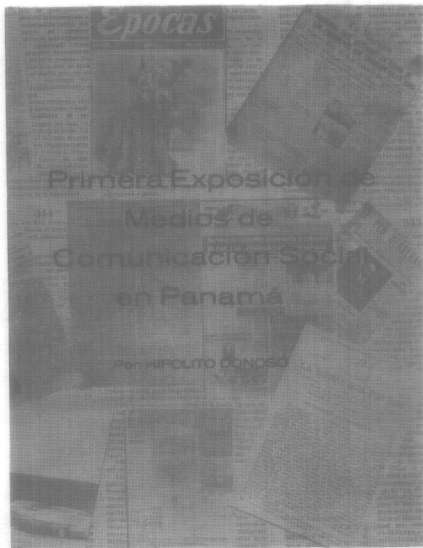
Y en la página 124: “Por parte de los blancos existen unos pocos personajes: el holandés, en algunos grupos, el Troyano o El Gallego, en otros, representan al amo, al negrero y perseguidor, quien con talante odioso aparece en escena”. Todo esto está puesto en el capítulo llamado “El Juego y los Tambores Congo”.

En la descripción de los Zárate, Pajarito tiene un final infamante, pues se deja sobornar. Es notable coincidencia la que se da con el relato de Durfruni, en el cual Pajarito se deja sobornar en más de un sentido.

Parece probable que el caso fuera sonadísimo, conocido en todos sus detalles y éstos transmitidos de generación en generación. Entonces, la coincidencia es más que ésta y esta danza Congo específica es una representación de las ocurrencias de 1768. Más aún, cuando se mencionan los personajes, aparece el Troyano quién debe representar a Don Cristóbal Troyano de León, y puesto como odioso.

De todo lo cual resulta menos coincidencia aún el parecido entre esos Bailes Congos y el relato de Pajarito.

DONOSO, Hipólito: PRIMERA EXPOSICION DE MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL EN PANAMA. Galería de Arte-Dexa. Universidad de Panamá. 1973



“Aunque suele ignorarse, durante los ochenta años que van del momento en que se introdujo la imprenta en Panamá hasta el fenecer del siglo, algunos cientos de periódicos, según las costumbres del tiempo, registran aspectos múltiples de nuestro acontecer, aportando con ello una rica veta de información para la tarea de reconstruir nuestro pasado. Y gran parte de las noticias contenidas en sus páginas constituyen testimonios únicos; sin cuya consideración no podemos lograr una cabal imagen de lo que fue el discurrir de la comunidad panameña en el siglo XIX”.

Con estas palabras se expresó el profesor **Rodrigo Miró** en el acto de inauguración de la Primera Exposición Fotográfica de Medios de Comunicación Social en Panamá, la cual ha volcado en la publicación que presentamos el profesor **Hipólito Donoso**. Contiene esta obra:

I. **Publicaciones del Siglo XIX** (Tales como el primer periódico panameño, “Miscelánea del Istmo de Panamá” y la “Gaceta del Gobierno Independiente de Panamá”, que fue el segundo periódico istmeño y la primera gaceta oficial impresa en el país, entre otros).

II. **Periódicos Satíricos del Siglo XIX** (Como “El Mono Político”, “La Raposa Ladina”, “La Bruja del Correo”, “El Diablo” y “El Ciclón”).

III. **Ediciones del Siglo XX** (“La Epoca”, “La Palabra”, “La Avispa”, “El Pregonero”, “El Flash-Lay”, “El Trabajo”, “El País”, “La Calle”, “La Hora”, “Mundo Gráfico”, “El Mundo”, “Crítica”, “El Panamá-América” y “La Estrella de Panamá”, entre los más conocidos).

IV. **Revistas y Otras Publicaciones** (“El Heraldo del Istmo”, “La Revista Nueva”, “Cuasimodo”, “Epocas”, “Recreo”, “Letras de Panamá”, “Siete”, “18” “Semana”, “Lotería”, “Tareas” etc.)

V. Prensa de Provincia ("La Voz de Coclé", "Impacto", "El Eco del Darién", "El Lápiz", "Ecos del Valle", "Voz de Urracá", etc.)

VI. Prensa Oficial ("Gaceta Oficial")

VII. Prensa Deportiva ("Sábado Deportivo" y "Meridiano", por ejemplo.)

VIII. Prensa Agrícola ("El Agricultor" y "La Granja")

IX. Prensa Universitaria ("Federación", "Colina", "Informa", "Jornada", "Voz Universitaria", etc.)

X. Radiodifusión.

XI. Televisión.

XII. Impresión (Rotativas).

El autor reconoce que se trata de un aporte a las investigaciones realizadas referentes a la comunicación social en general y al periodismo panameño, en particular. Abriga la esperanza que su obra promueva nuevos y detenidos estudios sobre tan importante ciencia de la vida.

\* \* \*

**BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA.**  
Tercera Epoca. Abril-Mayo-Junio, 1975. No. 3.— Panamá, R. P.

Esta edición muestra en su índice los siguientes trabajos:

1. "La Historia como Disciplina Profesional", discurso pronunciado por el Dr. Miguel Angel Martín, al ser recibido como Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia.

En él exalta la personalidad del Dr. José de la Cruz Herrera, humanista que en su trayectoria intelectual estableció en Panamá la tradición por el culto reverente a lo más selecto del espíritu clásico, complementando el amor por la literatura clásica con el profundo interés por los estudios históricos. Estos se fundamentan en el método histórico que per-

**BOLETIN DE LA ACADEMIA  
PANAMEÑA DE LA HISTORIA**

TERCERA EPOCA

PANAMA - ABRIL - MAYO - JUNIO 1975



Nº 3

mite extraer del pasado su verdadero significado e interrelación. Es una forma de aprovechar la evidencia mediante un sistema riguroso y exacto y jamás se debe confundir con el enfoque basado en el sentido común que emplea un escritor inteligente, pero sin la debida preparación histórica.

2. **"Cuaderno de Bitácora de Vasco Núñez de Balboa Extraído de los Documentos que Conforman Nuestra Historia"** por Manuel María Alba C.:

Una prodigiosa cantidad de informaciones contradictorias de toda índole, es lo primero que se ofrece a quien se aboca al estudio del descubrimiento del magno proceso de incorporar la mitad desconocida del mundo al conocimiento humano en los inicios del siglo XVI. Ocupados los conquistadores castellanos en el desarrollo material de sus grandes proesas, olvidaron con frecuencia los mandatos impostergables de la geografía, con la cual contribuyeron a crear la confusión existente, allí donde las evidencias quisieron que los hechos se conservaran claros en toda su extensión.

3. **Prólogo del profesor Moisés Roberto Restrepo al Trabajo de Graduación del Rvdo. Lcdo. Felipe Rubio De La Fuente: "Una Etapa de Transición de la Historia de la Iglesia en Panamá".— Datos Históricos y Cometarios (1900-1920):**

El Jurado Calificador concordó en recomendar la publicación de este trabajo, pues constituye galardón de esfuerzo y un material ampliamente aprovechable por futuros investigadores.

4. **"Una Etapa de Transición en la Historia de la Iglesia en Panamá (1900-1920)". Datos Históricos y Comentarios por Lcdo. Felipe Rubio De La Fuente.**

\* \* \*

**SEPULVEDA, Mélida Ruth: EL TEMA DEL CANAL EN LA NOVELISTICA PANAMEÑA.** Universidad Católica "Andrés Bello". Centro de Investigaciones Literarias. Caracas. 1975.

La ruta interoceánica ha marcado definitivamente el devenir histórico del Istmo de Panamá. Este fenómeno permanente ha sido factor insoslayable en todos los aspectos de la vida panameña. El desarrollo de esta problemática queda registrada en la literatura panameña y la novela es el género que lo recoge con más emoción, porque lo coloca en un marco estrictamente humano. Por considerar que es en la novela donde el problema se presenta en todas sus facetas, la profesora **Mélida Ruth Sepúlveda** desarrolla este trabajo



de investigación y de ubicación de la novelística sobre el Canal de Panamá, dentro de la literatura nacional, hispanoamericana y, por ende, universal.

**MRS** considera que toda la creación novelística relacionada con el Canal tiene una importancia especial para la literatura panameña, importancia que se extiende como aporte a la literatura hispanoamericana, pues se marca dentro de una tendencia definitiva y valiosa de la realización literaria del continente.

En 1936 **José Isaac Fábrega** publica su novela **CRISOL**, que nos sirve para adentrarnos un poco en la esperanza que se forjaron muchos panameños en reconstruir una idiosincracia, enriquecida con el aporte racial y espiritual de los norteamericanos.

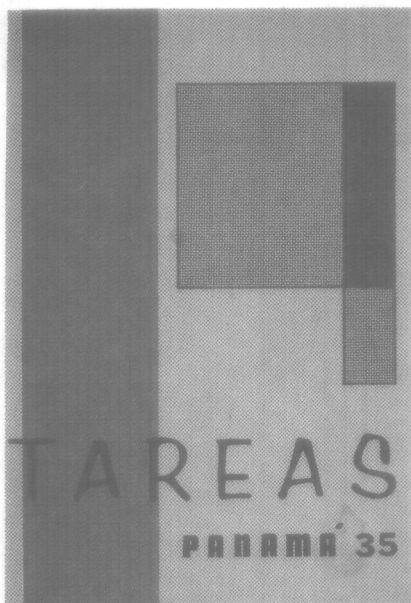
**PLENILUNIO**, de **Rogelio Sinán**, ofrece la visión de una ciudad sórdida, cuyos hijos responden a taras biológicas y a deficiencias sociales, relacionado todo con su función de tránsito, hija amarga de un canal interoceánico millonario que lleva al Istmo las tormentas, amargas y crueldades de todas las regiones del mundo.

**Renato Ozores** transmite sus observaciones sobre la vida istmeña en sus novelas **PLAYA HONDA** y **LA CALLE OSCURA**. La primera relata la vida de varias familias de la alta sociedad panameña, con interesantes análisis psicológicos. La otra es una historia de gente pobre y necesitada, de una callejuela pobre que, si está en contacto con la Zona del Canal, es porque limita con ella y recoge mucha de la relación que hay entre ambos mundos.

**PUEBLOS PERDIDOS**, de **Gil Blas Tejeira**, no refleja un sentido de protesta, sino que mantiene el valor de una magnífica crónica sobre hechos históricos, ocurridos en la ciudad de Colón y sobre los pueblos a lo largo del río Chagres.

La trilogía de protesta está representada por las novelas de **Joaquín Beleño**: **CURUNDU**, **LUNA VERDE** y **GAMBOA ROAD GANG**: Un análisis somero del caudal explosivo de Beleño en sus novelas, nos pone de manifiesto, inmediatamente, la riqueza extraordinaria del color en sus imágenes, metáforas y símbolos. En esa continua referencia incluye, prácticamente, todos los colores, con preferencia el negro, el verde y el azul.

Dentro de la novelística panameña, es uno de los documentos más fieles del lenguaje coloquial y presenta, con toda exactitud, el argot bilingüe de inglés y español hablado por los hombres de color, de procedencia sajona y los maleantes de Panamá.



La presente edición de la **Revista TAREAS** registra la siguiente información:

**1. Temas Nacionales:**

- “Crítica a una Línea Editorial Reaccionaria” por **Alvaro Menéndez Franco** y otros.
- “Notas Acerca de la Situación Sociológica de Panamá” por **Herbet Sousa**: Estudiar la economía de Panamá es esencialmente determinar las relaciones entre poderosos “enclaves”, dimensionados en escala mundial, y una débil economía nacional que se viene estructurando, desde siglos, en función de otros enclaves.

- “Venta del Istmo de Panamá” por **José María Torres Caicedo** (1850)

**2. Año del Sesquicentenario del Congreso de Panamá:**

- “Introducción Didáctica a los Estudios Americanistas de Don José Cecilio del Valle y Don Bernardo Monteagudo” por **Julio César Moreno Davis**.
- “Soñaba el Abad de San Pedro y Yo También Sé Soñar” (1822) por **José Cecilio del Valle**.
- “Ensayo Sobre la Necesidad de una Federación General Entre los Estados Hispanoamericanos y Plan de su Organización” (1824) por **Bernardo Monteagudo**.

**3. Nuestra América:**

- “Arbenz en la Revolución Guatemalteca: Del Socialismo Espiritual a otros Tipo Más Mundano” por **Tomás Herrera Cáliz**.
- “Las Premisas Histórico-materiales de la Génesis del Subdesarrollo” por **José E. Torres Abrego**.
- “El Fascismo en Chile” por **René Zavaleta Mercado**.

**4. Comentario Bibliográfico:**

- “Filosofía Latinoamericana en Europa” por **Arturo Ardao**.

CASTILLERO R., Ernesto J.: PANAMA Y COLOMBIA—Historia de su Reconciliación. Capítulos de Historia Diplomática en los Albores de la República de Panamá.— 3er. premio del Concurso Ricardo Miró, 1951.— Instituto Nacional de Cultura (INAC).

“Este libro es —explica Don Héctor Conte Bermudez en el prólogo— una demostración de amor a Panamá y de amor a Colombia. Escrito con el sano propósito de acercamiento intelectual, no se desliza en él ninguna palabra de reproche, ningún juicio crítico que deje rencor para los testigos o para los actores. Es una monografía en la cual se exponen los hechos con exactitud, dándole a las palabras el colorido vivaz y la probatoria garantía del documento. Alejado como está de los recuerdos y de las versificaciones de la fantasía popular, en este libro desfilan personajes, funcionarios y corporaciones públicas con la visión clara e inconfundible de los cinematógrafos”.

Después del infructuoso intento de reincorporar por las vías diplomáticas a Panamá, las relaciones oficiales entre la República de Colombia y su antiguo Departamento quedaron rotas y éste conquistó, poco a poco, su posición de país libre en el consorcio de las naciones del mundo. Fue inútil para el **General Rafael Reyes** todo intento de reconsideración de su actitud favorable a Panamá, por parte de los Estados Unidos, por lo que, a su pesar, decidió suspender sus gestiones en Washington. Se dirigió a Europa para iniciar, por su cuenta, no el sometimiento del Istmo a Colombia, sino la reconciliación de los dos países.

El 9 de enero de 1909, después de dos años de negociaciones, se firmaron en Washington los Tratados entre los tres países concertantes: Panamá, Colombia y Estados Unidos. Anulados los **Protocolos de Washington de 1909**, correspondió a Panamá iniciar una nueva gestión para la reconciliación de los dos países.

El 17 de junio de 1924, el Ministro de la República de Panamá, **Don Nicolás Victoria Jaén**, presentó sus credenciales como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Colombia, presidido por el **General Pedro Nel Ospina**, quien sancionó, como jefe del Estado, con este acto solemne, los hechos cumplidos en Panamá en 1903, al reconocer oficialmente la emancipación del Istmo y la existencia de la República de Panamá.

Acompaña a este libro del profesor Castillero Reyes el texto del Tratado Thomson-Urrutia y los Documentos del Tratado de Reconocimiento de la República de Panamá por Colombia y la Correspondencia Diplomática sobre el mismo.

**STAFF, Héctor H.:** "Reseña Histórica del Leonismo en la República de Panamá" Panamá, 1976.

Formado profesionalmente en la disciplina del Servicio Social, el profesor **Héctor H. Staff** hace este significativo aporte a las letras istmeñas, que nos permite conocer importantes aspectos del desarrollo histórico del **Leonismo Panameño**. Las fuentes bibliográficas del mismo las obtuvo al consultar boletines, memorias, revistas y publicaciones oficiales del Club de Leones de Panamá y de la Asociación Internacional de Clubes de Leones.

La historia del Leonismo Internacional se inicia en 1914 con **Melvin Jones** y, al cabo de 3 años, se reunió un grupo de comerciantes y hombres de negocios en el Hotel La Salle, de la ciudad de Chicago, y sentaron las bases de una asociación que se convirtió en el primer Club de Leones establecido en el mundo. En la actualidad existen, a nivel internacional, 29,000 Clubes de Leones, con una población de 1,116,000 socios. Es la asociación más grande del mundo, en cuanto a miembros y contenido social, como organización de servicios.

El Leonismo "es una gran fuerza de desarrollo permanente que impulsa el espíritu y mueve el sentimiento de los hombres en persecución de una mayor amistad y amor al prójimo y a la práctica de servicios desarrollados". Donde el Leonismo florece, no hay guerras, no hay discordias, no hay desacuerdos.

De 1935, fecha en la cual inició sus labores el primer *Club de Leones en Panamá*, con 27 socios fundadores, hoy cuenta el Leonismo Panameño con más de 175 socios. Ha extendido su acción social a numerosas comunidades. Obras meritorias del Leonismo Panameño, como institución social, en sus pocos años de existencia, han dejado muy en alto su nombre y su lema de SERVIR. La labor del Club de Leones de Panamá puede clasificarse en actividades comunales, de asistencia social, familiar y económica.



LA ANTIGUA. Revista de la Universidad Santa María La Antigua.— Año V.- No. 6.- Mayo de 1976. Panamá, R. P.

El número 6 del órgano de divulgación de la USMA muestra en su índice los siguientes trabajos:

- “Tendencias y Políticas de Población en América Latina” por Hildebrando Araica:

Asociados a los problemas insuperados aún del subdesarrollo económico latinoamericano, se han dado originales procesos de urbanización acompañados de la aparición de poblaciones marginales social, económica y políticamente. Es en medio de esta realidad histórica que se ha producido, en esta parte del mundo, el fenómeno de expansión demográfica acelerada, cuya magnitud jamás había sido conocida por la humanidad.

- “Desarrollo Agrario en Panamá” por Absalón Chávez:

Sobre el territorio del Istmo de Panamá sobreviven dos civilizaciones y cinco culturas:

1. La manifestación civilizadora panamericana se expresa a través de 3 importantes variantes culturales:

- a. La variedad kuna
- b. La variedad embera-waunana (Chocó)
- c. La variedad guaymí

2. La manifestación civilizadora de Occidente se expresa a través de:

- a. La variedad castelaura
- b. La variedad angloidea

Todas estas variedades culturales medran, se desarrollan y conservan sus poblaciones, casas o ciudades en regiones bastante bien demarcadas.

- “El Surgimiento del Pensamiento de la Liberación” por Hugo O. Ortega:

El autor explica que la filosofía de la liberación es un hecho reciente y aún en proceso de explicación de la presente cultura latinoamericana. Una primer fundamental vertiente es la del campo filosófico. El programa de la Historia de las Ideas es de desenajenación y descolonización y lleva implícito “la toma de conciencia del cómo nuestros pueblos han recibido y asimilado las expresiones de otras culturas”.

- “La nueva novela a los 25 años” por Carlos M. Ariz

- “Nuevos Análisis de Carbono — 14 para Panamá, al Este de Chiriquí: Una actualización de los Cambios Culturales Prehistóricos” por Richard Cooke
- “El Método Científico — positivo, el Experimental y Otros Métodos Utilizados en Psicología” por María Luisa Serrano de Vicente y José Vicente Romeo.
- “El Color” por Eduardo A. Icaza.
- La USMA en el VI Simposio
- Bibliografía.

Osman Leonel Ferguson

\* \* \*

**ARMANDO MUÑOZ PINZON:** “Grandeza y desventura del 3 de noviembre de 1903”.

El libro-recopilación de Enrique Jaramillo Levi: **el canal de panamá: origen, trauma nacional y destino**, publicado en el presente año por la Editorial Grijalbo, S. A., recoge una serie de puntos de vista de autores de diversas tendencias, sobre el problema de nuestras relaciones político-económico-histórico-sociales con los Estados Unidos de América.

En este texto aparece el artículo de Armando Muñoz Pinzón, que encabeza el escrito; en el cual el autor presenta en forma breve, pero rica en información, las diversas etapas por las que atravesó la formación del sentir nacional panameño, tomando el mismo otros derroteros con la secesión de Colombia el 3 de noviembre de 1903 y la importancia que revistió para Panamá tal acto.

Muñoz Pinzón hace notar, que en la materialización del acontecimiento o en el “alumbramiento” del Istmo como Estado, convergieron cuatro fuerzas que le dieron su fisonomía a la independencia: **la francesa**, que sufrió el descalabro económico y el fracaso de no realizar el encuentro de los dos océanos; **la colombiana**, que desatendió a los istmeños, arrastrándolos siempre a una incertidumbre económica, a las guerras intestinas (por las que siempre atravesó) y su desatino al negociar con los Estados Unidos; **la panameña**, que vio escapar la oportunidad de convertirse en Emporio Comercial, tantas veces añorado, a más de la “presión interna” del capital

extranjero, radicado fuertemente en nuestro suelo a partir de la segunda mitad del decimonono; la norteamericana, a la cual se le presentó la ocasión de ensanchar su "línea costanera", aprovechando la contradicción de intereses entre istmeños y colombianos y sobornando con su apoyo a los inseguros separatistas de Panamá.

De la lectura del trabajo de Armando Muñoz, se desprende que el acto novembrino no debe ser considerado como "absurdo y repudiable" ni como la "venta del Istmo o atraco yanqui", pues, si bien es cierto que el Coloso del Norte aprovechó la disparidad de intereses entre panameños y colombianos para lograr la concesión canalera, no quiere decir que el movimiento de 1903 fuera la creación de Theodoro Roosevelt, sino la consecuencia lógica de la cadena de sucesos registrados en el siglo XIX, propia de la idiosincracia y geografía panameña.

El estudio, que arroja nuevas luces sobre la independencia de Panamá de Colombia, abre el compás para un nuevo abordaje, en el cual, como bien dice Muñoz, "hallaremos la explicación de la conducta de los próceres, antes y después del 3 de noviembre".

Jorge E. Kam R.

## PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO  
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA  
DENOMINADAS A, B, C, D y E**

### PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

### DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

### DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

### DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	<b>TOTAL...</b>		<u><b>B/.510,450.00</b></u>

Precio de un Billete Entero .....	B/.	82.50
Precio de una Fracción .....		0.55
Valor de la Emisión .....		825,000.00



NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA  
 LOS DOMINGOS DE NOVIEMBRE, 1976

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Nov., 7	3011	3890	2080	7012
Nov., 14	3012	1509	1763	7454
Nov., 21	3013	4165	5498	4072
Nov., 28	3014	9326	2334	1678

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA  
 LOS DOMINGOS DE DICIEMBRE, 1976

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Dic., 5	3015	3576	2985	1250
Dic., 12	3016	1472	7401	6552
Dic., 19	3017	56659	55966	60478
Dic., 21	3018	7952	0230	9862

## PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO  
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA  
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F

### PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

### DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

### DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

### DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero .....	B/.49.50
Precio de Una Fracción .....	0.55
Valor de la Emisión .....	495,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA  
LOS MIERCOLES DE NOVIEMBRE, 1976**

<b>SORTEOS</b>	<b>No.</b>	<b>PRIMERO</b>	<b>SEGUNDO</b>	<b>TERCERO</b>
Nov., 3	522	4425	2803	5978
Nov., 10	523	9230	4181	9739
Nov., 17	524	2177	2444	5012
Nov., 24	525	4427	2631	8728

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA  
LOS MIERCOLES DE DICIEMBRE, 1976**

<b>SORTEOS</b>	<b>No.</b>	<b>PRIMERO</b>	<b>SEGUNDO</b>	<b>TERCERO</b>
Dic., 1	526	1989	4179	2388
Dic., 9	527	2455	0077	9776
Dic., 15	528	3849	0807	6534
Dic., 22	529	5735	1242	2168
Dic., 29	530	8907	1374	9022